

Yo milito:

Representaciones sobre la política en
jóvenes estudiantes secundarios

Datos de los tesistas

Autores: Manuela Papaleo – **Legajo:** 20418/0

Gonzalo Martin – **Legajo:** 20156/7

Sede: La Plata

Título: *Yo milito*. Representaciones sobre la política en jóvenes militantes secundarios

Programa de investigación: Comunicación, Prácticas Socioculturales, y Subjetividad.

Directora: Lic. Anahí Angelini

Co-director: Lic. Tomás Viviani

Fecha de entrega: Febrero de 2015

Resumen

El objetivo de esta tesis es indagar sobre los sentidos que construyen en torno a la participación política jóvenes militantes secundarios de la ciudad de La Plata.

Para ello, se analizaron los procesos de identificación a partir de los cuales estos jóvenes conforman unos ciertos sentidos sobre sus modos de vivir, sentir, pensar y valorar la práctica política. En estos procesos entran en juego las trayectorias, no sólo políticas, sino también biográficas, familiares, escolares, de los y las jóvenes. Además, se indagó sobre los modos de conformar grupalidades y lazos al interior de las estructuras partidarias y la inscripción de estos jóvenes en proyectos colectivos.

El trabajo de campo está basado en la realización de 12 entrevistas en profundidad a jóvenes militantes secundarios que además tienen diversas inscripciones partidarias por fuera del colegio, lo que conformó una muestra muy rica en su variedad.

Palabras clave

Jóvenes – Participación política - Identidad

Agradecimientos

A la Facultad de Periodismo y a toda su gente, por los proyectos colectivos, por ser todos tan humanos.

A Florencia, por la generosidad, las posibilidades, la confianza, las enseñanzas, la lucidez, el afecto.

A Ani y Toto, por la paciencia infinita, por la predisposición más allá de todo, por los consejos, la calidez de sus palabras y los caminos por recorrer.

Al Observatorio de Jóvenes, y a todos los compañeros y compañeras maravillosos que conocimos en estos años, por más aprendizajes compartidos.

A la Agrupación Rodolfo Walsh, por hacer que estos cinco años como estudiantes hayan sido increíbles, por la entrega y por la Patria.

A nuestras familias, por el amor, la compañía y la incondicionalidad. Por hacer siempre todo posible.

A Ani y Manu, por caminar con nosotros, por estar siempre y por las alegrías del camino.

A Cande, por la belleza de la vida y las sonrisas de todos los días.

Al Núcleo Duro, por la felicidad de elegirnos.

A nuestros amigos, los de ahora y los de siempre, por abrigarnos a la distancia.

Indice

Introducción.....	6
Capítulo 1.....	12
Capítulo 2.....	21
Capítulo 3.....	38
Capítulo 4.....	74
Capítulo 5.....	133
A modo de cierre.....	164
Bibliografía.....	168
Anexos.....	Digital

Introducción

¿Cuáles son los sentidos que producen los propios actores en torno a su práctica política? ¿Qué lugar ocupa la escuela en ese proceso? ¿En qué medida se vincula la participación política de estos jóvenes con los procesos de construcción identitaria? ¿Qué lugar ocupan las trayectorias políticas? ¿El contexto actual habilita a los jóvenes a pensar la política como herramienta de transformación?

Estos fueron los interrogantes que abrieron el camino a esta tesis de investigación, donde nos propusimos indagar sobre los sentidos que construyen los jóvenes militantes secundarios sobre la política. He aquí la primer aclaración: no son todos los jóvenes, por lo que no pretendemos totalizar esta mirada. Son 12 jóvenes militantes secundarios que viven en la ciudad de La Plata y tienen inscripciones político partidarias diversas. Sobre ellos queremos hablar, aunque sabemos que en ellos confluyen muchos otros.

Estos interrogantes, que parten de inquietudes que en algún momento dieron y siguen dando vueltas por nuestras cabezas, no surgen de la nada, en el aire, sino que son producto de nuestras trayectorias biográficas, familiares, académicas. Nosotros, somos parte de redes sociales más amplias, que se configuran sobre plataformas socio-históricas específicas.

Por eso, sabemos que nuestras inquietudes no están desarticuladas del momento histórico en el que vivimos, con todo lo que eso implica. Como plantean Vázquez y Vommaro (2011): “Si bien es un fenómeno muy reciente, en la Argentina se está discutiendo actualmente si existe un “auge” o resurgimiento de la participación juvenil en estructuras “tradicionales”, como movimientos sociales sindicales y partidos políticos. Aún más, posteriormente a la muerte de Néstor Kirchner, donde algunas agrupaciones dentro del movimiento peronista han visto engrosadas sus filas por militantes jóvenes y adolescentes”.

Nosotros decidimos sumergirnos en esas discusiones, intentando aportar nuestra mirada, que es una mirada situada. Investigar en Ciencias Sociales, específicamente, desde el campo de la comunicación, nos insertó en un largo proceso de toma de decisiones, donde se pusieron en juego nuestros intereses, inquietudes e interrogantes, junto a nuestra formación y trayectoria. Todo ese

conjunto de decisiones lejos estuvieron de ser una actividad automatizada o instrumental sino que implicaron actualizar, en cada momento y frente a diversas situaciones, un posicionamiento político y epistemológico.

Ubicarse dentro de un campo de conocimiento científico conlleva reconocer su historia para situarse en sus modos de producción. Siguiendo a Bourdieu (1999), pensarse dentro de un campo académico implica debatir sobre la estructura del mismo, interrogarse acerca de la formación y la cultura del investigador y hasta inclusive reconocer los canales prioritarios de circulación del conocimiento en la actualidad.

El oficio de investigar, como toda actividad social, no está exento de unas condiciones concretas que limitan o condicionan¹ la producción del conocimiento en nuestras sociedades. Pero aunque existan múltiples determinaciones siempre es posible ejercer determinada presión por parte del investigador. Asumiendo estos condicionamientos, nos embarcamos en esta investigación, entendiéndola como una práctica que necesariamente debe estar imbricada con nuestras posiciones políticas.

No es casual el término “embarcarnos”, si pensamos a la tarea del investigador tal como nos propone Renato Ortiz (2004: 16), como una “metáfora del viaje”: un desplazamiento en el espacio que nos obliga a realizar un permanente ejercicio reflexivo y crítico. A partir de ese desplazamiento imaginario, y a la vez material, se empieza a construir una otra espacialidad a través de conceptos y abstracciones que nos permiten “comprender la realidad” o, por lo menos, captar las complejas articulaciones de elementos del mundo social.

Por lo tanto, decidimos encarar este proceso de aprendizaje como investigadores viajeros, y ahora proponemos repasar nuestra hoja de ruta, todo el camino transitado que nos permitió llegar a la elaboración de esta Tesis.

Pasajes: de las inquietudes a delimitar el tema de investigación

¹ Cuando seleccionamos nuestro tema de investigación lo hacemos de manera condicionada. Retomando a Piovani (2007) nos encontramos frente a un proceso atravesado por la tradición de la disciplina en la que nos inscribimos y la socialización científica que tuvimos como investigadores. Es decir, qué perspectivas, lecturas, autores y conceptos nos son familiares y han moldeado nuestra forma de entender la realidad.

Sabemos que los temas o problemáticas que se investigan están relacionados con preocupaciones e intereses personales y/o grupales, con los procesos de trabajo que se vienen desarrollando, con perfiles de formación, con necesidades o áreas de interés institucionales y con las posibilidades concretas de acceder a las fuentes de información.

Al ser estudiantes con una pertenencia institucional, con un trabajo diario dentro de una unidad de investigación de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, como lo es el Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios, estábamos familiarizados con los estudios sobre juventudes - a esto hacíamos referencia cuando hablábamos antes de una mirada situada. Pero dentro de todo ese universo de conocimiento y producción científica había zonas que nos resultaban todavía lejanas, y que nos demandaban lecturas, debates, discusiones y horas de estudio.

El vínculo de los jóvenes y la política se nos fue presentando como un horizonte posible para nuestra formación como investigadores a medida que íbamos leyendo y encontrándonos con cada uno de los autores que aparecen aquí. No obstante, transformar esas primeras inquietudes en un tema de investigación se volvía una utopía en los términos que la propone Eduardo Galeano: algo que estaba lejos y que, obstinadamente, a medida que creíamos avanzar se nos alejaba en la misma proporción. Así y todo, seguíamos caminando, cursando, riendo por los pasillos de la facultad y poniendo en común con algunos compañeros/as docentes nuestras primeras ideas para la Tesis.

Cuando en octubre de 2013 participamos de la primer Jornada de Reflexión sobre Tesis, organizada por la Dirección de Grado de la FPyCS-UNLP, nos encontramos con numerosos estudiantes con los cuales compartíamos los mismos miedos e incertidumbres que genera un proceso de tesis. Sin embargo, durante ese encuentro empezamos a correr ese velo fantasmagórico, a desterrar ese mito creado sobre la realización de una Tesis de Grado.

El poner en común nuestros deseos/proyectos/sueños de temas a investigar junto a otros estudiantes avanzados fue un primer ejercicio de delimitación del universo a conocer que teníamos en mente. Más adelante, comenzamos a pasar tardes completas en la Biblioteca del Bosque consultando distintas Tesis de Grado que por temáticas o por enfoques epistemológicos nos resultaban

interesantes. El hecho de verlas allí, de poder leerlas, tocarlas e inclusive olfatearlas, sirvió para desterrar los temores.

Poco a poco, mientras avanzábamos con la aprobación de las cursadas nos comprometíamos cada vez a seguir una carrera de investigación, gracias al estímulo recibido a través de becas otorgadas por distintas entidades. Entonces, aquella utopía que nos obligaba a seguir caminando no parecía tan lejana y así fue que pudimos delinear el tema de investigación.

Para ello, dos procesos de trabajo fueron determinantes. Por un lado, la participación como colaboradores del Proyecto de Investigación “Jóvenes, Política y Comunicación: subjetividades y dimensiones de la participación política en Argentina”, dirigido por la Lic. Andrea Varela. Desde allí se abordó la pregunta por los/las jóvenes y sus prácticas de participación política en el actual escenario socio político. Puntualmente, analizamos cómo los jóvenes aparecen hoy marcando un fuerte vínculo con la política institucional, en contraste con la década anterior, caracterizada por el desencanto, el descreimiento y la fragmentación.

Por otro lado, ambos formamos parte el equipo central de la investigación “Comunicación, Jóvenes y Salud. Estudio de representaciones en la vida cotidiana y en campañas mediáticas” (desde mayo 2013 hasta septiembre 2014), realizada por la FPyCS-UNLP para el Programa SUMAR, dependiente del Ministerio de Salud de la Nación. Lo importante de dicho estudio fue que no sólo nos permitió participar de una investigación empírica a nivel nacional sino que nos sirvió como una experiencia valiosa a la hora de realizar un estado del arte, construir un marco teórico, diseñar herramientas de recolección de datos y comprender las pautas de la escritura académica.

Gracias a esos procesos de trabajo que encaramos siempre en equipo junto a docentes, estudiantes y autoridades de nuestra casa de estudios comprendimos que el oficio de investigar suele estar guiado por un fuerte anhelo de intervención en los ámbitos sociales. Esto nos demandó participar en variadas actividades que forman parte del mundo académico y se encuentran íntimamente vinculadas a la docencia, y en muchos casos, a la extensión: ser ayudantes, participar de proyectos de voluntariado y/o de extensión, asistir a congresos y jornadas, e incluso presentar informes de avance y publicaciones.

Cada una de ellas son parte de las tareas del investigador y consideramos que han enriquecido nuestras trayectorias académicas. Por ello, partiendo de dicho escenario se esbozaron algunos interrogantes iniciales para encarar el trabajo: ¿Qué implica este aparente “reencuentro” de los jóvenes con la política? ¿Podemos hablar hoy de una generación política en sí misma? ¿Qué tipo de prácticas ponen en juego los jóvenes para hacer política? ¿Qué es para ellos hacer política hoy? ¿Quiénes son estos jóvenes que eligen formar parte de estructuras partidarias?

En el contexto socio-histórico de la Argentina actual, nos resultó sumamente prioritario relevar los sentidos que los jóvenes que forman parte de esta investigación producen en torno a su participación política, y cómo esto se relaciona con la cuestión identitaria y con sus trayectorias familiares, educativas, sociales, culturales y políticas. Es decir, tratamos de poder comprender por qué estos jóvenes militantes que transitan la escuela secundaria deciden participar dentro de estructuras políticas.

Consideramos de interés el estudio de las representaciones y prácticas políticas de los jóvenes en tiempos donde lo público, la política y el Estado se reconstruyen como plataformas de transformación, donde se vigorizan las identidades colectivas, y donde la juventud es interpelada como actor político.

De este modo, abrimos el espectro de indagación hacia el cruce de la política, centrando la mirada en los canales institucionalizados para la participación, con los diferentes modos de vivenciar lo juvenil. Esta decisión epistemológica implicó asumir a los sujetos jóvenes desde la capacidad que tienen para participar en la transformación de aquellas condiciones que, de manera objetiva y subjetiva, conforman el mundo de la vida.

De este modo, nuestro tema de investigación nos llevó a indagar acerca de las prácticas y representaciones de los jóvenes, en relación con su vinculación con la política, las modalidades de participación, la producción de procesos identificatorios ligados a la militancia, las trayectorias biográficas y familiares de los jóvenes y los sentidos colectivos que se condensan bajo la posibilidad de un proyecto común.

Los invitamos a que sean partícipes y protagonistas de este proceso de investigación y aprendizaje, asumiéndolo como un espacio de discusión abierto y siempre dispuesto a ser mejorado.

Capítulo 1

Puntos de partida

Nuestra investigación se inscribe en el campo de la Comunicación/Cultura, en el terreno de los estudios culturales en Comunicación, porque esta perspectiva nos permite comprender las interacciones sociales y sus procesos de significación a partir de la observación y el análisis de los discursos y las prácticas cotidianas de los sujetos.

En términos formales, esta Tesis de Grado se enmarca dentro del Programa de Investigación "Comunicación, Prácticas Socioculturales y Subjetividad", de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP). Este trabajo comparte con dicho programa el abordaje de la comunicación desde las prácticas socioculturales, enraizándola a los procesos de constitución de la cultura, ya que es en la comunicación donde se construyen los significados sociales a partir de los cuales nos relacionamos entre nosotros y con el mundo.

Desde esta óptica, la cultura no es concebida solamente desde sus implicancias simbólicas, sino que se trata esencialmente del lugar en el que se libra una lucha permanente entre los distintos grupos sociales por significar los procesos que hacen a la experiencia, la vida y el mundo. En esas disputas por nombrar legítimamente el mundo, lo comunicativo se pone en juego en cada interacción entre sujetos que ocupan un lugar social e histórico, que tienen en común un capital simbólico (Bourdieu, 1998), y se materializa en discursos que circulan dentro de una red de producción-recepción-producción de sentidos.

Entonces la comunicación está en relación con todas las esferas de lo social y constituye una herramienta teórico-conceptual para abordar los hechos que suceden en la sociedad, para entender la producción de sentidos, sentidos que son producto y productores de prácticas sociales compartidas.

En este punto, resultó trascendente el interrogante sobre la construcción de sentidos, una palabra que a lo largo de los años de formación dentro de esta Casa de Altos Estudios, hemos escuchado con frecuencia y que a esta altura de la carrera cruzó transversalmente nuestra investigación de grado.

Al proponernos adentrarnos en los sentidos que construyen los jóvenes en torno a su propia participación política trabajamos con el análisis de discursos y prácticas juveniles que sólo pueden comprenderse puestos en relación con la historia de quienes los ponen en circulación, y el contexto en que lo hacen. De acuerdo a las opciones epistemológicas que se privilegiaron en la configuración de la investigación, uno de los puntos de partida fue adoptar una perspectiva de estudio que retoma las preguntas y lineamientos principales del campo de Comunicación/Cultura.

Esta perspectiva, que tiene sus antecedentes en los *Cultural Studies* con los teóricos de la Escuela de Birmingham² de la década del '60 (Stuart Hall, Richard Hoggart, Edward Thompson y Raymond Williams), entiende que la cultura "no es una práctica, ni es simplemente la descripción de la suma de los hábitos y costumbres de una sociedad. Pasa a través de todas las prácticas sociales y es la suma de sus interrelaciones" (Hall, 1994: s/n).

En América Latina, los estudios de comunicación/cultura³ comienzan a consolidarse a principios de los '80, al calor de una serie de circunstancias histórico políticas que pusieron en jaque los modos existentes de comprender la realidad, porque "lo que estaba tambaleando en el mundo entero era el concepto mismo de ciencia" (Schmucler, 1984: 3).

² En 1964 se funda en la Universidad de Birmingham (Reino Unido) el *Centre of Contemporary Cultural Studies (CCCS)*, que inicia una nueva forma de aproximarse al estudio de la comunicación, centrando su interés en analizar una forma específica del proceso social, correspondiente a la atribución de sentido a la realidad, al desarrollo de una cultura, de prácticas sociales compartidas, de un área común de significados. Mauro Wolf (1987: 121) señala que, el objetivo de los Estudios Culturales es definir el estudio de la cultura propia de la sociedad contemporánea como un terreno de análisis conceptualmente importante, pertinente y teóricamente fundado.

Según Armand y Michele Mattelart (1997: pp. 71-72), "el CCCS, se crea como un centro estudios de doctorado sobre las formas, las prácticas y las instituciones culturales y sus relaciones con la sociedad y el cambio social. Sus dos primeros directores serán Richard Hoggart (1964-1968) y Stuart Hall (1968-1979). Bajo la dirección de ambos los Estudios Culturales vivirán una etapa de esplendor que coincide con el desarrollo de la *New Left* británica. Los *Working Papers in Cultural Studies*, revista del Centro, se convierten en punto de referencia obligada para los estudios sobre la comunicación de masas".

³ Siguiendo a Saintout (2003), este proceso se da en el marco de la institucionalización del campo académico de la comunicación en la región, cuando emerge con fuerza como un campo de saberes con relativa autonomía con respecto a otras disciplinas de las ciencias sociales, haciéndose lugar gracias a un conjunto de prácticas y premisas compartidas por los integrantes del campo como lo son los modos de investigar, de pensar y de legitimar objetos de estudio. Al respecto, la autora hace una aclaración: "Es posible hablar de un campo porque sí existe un debate específico en torno al estatuto de la comunicación, pero no es posible imaginar que este debate se de al margen de otros saberes por fuera del campo" (Saintout, 2003: pp. 15-16).

La derrota y el fracaso de los movimientos de liberación en todo el Cono Sur y el fortalecimiento de las dictaduras militares comandadas por el imperialismo norteamericano, eran los hechos en los que se emplazaban todas las reflexiones de los intelectuales de la región, significando una profunda ruptura que, como dice Saintout, (2003:75) “no será sólo epistemológica sino fundamentalmente política”.

Tras vivir esas experiencias traumáticas (como lo fueron el exilio, la persecución o incluso la muerte) los investigadores reformularán las preguntas de investigación, se apartarán de las miradas desde las que se venía trabajando y rediseñarán las herramientas teóricas con las que se contaba hasta el momento. Según Saintout (2003:76), “la realidad social y cultural, comunicacional ya no podía ser explicada por los paradigmas estructuralistas, ligados tanto al marxismo como al funcionalismo, que ven en la comunicación sólo su dimensión instrumental”.

Así, se abrirán nuevos debates en toda la región motivados por las lecturas de los *Cultural Studies*, junto a la revalorización de otros autores que habían explorado caminos similares a los de Birmingham. Estas búsquedas permitieron dejar de hablar de unos medios omnipotentes para empezar a problematizar la comunicación masiva desde la recepción, y entonces desde la cotidianeidad y desde las tramas de sentido propias de los grupos subalternos. De esta forma, la cuestión del consumo dejó de ser la de unos procesos unidireccionales de dominación, para constituirse en un terreno de interrogación sobre la capacidad de complicidad, apropiación y réplica de los discursos hegemónicos por parte de las culturas populares, así como sobre la positividad de su producción cultural⁴.

Esta manera de conceptualizar por parte de los estudios culturales latinoamericanos se convirtió en una estrategia interpretativa consistente en “colocar la pregunta acerca de las relaciones de poder en el centro de las preocupaciones por los modos en que los grupos sociales organizan simbólicamente la vida en común” (Caggiano y Grimson, 2010: 18).

⁴ En el campo de los estudios socioculturales en Latinoamérica, según afirma Saintout (2008), se dio un desplazamiento teórico-político que permitió problematizar la comunicación desde la cultura, y hacerlo no sólo como una cuestión de reproducción de estructuras, sino como espacio de producción y agencia. Afirma la autora que “esto dio lugar a la pregunta por la resistencia, por las tácticas del débil para reinventar los órdenes dominantes” (Saintout, 2008: 147).

Esta serie de desplazamientos y rupturas hicieron que el campo de comunicación/cultura se conformara en vínculo con otras disciplinas y áreas de trabajo, como el periodismo, la semiología, la antropología y la sociología; configurándose como un “campo no disciplinar” (Caggiano, 2007:10). Para Caggiano, es a partir de un doble movimiento cuando se enlazan los conceptos de comunicación y cultura: por un lado, se dio una semiotización del concepto de cultura, en donde se empieza a prestar mayor atención, desde diferentes disciplinas, a la dimensión comunicacional de la cultura, entendiéndola como el espacio en el que se producen y reproducen las significaciones sociales. Por otro lado, se dio un proceso de culturalización de los estudios de comunicación, produciéndose un desplazamiento desde los medios como instrumentos hacia la cultura, a partir de que encuentran sus límites tanto el modelo informacional como la denuncia.

Entonces, la comunicación se centrará en los modos de darle sentido a la vida de los actores sociales desde una mirada atenta a los procesos sociohistóricos de construcción de sentido, capaz de articular comunicación, cultura y sociedad. En efecto, “la comunicación tiene que ver así con modos de estar juntos que implican unos sentidos específicos del mundo pero sobre plataformas materiales e históricas determinadas: se reubica en las transformaciones de la vida cotidiana, de los modos de sentir, de ver, de conocer, de congregarse” (Saintout, 2008:146).

De ahí en adelante aparecerá la imposibilidad de trabajar por separado la relación comunicación/cultura, entendiendo las diferencias y asumiendo la permanente tensión entre ambos términos (Schmucler, 1984: 7). Por lo tanto, en nuestra investigación trabajaremos sobre los sentidos que los jóvenes construyen en torno a la política, sentidos que necesariamente serán puestos en relación con el contexto y la historia de los sujetos que los producen.

Jóvenes: un nuevo objeto de estudio desde una mirada comunicacional

La juventud emerge como objeto de estudio dentro del campo de la Comunicación una vez operado el desplazamiento que menciona Saintout (2008): de la comunicación como instrumento, como mera cuestión de medios

o aparatos hacia la cultura, la producción de sentido. Como mencionábamos antes, este movimiento le permitió a la comunicación “salirse” de la pregunta por lo que había sido su objeto prioritario -los medios masivos con sus efectos- para concentrarse en los modos de darle sentido a la vida de los actores sociales. En términos de Jesús Martín Barbero (1987), se hará el pasaje de una teoría centrada en los medios a “las mediaciones culturales”.

Por supuesto no desconocemos que la obra de Martín Barbero⁵ jugó un rol fundamental en tanto construcción del relato hegemónico acerca de la institucionalización del campo, operando a través de su obra como clasificador al establecer lo que fue, lo que es y lo que será, y visibilizando la posibilidad de tradición dentro del mismo. Es decir, con el apoyo de una comunidad de investigadores y de instituciones que promovieron estudios de comunicación se instaló una versión del campo que con el tiempo adquirió carácter de evidente, de verdad.

Más allá de esto, dentro del campo de la comunicación se habilitaron otros recorridos a raíz de la construcción de nuevos objetos para la investigación, de nuevas problemáticas para el análisis y la intervención. Uno de esos objetos fue la juventud: sus modos de vida, sus expectativas y deseos, sus maneras de agruparse y de nombrar la alteridad, sus visiones y divisiones del mundo. De esta manera, reflexionar sobre qué es lo que se entiende por jóvenes significó un gran desafío conceptual para los estudios de las juventudes.

Una referencia importante la constituyen los trabajos compilados en *Resistencia a través de rituales*, un libro coordinado por Stuart Hall y Tony Jefferson, editado en 1976 –y reeditado en 2010 por el Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios – que reúne las investigaciones sobre subculturas juveniles realizadas en el marco de la Escuela de Birmingham. En el contexto de una posguerra caracterizada por fuertes cambios culturales, los jóvenes aparecerán en Gran Bretaña como un nuevo actor claramente definido y diferenciado de otros grupos y sectores sociales. Mods, hippies, scooters, punks,

⁵ Desde la mirada de Florencia Saintout, Jesús Martín Barbero se convirtió en un “intelectual faro” y lo llama el “Parsons de la comunicación” al canonizar determinados pensadores, objetos y perspectivas y ocupando un lugar central en la formación de un campo autónomo de saberes. Para una comprensión más acabada de sobre el rol que jugaron los investigadores y ciertas instituciones para la legitimación y consagración del campo de estudios de la comunicación en América Latina recomendamos leer el capítulo “La nominación del campo de estudios de la Comunicación” (pp. 19-27) del libro *Abrir la Comunicación* (Saintout, 2003).

rastas, rockers, configuran unas subculturas juveniles que ponen en juego elaborados estilos, distinguiéndose entre sí y respecto del resto de la sociedad a partir de modos de vestir, peinarse, caminar y hablar. La pregunta de investigación que formularon referentes como Paul Willis, Dick Hebdige y Simon Frith, entre tantos otros, fue por el modo en que esas subculturas se constituían a partir de una doble articulación: “primero, respecto de su cultura ‘parental’ (por ejemplo, cultura de la clase trabajadora), segundo, de la cultura dominante” (Hall y Jefferson, 2010: 74). Vinculando subcultura, generación y estructura social, este trabajo permitía observar que los nuevos estilos juveniles expresaban, de diversas maneras, la crisis de las instituciones sociales encargadas de reproducir los individuos de cada clase y sector, producto en parte de transformaciones en los modos de producción.

Es hacia finales de la década de los ochenta y a lo largo de los noventa cuando puede reconocerse la emergencia paulatina de corrientes de estudios interpretativo-hermenéuticos en torno a los jóvenes. Según la autora mexicana Rossana Reguillo Cruz (2000), la producción de conocimientos científicos adquirirá un carácter constructivista, relacional, problematizando tanto al sujeto empírico de estudio así como también las herramientas que se utilizan para conocerlo.

A partir ese momento, se desarrollarán una serie estudios y abordajes de las juventudes que desde una perspectiva sociocultural comienzan a pensar a los jóvenes como “un sujeto con competencias para referirse en actitud objetivante a las entidades del mundo, es decir, como sujetos de discurso, y con capacidad para apropiarse (y movilizar) los objetos tanto sociales y simbólicos como materiales, es decir, como agentes sociales” (Reguillo, 2000:36).

Los estudios sobre juventudes han adquirido en Argentina⁶, una presencia progresiva, particularmente en las últimas dos décadas. Es hacia fines de la década del 80 y durante la década del 90 hasta la actualidad cuando las investigaciones sobre juventud cobran impulso. Como resultado, el campo se diversifica y ciertas conceptualizaciones se consolidan a modo de “consenso”.

⁶ En el próximo capítulo, a modo de estado de la cuestión, enunciaremos los principales estudios de juventud en el campo de la comunicación que abordan la temática de juventud y política.

En la última década se llevaron adelante trabajos en los que se ha realizado un importante esfuerzo por sistematizar este campo críticamente y de manera completa (Bonvilliani et. al, 2008; Chaves, 2006 y 2010), proveyendo a los investigadores de un “estado del arte” cuyo principal aporte es dar cuenta no sólo de la diversidad de problemáticas estudiadas y casos empíricos, sino también los abordajes teóricos contruidos para aprehender a este sujeto (Chaves, 2010).

Resulta interesante mencionar que el auge en los trabajos sobre juventud coincide con uno de los tiempos más críticos de la historia de nuestro país, donde se adoptaron políticas de corte neoliberal, las cuales dispararon procesos de exclusión social, económica y cultural de amplios sectores de la población. Respecto de ello, Bonvilliani *et al* (op cit: 49) sostienen que: “al menos en la Argentina, la proliferación de los trabajos coincide con un período —que nosotros delimitamos entre 1989 y 2001— en que se profundiza lo que anteriormente hemos denominado como sociología de la desintegración social; lo cual conlleva a que nos preguntemos si es que lo ‘juvenil’ cobra relevancia en la medida en que empieza a ser considerado como un ‘problema’”.

En este sentido, Reguillo plantea que en sincronía con el advenimiento y la consolidación de las políticas neoliberales en territorio latinoamericano “los jóvenes empezaron a ser pensados como los ‘responsables’ de la violencia en las ciudades. Desmovilizados por el consumo y las drogas, aparentemente los únicos factores ‘aglutinantes’ de las culturas juveniles, los jóvenes se volvieron visibles como problema social” (Reguillo, 2000: 5).

En relación a este pensamiento del joven como actor peligroso, la antropóloga mexicana señala que “el tipo de construcciones que distintos medios de comunicación están haciendo de los jóvenes es como el ‘nuevo enemigo’ de la sociedad” (Reguillo, 1997). En su análisis, la autora expone que se está ante una especie de "transferencia" de responsabilidades debido a que “al tratar la violencia, la falta de seguridad, el incremento de la delincuencia, sin contextos sociopolíticos y sin la presencia del Estado, se hace aparecer a los sectores marginales, especialmente a los jóvenes, como los responsables directos de la inseguridad en las ciudades” (Reguillo, op. cit.).

Si bien el artículo de Reguillo publicado en la revista ecuatoriana *Chasqui* data del año 1997 aún hoy estos discursos desde donde se ha pensado –y enunciado– a la juventud en América Latina siguen vigentes. Al analizar las narrativas o configuraciones mediáticas sobre los y las jóvenes -uno de los modos en que los sentidos acerca de lo juvenil es organizado, negociado y disputado- vemos que el abordaje mediático de lo juvenil se hace a partir de “agendas del deterioro”, como señala el Informe Anual 2012⁷ del Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios (FPyCS-UNLP).

Estas formas de narrar las juventudes escapan a las complejidades de la categoría⁸, y aferrándose a perspectivas adultocéntricas, operan sincrónicamente junto a otras configuraciones producidas por agencias de control penal -como la Justicia y las Fuerzas de Seguridad, que “accionan violentamente sobre y contra los jóvenes estigmatizando los espacios de sociabilidad juveniles, velando la densidad de sus prácticas y silenciando sus voces” (Viviani, 2012: pp. 27-28).

A través de estas miradas hegemónicas y reduccionistas acerca de los jóvenes “se le niega existencia como sujeto total (en transición, incompleto, ni niño ni adulto) o se negativizan sus prácticas (juventud problema, juventud gris, joven desviado, tribu juvenil, ser rebelde, delincuente, etc.)” (Chaves, 2005: 26). En otras palabras, estas matrices discursivas no reparan en la capacidad de agencia de los jóvenes, en su condición de sujetos sociales que a través de prácticas y representaciones específicas nombran el mundo.

Por ello, un modo de escapar a estas miradas en las que los y las jóvenes son negativizados como sujetos y negados en su agencia es concebir la juventud

⁷ Este material es resultado del seguimiento de medios gráficos realizado entre marzo y diciembre de 2011 por el Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios y entre los principales datos que brinda destacamos los siguientes: “El gran tema que habilita el tratamiento de noticias relacionadas con la juventud es la inseguridad; el 70 % de las 4912 noticias relevadas fue publicado en la sección policial; el 86% de las noticias vincula a jóvenes con violencias, mientras que el 13% describe vinculaciones con diferentes prácticas institucionalizadas (trabajo, escuela, familia y participación política), y el 1% restante a consumos culturales (tecnologías, grupos juveniles)” (Viviani, 2012: 29).

⁸ Rossana Reguillo Cruz (2000:29), haciendo alusión a la categoría de juventud, plantea que “no se debe olvidar que las categorías no son neutras ni aluden a esencias sino que son productivas, hacen cosas, dan cuenta de la manera en que las diversas sociedades perciben y valoran el mundo. Las categorías, como sistemas de clasificación social son también y, fundamentalmente, productos del acuerdo social y productoras del mundo”.

En este caso pensamos, junto con Reguillo (2000), Feixa (1999) y Perez Islas (2000) que la juventud es una noción dinámica, sociohistórica y culturalmente construida, que siempre es situada y relacional.

desde la ciudadanía: “el enfoque de derechos abandona el énfasis estigmatizante y reduccionista de la juventud como problema. La integración del paradigma que la señala como actor estratégico, con el paradigma de la juventud ciudadana permite reconocer su valor como sector flexible y abierto a los cambios, expresión clave de la sociedad y la cultura global, con capacidades y derechos para intervenir protagónicamente en su presente, construir democrática y participativamente su calidad de vida y aportar al desarrollo colectivo” (Krauskopf, 2000:6).

Esta forma de ver a los jóvenes desde el paradigma de la ciudadanía nos habilita a estudiar a los sujetos desde su agencia, lo que conlleva identificar la posición que ocupan en el campo, su dotación de capital y su propensión a conservar o subvertir las estructuras⁹: “estos agentes son socialmente contruidos como activos y actuantes en el campo, debido a que poseen las características necesarias para ser eficientes en dicho campo, para producir efectos en él” (Bourdieu y Wacquant, 1995:71). De esta manera, enmarcamos nuestro pensamiento en la capacidad que tiene todo sujeto de construir lo real¹⁰, desde la mirada de una historia contingente y no predeterminada.

⁹ Aclaramos, junto con Retamozo, que cuando nos referimos a estructuras “no proponemos una vuelta al estructuralismo, sino a considerar los modos de estructuración de las relaciones sociales en un ordenamiento específico, lo estructurante, lo sedimentado, lo objetivado, los contextos estructurales que son condición de posibilidad histórica” (Retamozo, 2012:21).

¹⁰ En relación a la construcción social de la realidad Berger y Luckmann explican lo siguiente: “El mundo de la vida cotidiana no sólo se da por establecido como realidad por los miembros ordinarios de la sociedad en el comportamiento subjetivamente significativo de sus vidas. Es un mundo que se origina en sus pensamientos y acciones, y que está sustentado como real por éstos” (1979:37).

Recordemos que estos autores señalan que “la sociedad existe como realidad tanto objetiva como subjetiva. Un miembro individual de la sociedad, externaliza simultáneamente su propio ser y el mundo social, y lo internaliza como realidad objetiva. En otras palabras, estar en sociedad es participar en su dialéctica” (1979:64).

Capítulo 2

Juventud(es) y política: una relación con historia

El período iniciado luego de la Segunda Guerra Mundial fue un momento bisagra para la “aparición” de la juventud tal como la conocemos en la actualidad, porque es allí cuando los jóvenes¹¹ irrumpen en el espacio público como actores sociales con características propias y diferenciadas respecto del mundo adulto.

Según Rossana Reguillo (2000: 23 -25), la *visibilización de la juventud* como grupo etario está relacionada a tres procesos confluyentes en el orden social de la posguerra. El primero, dice, es la necesidad de reducción de la población económicamente activa, acrecentada por la prolongación de la vida, resultante de avances científicos y técnicos. En tal sentido, se precisó que los sujetos dispongan de un tiempo extra, a ser distribuido en actividades educativas y ociosas, para retrasar su ingreso al sistema de responsabilidades laborales y familiares propias del mundo adulto. De esta manera, “los jóvenes debían ser retenidos durante un período más largo en las instituciones educativas” (Reguillo, 2000:24). Esto creó las condiciones para la emergencia específica de una *sociedad de adolescentes* (Chaves, 2006: 8) que halló en la escuela un espacio de encuentro y socialización.

En segundo lugar, Reguillo menciona la *universalización acelerada de los derechos humanos*, lo que provocó que desde del dispositivo estatal y jurídico se comience a designar a los jóvenes, flamantes agentes sociales, como sujetos de derechos diferentes a los de los adultos: sujetos de protección, tutelaje, contención y, a la vez, de control y disciplinamiento.

En tercer lugar, siguiendo a esta autora, “emerge una poderosa industria cultural que ofertaba por primera vez bienes ‘exclusivos’ para el consumo de los jóvenes” (Reguillo, 2000:24). De esta forma, aparecerá un segmento del

¹¹ Si partimos de la idea de que ser joven depende de unas determinaciones culturales que difieren según las sociedades y las épocas, es decir, que “tiene que ver no sólo con un dato biológico sino con un sentido socialmente creado y asignado” (Saintout, 2006: 24), es factible de pensar que han existido varios modos de ser joven. Al respecto, el libro *Historia de los jóvenes* (Levi y Schmitt, 1996) indaga acerca de los distintos modos de ser joven en la Europa Occidental a lo largo de los años.

mercado¹² orientado a los jóvenes “que los interpela como sujeto de consumo a partir de una propuesta de diálogo” (Saintout, 2006: 25), debido a su capacidad para articular a los jóvenes desde una aparente horizontalidad.

Este conjunto de transformaciones, que se fueron gestando subterráneamente, posibilitaron el reconocimiento del joven como actor social, y será en la década del 60 que se advierta a nivel de países centrales y periféricos la “irrupción” de este sector social ya con autonomía identitaria. Al respecto, Carles Feixa (1998) resume los procesos presentados anteriormente en cinco factores que, desde su óptica, llevaron a la modificación de las condiciones sociales y de las imágenes culturales de los jóvenes europeos y norteamericanos desde mediados de los '60: “1) la emergencia del Estado del bienestar, 2) la crisis de la autoridad patriarcal, 3) el nacimiento del *teenage market*, 4) la emergencia de los medios de comunicación de masas y, 5) el proceso de modernización en el plano de los usos y costumbres que supuso una erosión de la moral puritana (Ej. Revolución sexual) (Feixa, 1998:43)”.

Poco a poco, el Estado de Bienestar configurado en los países centrales luego de la posguerra se vio sacudido por una economía mundial que entró en crisis, y así los “años dorados” mostraron sus contradicciones y limitaciones. De este modo, se habilitaron las condiciones necesarias para que los jóvenes -que ya se habían transformado en un actor social- pasaran a ser considerados actores políticos, produciendo un gran cambio histórico.

Este momento de turbulencias, de manifestaciones en las calles y de descontento generalizado, es denominado por Natanson (2012) como la *primera revolución de los jóvenes a nivel mundial*. “Desde 1968, una onda sísmica de protestas se fue expandiendo por Europa, Estados Unidos y algunos países del tercer mundo, asumiendo en cada caso características diferentes, en función de la historia y el folklore de cada lugar. Más allá de las diferencias, la multiplicación de movilizaciones sugiere que no se trató de episodios aislados sino de una tendencia general que se explica por motivos estructurales. Desde mediados de los 60, la economía mundial había comenzado a dejar atrás las décadas de prosperidad (Natanson, 2012: 39).

¹² Para el historiador Eric Hobsbawm (2006: 331), “la cultura juvenil se convirtió en la matriz de la revolución cultural del siglo XX, visible en los comportamientos y costumbres, pero sobre todo en el modo de disponer del ocio, y en las artes comerciales, que pasaron a configurar cada vez más el ambiente que respiraban los hombres y mujeres urbanos”.

Al analizar la situación en nuestro país, Alvarado y Vommaro (2010) reconocen el creciente espacio que cobró la juventud durante esa época como un actor social con capacidad para discutir la política. Dichos autores destacan el momento de movilización que se conoce con el nombre de Cordobazo¹³ (1969) por haber sintetizado “las transformaciones que venían produciéndose a lo largo de la década del sesenta en relación con el papel protagónico que adquirió la juventud en el plano político, social y cultural” (Vommaro *et al.*, 2010: 21).

En las manifestaciones desatadas contra la dictadura de Onganía, los jóvenes cuestionan los valores instituidos y, a la vez, se instituyen como actores políticos protagónicos: “diferentes circunstancias se conjugaron para transformar lo que inicialmente fue una protesta obrera y estudiantil, en rebelión popular. Nació así el Cordobazo: una gran insurrección urbana que mostraba la emergencia social de los/las jóvenes como actores políticos en un contexto represivo” (Vommaro *et al.*, 2010: 22).

El enfoque teórico y las propuestas para el estudio de la participación política de los jóvenes planteado por Vommaro y Alvarado (2010: 25) está anclado en una perspectiva generacional por la necesidad de “comprender los procesos de subjetivación generacionales como emergentes de los procesos históricos antes que como una característica inherente a la condición juvenil”. Claramente, aquí confrontan la idea de una supuesta "esencia" de los jóvenes -puntualmente discuten el supuesto de la “juventud dorada” de los sesenta y setenta- que los haría más luchadores y predispuestos a la acción y la participación política.

De esta manera, para comprender a los jóvenes es preciso “más que pedirles o juzgarlos por aquello que hacen o no hacen respecto de los jóvenes de generaciones anteriores, comprenderlos en su relación con la situación histórica y social que les toca vivir” (Urresti, 2000: 178). Sobre este modo de abordaje que intenta estudiar a los jóvenes desde su relación con el contexto histórico, social y político que les toca vivir, Margulis (2006) explica que hay diferentes -y

¹³ Cuando hablamos del Cordobazo hacemos referencia a los hechos ocurridos el 29 de mayo de 1969, fecha en la que el SMATA (Sindicato de los obreros de la industria automotriz) y el sindicato de Luz y Fuerza convocaron a un paro activo con movilización. Los estudiantes adhirieron a la medida de fuerza y pronto la ciudad fue controlada por los manifestantes, quienes lograron su ocupación durante unas veinte horas. La represión consiguiente fue brutal y dejó como resultado veinte manifestantes muertos y cientos de detenidos. Para el historiador Felipe Pigna (2005) el Cordobazo puede ser analizado como parte de un ciclo de rebeliones y movilizaciones populares (Rosariozo, Mendoza, Viborazo o segundo Cordobazo, entre otros) en el contexto represivo de la dictadura militar del General Juan C. Onganía (1966-1973).

desiguales- modos de ser joven en relación a las características de clase, el lugar que se habita, la generación a la que se pertenece, los comportamientos, las referencias identitarias, los lenguajes y las formas de sociabilidad.

Entonces, no habrá una sola manera de asumir la juventud en cuanto que, este abanico de variables que intervienen en su constitución como categoría, implica que debe ser pensada en plural, es decir, como diferentes modos de asumir la condición de joven y por lo tanto, distintas formas de percibir y dar sentido al mundo. Es así como estas diversas materialidades articuladas bajo la condición de juventud según la diferenciación social, las distintas clases y segmentos sociales, configuran diversas juventudes.

Retomando la coyuntura política, económica y social de la Argentina de fines de los sesenta, signada por una gran movilización social, es en ese período cuando surgen movimientos políticos cuyas prácticas tenían como objetivo la toma del poder, con nuevos repertorios de confrontación. Durante esos años, muchos jóvenes aparecen agrupados dentro de organizaciones obreras (sindicales) y estudiantiles (secundarias y universitarias), colectivos definidos en función de su condición juvenil.

Varias organizaciones de la década derivan en la lucha armada como por ejemplo Montoneros y el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP), integradas principalmente por jóvenes. Dentro de los partidos tradicionales, como por ejemplo el Partido Justicialista, crecen agrupaciones políticas de jóvenes, como la Juventud Peronista (JP), que tendrá un lugar destacado dentro del gobierno del presidente Héctor Cámpora (1973-1973). Asimismo, el movimiento sindical encontrará entre sus filas a miles de jóvenes que muchas veces se oponían a la conducción de la “burocracia sindical” (sindicalismo peronista conservador), nucleados dentro de organizaciones como la CGT de los Argentinos (CGTA) o la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), entre otros.

Las escuelas secundarias y las universidades no quedaron exentas de este clima de agitación y participación política creciente, por eso los movimientos estudiantiles incorporaron prácticas disruptivas para disputar asuntos centrales de la esfera pública. Durante este período, los estudiantes secundarios y los universitarios son un actor en movimiento, que generan "acciones por fuera del

marco institucional como ocupaciones de edificios, huelgas, actos, marchas y varias formas de lucha callejera" (Bonavena, 2006; en Alvarado y Vommaro, 2010: 30).

El involucramiento de los jóvenes muchas veces iba más allá de las coordenadas de la política tradicional y partidaria, encontrándose jóvenes comprometidos con la realidad social de su tiempo, que veían en el barrio y en el territorio lugares que habilitaban la militancia. El trabajo de base en las villas miserias y en los barrios periféricos o marginales de las grandes ciudades es una expresión de este proceso (Alvarado y Vommaro, 2010).

La última Dictadura militar: El Gran Crimen

La dictadura cívico-militar (1976-1983) que tomó las riendas del país a partir del 24 de marzo de 1976, argumentando el supuesto "vacío de poder" generado por el accionar de los "grupos subversivos" o las "guerrillas", buscó frenar contundentemente la movilización social de los años que la precedieron. Como explica Ana Wortman (2005: 25): "Los jóvenes se convirtieron en sospechosos y peligrosos desde entonces. Esta sospecha sobre los jóvenes, concebidos como portadores de actitudes inmorales y anticristianas, fue impuesta ya desde 1966 con la Dictadura de Onganía y retorna con toda crudeza a partir de 1975 y 1976".

El aparato represivo de las Fuerzas Armadas se sustentaba en un plan sistemático para exterminar a todos aquellos que se opusieran a su modelo de país, donde la concentración, la especulación financiera y la extranjerización de la economía eran condiciones necesarias para asegurar privilegios y lugares de poder a los grupos de la oligarquía nacional.

En el primer aniversario de la Junta Militar, Rodolfo Walsh (2010[1977]) escribe la carta que será a la vez su sentencia de muerte y su pase a la inmortalidad. En ella se enuncian todos los crímenes que en tan sólo un año de gobierno militar habían azotado a la Argentina. De todos ellos, hay uno en particular, una herida profunda, aún difícil de cicatrizar: la miseria planificada.

"La política económica de esa Junta sólo reconoce como beneficiarios a la vieja oligarquía ganadera, la nueva oligarquía especuladora y un grupo selecto de monopolios internacionales encabezados por la ITT, la Esso, las automotrices, la

U.S.Steel, la Siemens, al que están ligados personalmente el ministro Martínez de Hoz y todos los miembros de su gabinete. (...) cabe preguntarse quiénes son los apátridas de los comunicados oficiales, dónde están los mercenarios al servicio de intereses foráneos, cuál es la ideología que amenaza al ser nacional” (Walsh, 2010 [1977]:12).

Los jóvenes militantes, los jóvenes obreros, los jóvenes estudiantes y todos aquellos jóvenes que luchaban contra este tipo de políticas y por lo tanto no cuadraban dentro del país deseado y proyectado desde la Junta Militar y el *establishment* fueron perseguidos, secuestrados, detenidos, torturados y, en la mayoría de los casos, desaparecidos. Un caso emblemático de este proceso fue la conocida “Noche de los Lápices”, el 16 de septiembre de 1976, en la que 10 militantes secundarios - la gran mayoría menores de 18 años - fueron secuestrados, torturados y asesinados por un grupo de tareas de la Junta Militar.

Según Elisabeth Jelin (2002) las sistemáticas violaciones a los derechos humanos y los crímenes de lesa humanidad perpetrados por los genocidas serían determinantes para configurar a lo largo de las décadas de 1980 y 1990 unas narrativas sobre el pasado que, ancladas en la cuestión humanitaria, terminaron por despolitizar las luchas de los jóvenes que resistían el terror impuesto desde la cúpula militar. Es decir, durante bastante tiempo se cristalizó en la memoria sobre la última dictadura militar un relato que presentaba a esos jóvenes como “víctimas inocentes”, priorizando sus datos básicos por sobre el recuerdo de sus sueños, deseos, luchas y acciones.

Actualmente, es el relato de esa juventud de los sesenta y setenta el que funciona como referencia primaria a la hora de pensar la relación entre los jóvenes y la política. Como plantea Saintout (2013: 63): “Se describe a los jóvenes de ayer como idealistas, llenos de convicciones, capaces incluso de dar la vida por ellas. La política es ahí un territorio de grandes colectivos, de estructuras y proyectos a futuro en los que ellos se involucran con entrega”.

Restauración democrática y derrumbe neoliberal

Tras años de represión y violencia estatal, la búsqueda por la restitución de la política en los años de la restauración democrática hará hincapié en las vías institucionales. Como plantea Josefina Bolis en su Tesis de Grado (2014), el principal actor político de esta época será el ciudadano, quien participa en las elecciones fortaleciendo y poniendo en práctica una democracia exclusivamente representativa protagonizada por los partidos políticos. Así, los jóvenes van a encontrar un espacio posible de participación en las formas más tradicionales de la política.

El retorno a la democracia habilitó una fugaz etapa donde los jóvenes estuvieron en el centro de la escena durante la denominada “primavera alfonsinista”, muchos de ellos formando parte de la Coordinadora, una organización compuesta en su gran mayoría por jóvenes radicales que contó con el apoyo de intelectuales y de los sectores más progresistas del país.

El fervor de las elecciones y las promesas de Alfonsín acerca de las supuestas bondades de la democracia irán perdiendo fuerza y los jóvenes que se habían volcado a participar en los partidos políticos tradicionales con la esperanza de renovarlos, abandonarían rápidamente este camino.

No obstante, en este mismo período, las “juventudes” adquirieron una creciente importancia como objeto de estudio dentro del campo de las Ciencias Sociales, convirtiéndose en una herramienta para leer en clave histórica los fenómenos sociales contemporáneos y deviniendo en un terreno fértil para la proliferación de distintas perspectivas de estudio.

En este sentido, desde fines de los ochenta y durante toda la década de los noventa se evidenció un considerable número de investigaciones sobre lo juvenil, multiplicándose la bibliografía académica sobre los jóvenes y dándose una producción continua y en expansión desde ese entonces. Un factor fundamental será tratar de entender cómo las grandes transformaciones producidas en los contextos sociales, culturales, económicos y políticos, impactan “no sólo sobre los modos de pensar la emancipación de los jóvenes, sino también sobre las formas de participación y de obtención de autonomía, así como los ámbitos donde se experimentan las diversas modalidades de agenciamiento” (Chaves, 2006: 62).

Hay ensayos que elaboran discursos en torno a la ‘despolitización’ de la juventud argentina, ‘resignando en los hechos y en los sueños la construcción del mundo’ (Margulis, 1994:27), encuestas de opinión pública que aportan evidencias numéricas de una cierta ‘desafección política’ de la juventud (Deutsche Bank, 1993; 1999) y trabajos más críticos que se han preguntado por este ‘interés o desinterés por la política’ (Tenti Fanfani, 1998; Sidicaro, 1998).

Dentro de este enfoque, también se han producido trabajos que estudian la participación desde otros ámbitos, ya no exclusivamente desde las instituciones tradicionales de ‘la política’, sino con un fuerte arraigo en la participación a través de la cultura, producto del profundo descreimiento en las vías institucionales de la política.

La mayor parte de los trabajos de fines de los años noventa y comienzos del 2000, reparan en las fatídicas consecuencias de años de políticas neoliberales, constatando la “ruptura de la matriz integracionista que habría caracterizado a la sociedad argentina como el eje principal de lectura que organiza el análisis” (Núñez, 2012: s/n). El Estado de bienestar se replegó drásticamente aunque lejos de desaparecer, adoptó un nuevo rol en sintonía con los lineamientos del mercado, generando una situación de muchos perdedores y contados ganadores.

Poco a poco, se fue gestando una generación de jóvenes que nacieron y crecieron en pleno proceso de quiebre del imaginario de progreso social, que históricamente caracterizó a nuestro país (Natanson, 2012: 98). Lo mismo sucedía en los distintos países latinoamericanos, donde “la diversificación, complejización y, especialmente, el deterioro de los mecanismos de integración de la sociedad actual han significado que la vida para todos los sectores sociales, pero especialmente para los jóvenes, aparezca como incertidumbre” (Reguillo, 2000: 27).

Estos estudios coinciden en indagar las consecuencias de los cambios sociales acaecidos en la década de los noventa, atravesados todos ellos por el denominador común del deterioro en cuanto índice social exista (a modo de ejemplo: desempleo, indigencia, educación, salud, etc.) y del aumento sostenido de la pobreza. Durante la larga década neoliberal en Argentina, las instituciones (la escuela, el trabajo, la política y la familia propia) entraron en una profunda crisis; no sólo dejaron de ser lugares de integración social, sino que para

muchos, especialmente para los jóvenes de sectores populares, fueron lugares de expulsión de la vida común (Saintout, 2006: 168).

En este sentido, Alvarado y Vommaro (2010) al hablar sobre la primer perspectiva presentada anteriormente afirman que existió un panorama recurrente sobre el tema de jóvenes y política: “la apatía explicada desde la falta de legitimidad otorgada a las instituciones políticas” (2010: 35), o lo que Florencia Saintout (2013) llama *epistemología de la desesperanza*:

“Desde las perspectivas que asumían la desintegración y el desmantelamiento de los estados de bienestar, abundaron los trabajos que describían una generación de jóvenes desinteresados con lo que sus padres habían creído, esencialmente la política. En un contexto en el que se levantaba a modo de único discurso la idea de que la historia se había acabado, las indagaciones mostraban a unos jóvenes que venían en los políticos corrupción y lejanía, y en la posibilidad de revolución una quimera de viejos, de nostálgicos, o simplemente algo tan distante de sus vidas que ni siquiera podían ni querían balbucear” (Saintout, 2013: 12).

En sintonía con esta visión que mostró como paradigma de la época a una generación de “jóvenes desinteresados” con la política, toda la sociedad coincidía en negar a esta última como una herramienta de transformación del mundo. Por esta razón, resultaba difícil imaginar un futuro posible o ir más allá del presente, un presente acuciante, desigual e injusto, cargado de riesgo y vulnerabilidad para amplias mayorías de jóvenes.

En conclusión, en esta primera clave de lectura observamos cómo “la gran marca que define la generación actual de jóvenes tiene que ver con una época de gran incertidumbre, de crisis estructural y de una profunda vulnerabilidad y precariedad” (Saintout, 2006).

En ese momento histórico, se considera a los jóvenes “incapaces, fallados, ausentes, y en ocasiones hasta monstruosos. Se los culpabiliza de que no pueden hacerse cargo del futuro, de que están desinteresados en él. Y en este acto de culpabilización se ocultan las estructuras profundas que están haciendo del mundo un lugar inviable, no solo para y desde los jóvenes, sino para las grandes mayorías de la sociedad” (Saintout, 2013: 13).

No obstante, mientras se anunciaba a viva voz el fin de los relatos, la desaparición de los grandes colectivos, y hasta el ocaso de la política en pos de la “mano invisible” del mercado, muchos jóvenes se sumaban a las filas de nuevos movimientos sociales que emergieron en el contexto de los noventa. Estas experiencias de organización social juveniles, como por ejemplo la organización de derechos humanos H.I.J.O.S. o incluso los Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTDs), son vistas como otras formas de participación socio-política no tradicionales con un fuerte activismo y que además plantean nuevos repertorios de acción (Charles Tilly en Merklen, 2005: 10), como el escrache (instituido por HIJOS), los acampes en plazas, los abrazos simbólicos a edificios, manifestaciones callejeras, concentraciones y marchas.

Como plantean Alvarado y Vommaro (2010), lo novedoso de estas organizaciones es que “buscaron formas de funcionamiento interno básicamente asamblearias, a partir de las cuales se intentaba anular la construcción de jerarquías internas y promover el ejercicio de la democracia directa, promoviendo la participación del colectivo en el proceso de toma de decisiones y rechazando las formas delegativas y representativas de la política” (Alvarado y Vommaro, 2010: 39).

Por otro lado, encontramos aquella perspectiva que propone ver a los jóvenes como actores y productores culturales, o mejor dicho, una óptica que indaga en torno a cómo los jóvenes son capaces de resistir a través de la cultura en el contexto descrito con anterioridad.

Aquí, las explicaciones giraron en torno a las prácticas culturales juveniles, entendidas desde un doble movimiento: “en tanto constitutivas de la subjetividad juvenil, es decir, experiencia central que define a la condición juvenil contemporánea, y como la dimensión que totaliza el resto de aspectos que la componen” (Núñez, 2012: s/n). Estos estudios culturales sirvieron para pensar por fuera de las agendas del deterioro a las juventudes, recuperando sus capacidades de resistencia y de creatividad en la vida cotidiana.

En consecuencia, se abordó la constitución de colectivos juveniles, “identificando la aparición de formas culturales ‘emergentes’ portadoras de nuevos signos de lo político” (Chaves, 2006: 62). Sin embargo, el exceso de optimismo vio demasiada politicidad en todos los gestos (incluso en aquellos

que ni siquiera llegaban a ser ejercicios ciudadanos), olvidando la política (Saintout, 2010).

“En todo caso, lo que se rescataba de los jóvenes era su capacidad de resistir el desconcierto a través de tácticas en la vida cotidiana. Los pequeños rituales de la cultura, los modos creativos de apropiarse de lo que el mercado les ofrecía, unos ciertos estilos que hacían de los estigmas emblemas de identidad, iban mostrando jóvenes que ya no podían imaginar lo imposible, pero que no por ellos estaban quietos. Que resistían desde la cultura” (Saintout, 2013: 13).

2001: el tajo y el después

Desde sus inicios, el segundo milenio fue posibilitando un contexto de incremento en la participación política juvenil. Es decir, la militancia de los jóvenes hoy, la participación, la irrupción en el espacio y la posibilidad de pensar a la política como herramienta de transformación, son procesos que no pueden ser pensados sin tener en cuenta todos los acontecimientos previos que ya venimos desarrollando a lo largo de este trabajo, principalmente las consecuencias de la larga década neoliberal, que tuvo su estallido en el mes de diciembre de 2001.

El 20 de diciembre fue un tajo (Saintout, 2013), una herida profunda, que dejó brotar todo eso que estaba tapado, obturado por los discursos de la fragmentación, del fin de la política; de ese tajo volvió a brotar la historia, las luchas: “el 2001 se erigió como emblema de una historia real que no había muerto. Que balbuceaba unos caminos de signos nada transparentes ni lineales: los movimientos sociales irrumpieron en el espacio público para denunciar los efectos perversos del liberalismo (...) un No profundamente político a los políticos, que impugnaba la política como empleada de las corporaciones” (2013:16).

Y los protagonistas de esa ruptura fueron, en gran medida, los jóvenes. Unos jóvenes que, disputando los discursos que los posicionaban como descreídos y apáticos, resistían desde múltiples lugares: tomaban las fábricas y universidades, se organizaban en movimientos de desocupados, resistían a través de la música, de la pintura, del teatro.

Eso que se quebró el 20 de diciembre de 2001, nunca más podrá volver a ser lo que era, no se puede dar marcha atrás y borrar las transformaciones que ese estallido (y todo lo que vino después) produjo al nivel de las relaciones sociales:

“El discurso sobre un orden de la absoluta fragmentación, desmaterialización, desaparición de fronteras y licuamiento de la historia en manos del mercado ya no puede ser enunciado como plataforma desde la cual pensar lo social” (Saintout, 2013: 17).

La crisis de 2001, entonces, si bien volvió a poner en escena a unos actores que parecían haber desaparecido y mostró la ruptura de un orden, manifestó una imposibilidad de articular una respuesta propositiva frente a esa situación de crisis. Sobre las bases de esta destrucción, entonces, se erigirá el movimiento kirchnerista como motor del proceso de reconstrucción de la Argentina (Bolis, 2014: 77).

Según Pérez y Natalucci (2012) en el 2003 había un empate catastrófico (hegemónico) entre las fuerzas políticas (un sistema político-institucional dañado pero que conservaba una estructura territorial y corporativa) y las fuerzas sociales (un movimiento social disruptivo pero sin recursos para realizar una oferta electoral); y es de esa dislocación que surge el kirchnerismo como un “proceso político de hibridación de tradiciones en función de la construcción de una legitimidad amenazada desde su debilidad de origen” (Pérez y Natalucci, 2012:8).

El Kirchnerismo y la interpelación a la juventud

Estamos en un momento en el que no sólo en la Argentina, sino en América Latina, se afianzan los procesos políticos que, más allá de todas sus diferencias, se posicionan ante el neoliberalismo como horizonte negativo. Desde allí sostienen la necesidad de transformación a través de la política, poniéndose como objetivos la reafirmación de la verdad, la memoria y la justicia, el combate a la pobreza, el enfrentamiento de los poderes concentrados, la unidad regional, el reconocimiento de las identidades subalternizadas, la soberanía nacional (Saintout, 2013: 18).

Son los casos, con sus diferencias, claro, de lo que Natanson (2012: 52) llama la Segunda revolución de los jóvenes: los jóvenes del mundo árabe que se levantaron contra largos procesos dictatoriales, son los Indignados españoles, los neoyorkinos del movimiento Occupy Wall Street, los jóvenes londinenses y los chilenos. Y también, claro, son los jóvenes argentinos. Natanson (2012) afirma que la principal diferencia entre los jóvenes argentinos y los del resto del mundo, es que estos últimos se configuran como un claro antipoder, mientras que en la Argentina los jóvenes se fueron posicionando, no sin atravesar un proceso cargado de disputas y contradicciones, como un actor fundamental dentro del proyecto político que actualmente conduce el Estado.

Es que el kirchnerismo logró una fuerte interpelación a la militancia (Bolis, 2014:80): Néstor se asumió como parte “de una generación diezmada”, reivindicando así las luchas de los militantes de los ‘70; pidió perdón en nombre del Estado por postergar la memoria, la verdad y la justicia; hizo bajar los cuadros de los dictadores que aún permanecían colgados en la casa rosada, logrando articular las demandas de numerosos movimientos de derechos humanos.

Pero además, en el marco de una fuerte movilización social -con el reciente asesinato de los jóvenes militantes Maximiliano Kosteki y Darío Santillán en 2002- el kirchnerismo decidió no reprimir la protesta social. Además logró convocar a los movimientos de piqueteros y desocupados a partir de la realización e institucionalización de los convenios colectivos de trabajo: “el nuevo gobierno los convocaba a incorporarse al proyecto de recuperación nacional como actores socioterritoriales relevantes” (Pérez y Natalucci, 2012:9).

Como decíamos, las ciencias sociales no fueron ajenas a estos procesos, y a fines de la primera década de los 2000 y los primeros años de la década siguiente, comenzaron a aparecer una serie extensa de publicaciones que buscaban correrse de pensar a unos jóvenes incapaces, carentes, posibilitados para una resistencia mínima a través de la cultura, para empezar a analizar los nuevos contextos en los que los jóvenes salen a las calles, se organizan, disputan un lugar frente al mundo adulto. Así comienza a generarse conocimiento en torno a la relación entre jóvenes y participación política desde una perspectiva de agencia de los sujetos, que los reconoce como jóvenes con capacidad de acción

propia, de relacionarse con otros actores, de disputar poder y de estar posibilitados para involucrarse en la arena política.

Una política que, como decíamos, se corre de ser pensada como una resistencia mínima y comienza a articularse con otros procesos, como lo proponen Vommaro y Alvarado (2010). Estos autores reconocen cuatro aspectos que le dan carácter político a estos grupos de jóvenes: “1) que se produzca a partir de la organización colectiva; 2) que tenga un grado de visibilidad pública (ya sea de un sujeto, de una acción o de una demanda); 3) que reconozca un antagonista a partir del cual la organización adquiere el potencial político; 4) que se formule una demanda o reclamo que, por lo dicho, adquiera carácter público y contencioso” (Vommaro y Alvarado, 2010: 28)¹⁴.

Narrativas mediáticas sobre jóvenes

A partir de 2003, cuando el Estado devino en un interpelador de las juventudes (Sánchez Narvarte y Angelini, 2014), pero más fuertemente con la muerte de Néstor Kirchner en el 2010 (Saintout, 2013:73), se comenzaron a generar una serie de discursos en torno a las prácticas de los jóvenes ligadas a la política. Uno de los actores sociales que más se han enunciado han sido los grandes medios de comunicación, quienes, al no poder negar ya la relación entre juventud y política, “la narran desde discursividades preexistentes sostenidas en plataformas y estructuras de menosprecio y discriminación adultocráticas y antipopulares” (Saintout, 2013: 64).

Estos medios de comunicación tienen un lugar enunciativo privilegiado (Bolis, 2014: 84) en la construcción de discursos hegemónicos sobre los jóvenes y sus modos de participación política. Unos medios de comunicación que, en primera instancia son conglomerados empresariales con una historia extensa de construcción de poder en la Argentina. Y construyen un poder que no es cualquier poder, es poder simbólico, poder de nombrar. Y desde allí es que

¹⁴ Es necesario explicar aquí que si bien ésta es la perspectiva que elegimos en nuestra tesis para pensar la política, aún hay una fuerte influencia de los estudios sobre prácticas estéticas/culturales que dialogan y se entrecruzan con las investigaciones sobre participación política. Así, plantea Marina Larrondo (2013:7), “los ‘límites’ entre la participación política y otras formas de participación (estético/culturales/artísticas), su imbricación o eventual distinción están aún en debate, dando lugar a posturas diversas”.

nombran a los jóvenes: unos jóvenes carentes, manipulados, peligrosos o, en el mejor de los casos, interesados.

Siguiendo la clasificación propuesta por Florencia Saintout (2013: 64-68) para pensar los modos de enunciación de los medios en torno a la relación jóvenes/política, nos encontramos con cuatro grandes relatos: los que no pueden, aquellos que son sistemáticamente comparados con los jóvenes de los '60 y '70, diciendo que son poco comprometidos, incapaces de plantear una "política de verdad"; los interesados, aparecen presentados como calculadores, con intereses ilegítimos, oscuros, que poco tendrían que ver con el universo de la política. De esta manera, la visión predominante los presenta como "rosqueros", "ideologizados", cuyos intereses verdaderos esconden por no ser legítimos. Incluso en algunos casos esos intereses ni siquiera serían de ellos, sino de adultos, partidos o dirigentes que los usan como instrumentos de objetivos no declarados. Allí aparece la figura de los inocentes, aquellos que son presentados como víctimas de la política, que participan en organizaciones en una especie de búsqueda del bien común alejada de cualquier relación con la "suciedad" de la política. Por último aparecen en el relato mediático unos jóvenes, los irracionales, que son caracterizados como peligrosos y se les niega la posibilidad de cualquier tipo de acción política. Así es que cuando se aborda la participación en jóvenes de sectores populares, aparecen discursos que, tomando como peligroso e inválido cualquier reclamo u organización por parte de los sectores populares, legitiman y conforman una "cultura represiva contra los jóvenes pobres organizados políticamente" (Saintout, 2013: 68).

Sin embargo, estos discursos mediáticos son disputados por los Estados Nación, principalmente en América Latina, en un proceso que Philip Kitzberger (2010: 3) llama "como un activismo gubernamental en la esfera pública mediática". Se da en varios países de la región un profundo avance desde el Estado en la conformación de marcos regulatorios que promueven el involucramiento en la producción mediática, entendiendo a la comunicación como derecho humano fundamental que no puede quedar librado a las lógicas mercantiles de las grandes empresas de medios - ejemplo de ello son las reglamentaciones de Argentina, Bolivia, Ecuador y Uruguay.

Así explica Florencia Saintout (2012) el conflicto entre los gobiernos populares de América Latina y los grandes grupos concentrados de medios de

comunicación: “Lo que aparece en juego es la disputa por quiénes son los que gobiernan: si es la política o el mercado con nombres de medios de comunicación. En este sentido, no hay que pensar que cada conflicto entre Estado y medios es un hecho aislado o el conflicto entre un presidente y un periodista con nombre propio como tratan de plantearlo, sino que asistimos en América Latina a un momento donde la derecha se presenta travestida de medios de comunicación y libertad de expresión y, del otro lado, están los gobiernos populares que representan los intereses de las mayorías” (Saintout, 2012: 3).

La Escuela: un territorio en disputa

Los lugares y las formas de la política tienen diversos modos de expresarse y resolverse: las instituciones político estatales y representativas son unas, como así también los movimientos sociales, en tanto modalidades y colectivos que, por fuera de la institucionalidad estatal vigente persiguen objetivos públicos y construyen modos de disputa, dirección y gobierno (Tapia en Vommaro y Vázquez, 2012: 257). La escuela secundaria es uno de esos territorios donde la política se desarrolla; principalmente la escuela pública, como parte fundamental de las instituciones del Estado.

En nuestra tesis indagamos en torno a los sentidos que construyen sobre su participación política los jóvenes secundarios, por lo que el territorio de la escuela, - como espacio de socialización de ciertos capitales y de conformación de grupalidades que inciden, condicionan o habilitan unas prácticas políticas concretas – tiene especial relevancia.

El espacio institucional de representación de los estudiantes al interior de los establecimientos educativos es el Centro de Estudiantes, más aún luego de la sanción a nivel nacional de la Ley n° 26.877 que establece que las instituciones educativas deben reconocer “los centros de estudiantes como órganos democráticos de representación estudiantil”, además de “promover la participación y garantizar las condiciones institucionales para su funcionamiento”.

Según Pedro Núñez (2013: 120), los centros de estudiantes son la forma en la cual los estudiantes “deben participar” en la escuela secundaria. A partir de esta premisa, el autor se pregunta “cuán genuina es la necesidad de la escuela y de los jóvenes que a ella asisten, por contar con un centro o si más bien se trata de una respuesta a la moda más extendida, al cumplimiento de las normativas provinciales o a la pretensión de los adultos de impulsar formas de participación que por conocidas son también más previsibles” (Núñez, 2013: 125). De este modo, el autor pareciera deslegitimar todo lo que se produce al interior del centro de estudiantes, por ser éste el espacio institucional legitimado para la participación estudiantil.

Sin embargo, otras autoras, como Iara Enrique (2010) y Marina Larrondo (2013; 2015) abordan la importancia que tienen los centros de estudiantes como espacios de socialización juvenil, los cuales muchas veces se transforman en el primer espacio de participación de los jóvenes. En esto, Núñez coincide con las autoras, planteando que muchas veces los centros de estudiantes funcionan como un “mapa organizador de la relación de los jóvenes con la política” (Núñez, 2013: 121).

Otra cuestión que plantean varios autores (Enrique, 2010; Larrondo, 2013; Núñez, 2012 y 2013; Saintout, 2006, 2010 y 2013) es la *tensión constitutiva* (Larrondo, 2013: 16) que existe al interior de las escuelas: la dificultad de ser estudiante secundario y sostener una identidad política definida. Dicha tensión estructural presenta conflictos entre jóvenes y adultos acerca del carácter “político” de los reclamos.

Capítulo 3

Decisiones durante el trayecto investigativo: sobre lo metodológico

Para poder construir elementos de recolección y análisis que nos permitan un acercamiento a cierto tipo de fenómenos sociales, es necesario en primer lugar presentar el modo en que concebimos desde esta investigación el funcionamiento de lo social. En este sentido, consideramos fundamental el aporte de la Teoría de la Estructuración de Anthony Giddens (1998).

A la hora de analizar lo que los actores hacen y lo que los actores saben de las prácticas sociales que llevan adelante, la propuesta de Giddens asume la compleja relación entre individuo y sociedad, presentándose como un punto medio entre sujetos y estructuras: “la constitución de agentes y la de estructuras no son dos conjuntos de fenómenos dados independientemente, no forman un dualismo sino que representan una dualidad. Las propiedades estructurales de sistemas sociales son tanto un medio como un resultado de las prácticas que ellas organizan de manera recursiva” (1998:61). Es decir, no podemos pensar a los sujetos separados de las estructuras y tampoco las estructuras separadas de los sujetos¹⁵.

Desde esta teoría, se hace énfasis en el carácter activo y reflexivo de la conducta humana: “Ser capaz de obrar de otro modo significa ser capaz de intervenir en el mundo, o de abstenerse de esa intervención, con la consecuencia de influir sobre un proceso o estado de cosas específicos. Esto presupone que ser un agente es ser capaz de desplegar (repetidamente, en el fluir de la vida diaria) un espectro de poderes causales, incluido en el poder de influir sobre el desplegado por otros. Una acción nace de la aptitud del individuo para producir una diferencia en un estado de cosas o cursos de sucesos. Un agente deja de ser tal si pierde la aptitud de producir una diferencia, o sea, de ejercer una clase de poder” (Giddens, 1998:51).

¹⁵ Al repasar los principales aportes de las perspectivas constructivistas, Martín Retamozo destaca que se “reintroduce el lugar del sujeto con su doble sentido: como sujeto sujetado y como sujeto agente. Distinción analítica importante para pensar los modos en que la estructuración conforma, atraviesa, co-instituye a la subjetividad a la vez que podemos concebir las lógicas de rearticulación de la subjetividad y la producción de sujetos capaces de incorporar potencialidad para la acción” (Retamozo, 2012: 23).

Entonces, como venimos diciendo, los sujetos hacen a las estructuras y a la vez éstas son hechas por ellos, en movimientos de reproducción y recreación: “Los aspectos más importantes de la estructura son reglas (constreñimiento) y recursos (habilitación) envueltos recursivamente en instituciones que son los rasgos más duraderos de una vida social [...] La estructura no existe con independencia del saber que los agentes poseen sobre lo que hacen sobre su actividad cotidiana. Los agentes sociales siempre saben lo que hacen en el nivel de una conciencia discursiva bajo alguna definición. La dualidad de estructura es en todas las ocasiones el principal fundamento de continuidades en una reproducción social por un espacio – tiempo. A su vez, presupone el registro reflexivo que los agentes hacen en la duración de una actividad social cotidiana, y en tanto, es constitutiva de esa duración” (Giddens, 1998: pp. 60-63). A grandes rasgos, el principal aporte de Giddens, por medio del núcleo conceptual que fundamenta su “teoría de la estructuración”, es pensar a los individuos como agentes activos que a través de sus prácticas sociales producen, reproducen y transforman la vida social.

Siguiendo esta propuesta teórica, desde nuestra investigación nos propusimos conocer cómo los jóvenes que transitan por la escuela secundaria construyen los sentidos en relación a su participación política, partiendo de asumir que esos sentidos son producidos y reproducidos en un momento histórico específico y como parte de una realidad social determinada.

En relación a nuestra problemática, no podemos comprender las representaciones de los sujetos jóvenes sin tener en cuenta el marco social e histórico en el que esos mismos sentidos se producen, circulan, se negocian, se reproducen y se ponen en tensión. Por esta razón, a la hora de la producción de los discursos juveniles entran en juego una serie de restricciones, o dicho de otro modo, unas condiciones de producción determinadas.

Tal como explica Denise Jodelet (1984) entendemos a las percepciones y representaciones como esquemas de valoración, interpretación y clasificación. Es decir, “como esquemas de conocimiento del mundo: mediaciones entre estructuras y prácticas; entre institución y movimiento; entre formas interiorizadas y formas objetivadas” (Jodelet, 1984: 275) y que por lo tanto, el proceso de producción de sentido implica la dimensión subjetiva y la perspectiva social.

En nuestra investigación se utiliza una metodología cualitativa porque nos permite conocer los significados y sentidos que subyacen a las prácticas y discursos de los sujetos. Al partir desde una perspectiva socio-constructiva, la indagación estuvo orientada a conocer los modos de significación del mundo de los actores sociales, y de cómo estas significaciones están enraizadas en estructuras materiales e históricas.

El centro del enfoque lo constituye la significación, los procesos de simbolización mediante los cuales los actores, intersubjetivamente, dotan de sentido lo real. Fue necesario, entonces, partir del punto de vista del actor, para poder interpretar sus significaciones a través de ejes específicos, dándoles nuevos sentidos para nuestra investigación.

La razón para escoger los métodos cualitativos se basa en su potencial para abarcar fenómenos complejos de la realidad socio-cultural. Según lo explican Jensen y Jankowski (1993) esta perspectiva nos permite abordar, como objetos de conocimiento válido y legítimo, diversos aspectos de la vida cotidiana, como los sentimientos, emociones, deseos y percepciones, asumiendo el carácter único, dinámico y complejo, no sólo de las experiencias y realidades humanas, sino también de los intercambios socioculturales.

Una vez precisada la perspectiva cualitativa como sustento y plataforma de nuestro trabajo de campo, tomamos como línea central la propuesta de Orozco Gómez¹⁶ (1996) en vinculación con los aportes de otros autores especializados en la temática.

Rescatamos la idea de proceso que remarca Orozco Gómez (1996:80), es decir, la concepción de que la investigación cualitativa es un proceso de indagación y exploración de un objeto construido por el investigador al que se accede mediante interpretaciones sucesivas. Por lo tanto, ésta metodología implica un ir y venir constante del investigador con el objeto de estudio, al que se acerca con algunas premisas que orientan la búsqueda en ciertos sentidos pero que se van puliendo constantemente con las distintas aproximaciones al campo.

¹⁶ Este autor describe a al trabajo cualitativo como “un proceso de indagación de un objeto al cual el investigador accede a través de interpretaciones sucesivas con la ayuda de instrumentos y técnicas, que le permiten involucrarse con el objeto para interpretarlo de la forma más integral posible” (Orozco Gómez, 1996:83).

Entendemos que “la aproximación cualitativa obliga a controlar y hacer consciente la propia subjetividad, a evaluar las respuestas con detenimiento, a incorporar conocimientos previos a la necesaria y compleja tarea de interpretación” (Sabino, 2000: 54). En este sentido, la elasticidad¹⁷ de la aproximación cualitativa para incluir modificaciones que contemplen la reflexividad durante el trabajo de campo, requiere tomar decisiones de distinta índole que abarcan –respecto del diseño inicial– cambios en los instrumentos, en la selección de informantes, en el tipo de información, en los ámbitos de observación, en los grados de involucramiento del investigador, entre otras.

Lejos de representar menor rigurosidad podemos sostener, retomando a Vasallo de Lopes (2003), que esta metodología involucra fundamentalmente un conjunto de decisiones, de opciones que el sujeto investigador realiza a lo largo de todo el proceso de investigación. Esto implica dejar de lado la concepción tecnicista y dogmática del método¹⁸, para “dar lugar a la creatividad y la experimentación como elementos claves de este proceso, en el cual se ponen en juego el conocimiento metodológico, el rigor intelectual crítico y la responsabilidad científica” (Echeverría, M. y Vestfrid, P., 2012: 87).

Por lo tanto, la investigación cualitativa requiere un involucramiento del investigador, al demandarle que descubra nuevas relaciones, asocie aquello que no se había vinculado hasta el momento e incluya nuevos elementos para llegar a una comprensión profunda del objeto y producir un nuevo conocimiento. Es, en este sentido, que el investigador debe poner en práctica una reflexividad¹⁹ constante al mismo tiempo que lleva adelante el ejercicio de la “vigilancia epistemológica” (Bourdieu et al., 2002:16). Esto demanda adoptar una postura

¹⁷Es interesante, dentro en un proceso de producción de conocimientos, permitirnos la oportunidad para desplegar la creatividad que requiere todo aporte de saberes que no pretenda conformarse con comprobar lo ya sabido, sino que busque aportar algo nuevo, por mínimo que fuera. En efecto, recordamos las indicaciones de Morin cuando habla sobre la imposibilidad de distinguir ciencia y arte, afirmando en la misma línea que toda estrategia de conocimiento “no sólo necesita control y vigilancia, sino, en todo momento, competencia, iniciativa, decisión y reflexión” (Morin, 2002: 25).

¹⁸En ese sentido, se buscó alejar el trabajo metodológico de una perspectiva instrumentalista sobre el quehacer científico, entendiendo, con Martín-Barbero, que “un método no es sólo una herramienta para abordar un objeto-problema, es también un punto de vista sobre el objeto que impide o posibilita que algo sea considerado problema” (1980: 5).

¹⁹Para Guber (2001: 54) “la reflexividad inherente al trabajo de campo es el proceso de interacción, diferenciación y reciprocidad entre la reflexividad del sujeto cognoscente —sentido común, teoría, modelos explicativos— y la de los actores o sujetos/objetos de investigación”. De esta manera, el conocimiento nunca se revela “al” investigador sino “en” el investigador, debiendo comparecer en el campo, teniendo que reaprenderse y reaprender el mundo desde otra perspectiva.

dialéctica en cada acercamiento al objeto, la información que vaya recogiendo de los sujetos, el entendimiento que se haga de la misma para luego, en base a ese nuevo conocimiento, volver al campo.

Dentro de la metodología cualitativa, la aproximación etnográfica nos permitió estudiar las prácticas y discursos de los sujetos en sus contextos cotidianos. El uso de la etnografía, que apunta a captar y comprender la complejidad de los procesos sociales que se observan, implica que durante el trabajo, las reflexiones y aprendizajes que se producen generan transformaciones en las prácticas de todos los sujetos participantes, incluidas las del investigador.

La ventaja de la experiencia de campo etnográfica es que nos obliga “a construir las categorías de análisis en diálogo con los significados locales, modificándolas si es necesario a medida que transcurren las interacciones y observaciones de las prácticas” (Rockwell, 2009: 186). Así, los conceptos básicos usados al comienzo del estudio como encuadre para comprender las prácticas, se fueron ajustando progresivamente a lo largo del proceso de investigación, ajuste en el que intervinieron también nuevas lecturas en diálogo con la información empírica.

En las investigaciones etnográficas, como la que se pretendió realizar en esta tesis, Elsie Rockwell advierte que rara vez el inicio resulta claro: “se tienen preguntas, problemas o nociones teóricas más o menos elaboradas y algunas categorías con poca o mucha vinculación con lo empírico” (2009: 68).

A los fines de este trabajo, el enfoque etnográfico se mostró como el más apropiado y pertinente para llevar a cabo el ejercicio de co-producción de datos e informaciones acerca de todo lo que constituye las prácticas socio-culturales de estos jóvenes sujeto-objeto de estudio. Además, siguiendo a Borges (2003 y 2009), la etnografía permite reconstruir —en tensión— la perspectiva de los propios agentes jóvenes en sus contextos de vida cotidiana.

Esto se debe a que la etnografía nos permite concebir la producción de conocimiento científico sobre realidades sociales como un ir y venir entre el trabajo de campo y la indagación teórica y conceptual, momentos de un mismo proceso de interpretación y análisis.

Para Galindo Cáceres (1987:267) la etnografía se caracteriza por ser “ambiciosa y humilde, su programa de trabajo pretende la descripción total y exhaustiva de la composición social. En tal sentido es ambiciosa, pero al mismo tiempo es modesta, pues supone una actitud de desconocimiento sobre la composición social; porque para la etnografía todo es importante, cada elemento del mundo social tiene un lugar y por tanto un sentido.”

Por esta razón, aconseja al etnógrafo realizar tres tareas: observar, recolectar y conversar. Su principal objetivo es describir la relación entre el sujeto social, su medio y su historia interesándose en la vida social actual, las perspectivas a futuro y el pasado (Galindo Cáceres, 1987). De esta manera, el enfoque etnográfico conlleva una actitud que reconoce en los sujetos participantes de la investigación interlocutores válidos en tanto portadores de experiencia vitales, de trayectorias, que los transforman en co-productores de datos e informaciones.

Desde la antropología interpretativa de Geertz, en la cual justamente se enfatiza la capacidad de simbolización²⁰ de las personas, la descripción etnográfica es “interpretativa y densa”, ya que lo que se pretende interpretar es el flujo del discurso social: “El análisis consiste pues en desentrañar las estructuras de significación (...) y en determinar su campo social y su alcance” (Geertz, 1993: 24).

En su texto denominado “La descripción densa” que corresponde al capítulo 1 de su libro *La interpretación de las culturas*, este antropólogo norteamericano enmarca la discusión acerca de la cultura en el ámbito de lo simbólico, entendiéndola como “telaraña de significados”, o bien como “estructuras de significación socialmente establecidas” (Geertz 2003: 26). Es así que podemos decir que una cultura es un conjunto de tramas de significación por medio de las cuáles la gente se comunica, da sentido al mundo y lo hace comprensible.

De esta manera, junto con Geertz (2003), Giménez (1989) y John B. Thompson (1998), pensamos que la cultura debe entenderse como todos los hechos simbólicos presentes en una sociedad, como la organización social del sentido, y como pautas de significados “históricamente transmitidos y encarnados en

²⁰Clifford Geertz (1993: 20) cree, junto con Max Webber, que el hombre es “un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido”.

formas simbólicas, en virtud de las cuales los individuos se comunican entre sí y comparten sus experiencias, concepciones y creencias” (Thompson, 1998: 197).

Para Geertz y los antropólogos interpretativistas, “la cultura es un contexto densamente descrito y un sistema interconectado de signos interpretables” (Monteagudo, 2009:155). Entonces, el análisis de la cultura ha de ser “no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones. Lo que busco es la explicación, interpretando expresiones sociales que son enigmáticas en su superficie” (Geertz, 1993: 20). En otras palabras, analizar una cultura es el intento por interpretar la producción y circulación de sentidos.

Geertz toma como plataforma central para dicho análisis la perspectiva etnográfica, a lo que llama descripción densa, y entiende que el papel del antropólogo consiste en realizar un esfuerzo intelectual para interpretar los símbolos culturales. Según Geertz, “lo que en realidad encara un etnógrafo es una multiplicidad de estructuras conceptuales complejas, muchas de las cuales están superpuestas o entrelazadas entre sí, estructuras que son al mismo tiempo extrañas, irregulares, no explícitas, y a las cuales el etnógrafo debe ingeniarse de alguna manera, para captarlas primero y captarlas después” (Geertz, 1996: 24).

Desde su óptica, la etnografía no sólo consiste en seleccionar informantes, establecer relaciones, transcribir textos, etc., sino que su objeto es una jerarquía estratificada de estructuras significativas a partir de las cuáles se producen, se perciben y se interpretan las acciones. Textualmente dice: “estructuras superpuestas, en cuanto a inferencias e implicaciones, a través de las cuáles el etnógrafo trata continuamente de abrirse paso (Geertz, 1996: 24).

La labor etnográfica no sólo implica que el investigador esté inmerso en el campo sino que además sea capaz de “saber conversar con él” (Geertz, 1989: 19). Así, la conversación como actividad (discursiva y reflexiva) significa escuchar al otro, entender desde dónde el sujeto-objeto nos habla e interpretar constantemente lo que dice acerca de otros y de sí mismo. Conversar también significa hacerse cómplice de esas historias infinitas que vienen de las percepciones de las vidas de esos otros. Toda esta interacción se enriquece en el momento en que el investigador comparte con el objeto su propia subjetividad, su propia vida.

En palabras de Geertz: “La investigación etnográfica consiste en lanzarnos a una desalentadora aventura cuyo éxito sólo se vislumbra a lo lejos; tratar de formular las bases en que uno imagina, siempre con excesos, haber encontrado apoyo, es aquello en que consiste el escrito antropológico como empeño científico. No tratamos (o por lo menos yo no trato) de convertirnos en nativos (en todo caso una palabra comprometida) o de imitar a los nativos. Sólo los románticos o los espías encontrarían sentido en hacerlo. Lo que procuramos es (en el sentido amplio del término en el cuál éste designa mucho más que la charla) conversar con ellos, una cuestión bastante más difícil (y no sólo con extranjeros) de lo que generalmente se reconoce” (Geertz, 1989: 27).

Identidad y trayectoria

En esta búsqueda por acercarnos a los sentidos que producen los actores sobre sus propias prácticas – en este caso políticas – a partir de un enfoque etnográfico, utilizamos dos herramientas conceptuales que nos permiten comprender el modo en que estos sujetos elaboran material y simbólicamente sus rasgos identitarios y sus trayectorias de vida. Nos parece importante aclarar que los conceptos de identidad y trayectoria no tienen una función meramente descriptiva, sino que su principal aporte es en tanto dimensión comprensiva.

A mediados de los noventa Stuart Hall (1996) se hacía una pregunta retórica: ¿quién necesita identidad? De este modo introducía un debate teórico en una época en que el concepto de identidad había generado una “explosión discursiva” al mismo tiempo que era sometido a una crítica exhaustiva. Varias disciplinas criticaron la noción de una identidad integral, originaria y unificada, y lo hicieron a través de un enfoque deconstructivo: “a diferencia de las formas de crítica que apuntan a reemplazar conceptos inadecuados por otros ‘más verdaderos’ o que aspiran a la producción de conocimiento positivo, el enfoque deconstructivo somete a ‘borradura’ a los conceptos clave” (Hall, 1996: 13).

Al no surgir una superación dialéctica o un concepto totalmente nuevo, no hay más remedio que seguir pensando en ellos, pero con sus formas reconstruidas. “La línea que los tacha permite, paradójicamente, que se los siga leyendo” (Hall, 1996: 14). La identidad es un concepto de estas características, que no puede

entenderse como antes, es decir, como la creación de una identidad sólida y estable, pero sin el cual ciertas cuestiones clave no pueden pensarse en absoluto.

En este sentido, Hall sostiene que “las identidades son construidas de manera múltiple y no singularmente, a través de discursos, prácticas y posiciones diferentes, a menudo antagónicas y entrecruzadas” (Hall, 1996:17). Las identidades están sujetas a una historización radical y están en un permanente proceso de cambio y transformación. Este movimiento constante se establece a través de las articulaciones entre las distintas posiciones que los sujetos van asumiendo y también en las formas de reconocimiento social por los cuales los mismos se aproximan o distancian.

Este autor plantea que las identidades tienen que ver con cuestiones del uso de los recursos de la historia, el lenguaje y la cultura en el proceso de devenir más que con el ser, cómo hemos sido representados y cómo esto tiene que ver con nuestra propia representación.

Podemos decir entonces que, para Hall, el concepto de identidad no es esencialista, sino estratégico y posicional. Lo más relevante de esta idea es que este concepto “no señala ese núcleo estable del yo que, de principio a fin, se desenvuelve sin cambios a través de todas las vicisitudes de la historia” (Hall, 1996: 17).

Por lo tanto, debemos pensar a la identidad como la articulación del sujeto en el flujo del discurso, como un punto de encuentro, un punto de sutura entre, por un lado, las prácticas y los discursos que tratan de interpelarnos, que nos hablan o que nos ubican como sujetos sociales de discursos particulares y, por otra parte, los procesos que producen subjetividades, que nos construyen como sujetos que pueden ser “hablados”. De esta manera, “las identidades son puntos de adhesión temporaria a las posiciones subjetivas que nos construyen las prácticas discursivas” (Hall, 1996:20).

Siguiendo con esta línea de pensamiento, podemos decir que las identidades se construyen dentro del discurso, a partir de estrategias enunciativas específicas, en ámbitos históricos específicos, en el interior de formaciones y prácticas discursivas específicas (Viviani, 2011:29).

En el proceso de producción de identificaciones, que actúa [justamente por su cualidad procesual] “a través de la diferencia”, se produce la demarcación de unos límites específicos, de unos *efectos de frontera* (Hall, 1996: 16) que delimitan qué es lo que está adentro y qué es lo que va a quedar afuera. Sin embargo, eso otro que queda afuera no es desechable, sino que conforma lo que Hall llama *exterior constitutivo* (1996: 16), que es un elemento fundamental a la hora de consolidar un proceso identificatorio.

Es así que el “otro” es parte indispensable de la constitución de la identidad en tanto que no basta con que el sujeto se reconozca como diferente, sino también que sea percibido y reconocido como tal. Entonces, “la identidad se articula a partir del par auto-reconocimiento / hetero-reconocimiento, en relación con la doble dimensión de la identificación y la afirmación de la diferencia” (Viviani, 2011: 27).

A su vez, la identidad se atribuirá siempre a una unidad distinguible, es decir, que pueda ser reconocida por los demás en contextos comunicativos (reconocimiento social). Los elementos que otorgan identidad a un individuo se construyen a partir de tres factores: una red de pertenencias sociales (identidad de pertenencia, identidad categorial o identidad de rol) una serie de atributos (identidad caracteriológica) y una narrativa personal (identidad biográfica que recoja la historia de vida y la trayectoria social de la persona considerada). Por lo tanto, “el individuo se ve a sí mismo - y es reconocido – como ‘perteneciendo’ a una serie de colectivos; como ‘siendo’ una serie de atributos; y como ‘cargando’ un pasado biográfico incanjeable e irrenunciable” (Giménez, 1997: 5).

Acceder a la construcción de las trayectorias de vida nos permite conocer las distintas posiciones y prácticas de los sujetos, la disponibilidad de los capitales- sociales, culturales, económicos, simbólicos-, como así también la posibilidad, la aptitud y el posicionamiento de estos sujetos frente a los cambios (Gutiérrez, 1994).

Creemos necesario, a la hora de reflexionar sobre los procesos de identificación, recuperar y pensar el término *trayectorias* debido a la posibilidad que este concepto ofrece para lograr una mayor comprensión de las transformaciones de la sociedad en general y de los procesos singulares, particulares, de los sujetos.

Fue Pierre Bourdieu quien elaboró la noción de trayectoria, como una “serie de las posiciones sucesivamente ocupadas por un mismo agente (o un mismo grupo) en un espacio en sí mismo en movimiento y sometido a incesantes transformaciones” (Bourdieu, 1977). En otras palabras, “toda trayectoria social debe ser comprendida como una manera singular de recorrer el espacio social, donde se expresan las disposiciones del habitus” (1995).

Nos parece interesante pensar a los jóvenes a través de sus trayectorias en tanto que implican un proceso, un tiempo que transcurre a medida que los sujetos van convirtiéndose en ciudadanos plenos, van tomando “la voz y el voto” en la sociedad, se van posicionando, identificando, construyendo sus propios proyectos.

Preferimos hablar de trayectorias porque en ella se discierne un punto de inicio y uno de llegada: “una trayectoria los coloca en una posición en lo social y quizás -más difusa o más claramente- les indique una meta. Una trayectoria implica concebir un proyecto, una prefiguración de caminos posibles para avanzar. Estas trayectorias no serán lineales sino más bien yuxtapuestas; no están plenamente predeterminadas (configuradas por la sociedad) ni son determinantes (elegidas de una vez y para siempre)” (Bolis, 2014:128).

Si una trayectoria implica avances y retrocesos, inexorablemente se verá atravesada por la necesidad constante de tomar decisiones, en las que entrarán en juego vías alternativas y conflictivas. Por lo tanto, las trayectorias responden a la lógica de lo político en tanto que son un terreno de elecciones en conflicto. En este sentido, las trayectorias de los sujetos de análisis permitirán profundizar la mirada en las diversas maneras de experimentar este momento histórico por parte de los y las jóvenes, lo que implica una reflexión de los mismos como sujetos de la historia, focalizando en su capacidad de agencia e intervención en el mundo.

Es importante aclarar que una trayectoria no se presenta en un sujeto de manera unificada y coherente, o mejor dicho, un sujeto puede acoger en su seno posiciones sedimentadas y posiciones proyectadas y, entre ambas, delinear un recorrido posible (lo que supone que puedan convivir sin excluirse prácticas significadas como adultas y prácticas juveniles). En otras palabras, al igual que la identidad en su conjunto, una trayectoria no es permanente y coherente, sino

que se presenta como múltiple y variable. No obstante, tampoco es totalmente abierta, “hay ciertos itinerarios definidos, metas proyectadas y puntos de partida imaginados biográficamente que obstaculizan ciertas vías. Ni azarosa ni lineal, es una construcción procesual” (Bolis 2014: 128).

El aporte de pensar a los jóvenes a partir de la noción de trayectorias es que “la trayectoria los impulsa al terreno de lo político, de lo emergente, de la decisión (...) En la trayectoria, el joven es un sujeto potencial (proyectándose, constituyéndose, institucionalizándose), pero también un sujeto posicionado (ubicado en el campo social a través de relaciones de fuerza y sentido): es decir, es potencia y es poder” (Bolis 2014: 128).

Las herramientas de recolección de datos

De acuerdo a los enfoques metodológicos elegidos y teniendo en cuenta que el diseño del trabajo de campo, en los términos expuestos por Díaz de Rada y Velasco (1997: 18), requiere considerarlo “una situación metodológica y también en sí mismo un proceso, una secuencia de acciones, de comportamientos y de acontecimientos”, la selección de las técnicas y el diseño de los instrumentos para recabar los datos empíricos fueron una apuesta para acercarnos a los sujetos, para entablar relaciones de comprensión centradas en el reconocimiento de la capacidad de los jóvenes para narrar su experiencia de manera potente.

En esta investigación, la entrevista en profundidad fue la principal técnica de recolección de datos utilizada para conocer la perspectiva de los actores sociales. En efecto, concebimos a la entrevista como “una conversación sistematizada que tiene por objeto obtener, recuperar y registrar las experiencias de vida guardadas en la memoria de la gente” (Sautu et al., 2005: 48).

Para que una entrevista sea lograda, según Araya Umaña (2002), hay tres elementos muy importantes: el contrato comunicativo, la interacción verbal y el universo social de referencia²¹. La importancia de estos tres elementos recae sobre la capacidad de generar una conversación amena y fluida entre las partes

²¹Un planteo similar es el de Jorge González (2004) para quien resulta fundamental explicitar el propósito de la entrevista, explicar la metodología etnográfica en sí misma y las preguntas etnográficas.

donde ambos saben de qué se trata y están de acuerdo, siendo el respeto la principal característica que motorice los encuentros.

Es importante recordar, junto con Galindo Cáceres (1987), que la entrevista es un encuentro de subjetividades entre la del sujeto investigador y el sujeto entrevistado, donde la objetividad es descubierta. Reconocer que la entrevista está estrechamente relacionada con la subjetividad es asumirla como “una situación cara-a-cara donde se encuentran distintas reflexividades pero, también, donde se produce una nueva reflexividad” (Guber, 2001: 76).

De esta manera, la entrevista es una conversación que se sostiene con un propósito definido y no por la mera satisfacción de conversar (González, 2004). Se trata de un intercambio intencionado de conceptos donde es fundamental la relación que se genere entre los actores. Es por esto que la actitud y personalidad del entrevistador deben invitar al entrevistado a relajarse y sentirse en confianza. Además de esto, es necesario saber hasta qué punto el entrevistador reinterpreta y reelabora el discurso del entrevistado, teniendo el cuidado de mantenerse lo más fiel posible al discurso de éste.

La entrevista etnográfica, particularmente, se centra en esta relación que se da entre ambos sujetos, adaptando la guía de conversación según cómo se va dando el intercambio; improvisando las preguntas en base a la interacción entre ambos. Siendo el encuentro de sentidos comunes (el del entrevistador y el del entrevistado) de fundamental importancia, de gran relevancia para la entrevista: “Todo parte del sentido común y a él regresa, todo programa de investigación busca afectar el sentido común, a la forma en que está ordenada la información sobre algo en una representación mental” (Galindo Cáceres, 1994: 213).

La entrevista, en este estudio en particular, se erige como una herramienta fundamental y central, principalmente porque al funcionar como un disparador, abre la posibilidad a los sujetos entrevistados de cuestionarse e intentar comprender su propia vida: “A partir de la entrevista es que se descubre y analiza el mundo social obviado en la vida cotidiana; la entrevista entra como una situación que abre la vida ordinaria y la torna extraordinaria, pues en la situación de entrevista el mundo social es puesto en duda, es construido como objeto de estudio. La vida cotidiana y la historia son transportados a un nivel

consciente. La situación de entrevista rompe el orden convencional e introduce la sorpresa del ‘darse cuenta’, del descubrir lo que ya se sabía, de entender lo que era evidente. La situación de entrevista inaugura un nuevo orden de la vida social” (Galindo Cáceres, 1987: 158).

En las entrevistas realizadas somos conscientes de que accedimos a un discurso que aunque extra-ordinario, actualiza, combina, yuxtapone, articula, relatos ya fragmentariamente elaborados en múltiples situaciones. Dice Bourdieu reflexionando sobre su trabajo como etnógrafo: “Al ofrecerle una situación de comunicación completamente excepcional, liberada de las restricciones, en particular las temporales, que pesan sobre la mayoría de los intercambios cotidianos, y darle acceso a alternativas que lo incitan o autorizan a expresar malestares, faltas o demandas que descubre al expresarlas, el entrevistado contribuye a crear las condiciones de aparición de un discurso extra-ordinario, que podría no haberse enunciado jamás y que, sin embargo, ya estaba ahí, a la espera de sus condiciones de actualización” (Bourdieu 2000: 533).

En las entrevistas etnográficas, como lo que se desea es moverse en la búsqueda de información interiorizada, todo lo que pueda colaborar a su exteriorización es bienvenido. Por eso, siguiendo a Galindo Cáceres (1987) la improvisación y los ajustes y cambios sobre la marcha no sólo son pertinentes sino deseables.

Por otro lado, respecto al protocolo de entrevista, la construcción del cuestionario modelo se basó en la necesidad de recuperar sentidos en torno a las categorías principales que hacen a los objetivos de este trabajo: participación política, aspectos relativos a las identidades juveniles, trayectorias educativas, familiares y sociales, grupalidades juveniles.

El desarrollo de las entrevistas en profundidad se orientó a enfocar el tema objeto de estudio a través de la experiencia de los entrevistados, tanto como de sus interpretaciones u opiniones sobre aspectos relevantes.

Entre las principales características técnicas de las entrevistas podemos mencionar:

*Fueron semiestructuradas ya que, si bien se partió de un protocolo previamente elaborado, se permitió la formulación de nuevas preguntas que aportaron datos significativos en relación a los objetivos de la investigación.

*Cada una de las entrevistas fue llevada adelante de manera individual.

*Todas las entrevistas fueron grabadas, con previo consentimiento de cada uno de los informantes.

*Se desarrollaron en un único encuentro con cada estudiante secundario, y tuvieron una duración promedio de 2 horas. Los sitios donde se concretaron los encuentros quedaron a elección del entrevistado y todos fueron en espacios públicos, como por ejemplo, plazas, bares y aulas.

*La dimensión espacio-temporal en la que tuvo lugar el trabajo de campo fue durante el mes de diciembre de 2014, en el Casco Urbano de la ciudad de La Plata.

Nuestro lugar como investigadores

Durante las situaciones de entrevistas lejos de prohibirnos comprometer nuestra participación²², procurando inútilmente reparar en algún ilusorio tipo de “neutralidad” que nos brinde la objetividad perseguida, cada vez que nos resultó propicio sostener, atenuar, o incentivar el ritmo de la conversación, accedimos a “intervenir”, ya sea respondiendo cuando se nos interpeló sobre nuestras ideas políticas, o cuando se nos pedía que aportemos nuestros propios puntos de vistas sobre ciertos temas momentáneamente en discusión.

Esto se debe que en el transcurso del trabajo de campo y, como condición de su propio desarrollo, el investigador entabla relaciones personales con los sujetos/tema de su reflexión. Estas relaciones no solo permiten la aplicación de las diferentes técnicas de recolección de información, sino que a su vez habilitan el proceso de construcción del “objeto” de conocimiento. Entonces, afirma Guber, estos vínculos definen “simultáneamente lo que [el investigador] busca y la forma de encontrarlo” (Guber, 2001: 41).

²²Reflexionando sobre las interacciones del etnógrafo en el devenir de la investigación, Javier Auyero, sostiene que “debemos dar cuenta de los usos que los [entrevistados] hacen de la etnografía y del etnógrafo no sólo para comprender mejor nuestro lugar en el campo (una preocupación que parece algo así como una obsesión narcisista en estos tiempos), sino porque inciden en el proceso mediante el cual construimos el objeto de investigación” (Auyero 2004: 268).

Recordemos que Rosana Guber está inscripta dentro de una larga tradición antropológica que sostiene que los datos de campo no provienen de los “hechos mismos” observados, no son la manifestación de una supuesta realidad objetiva exterior a la mirada. Por el contrario, como afirma Rosana Guber, “los *datos* son una elaboración del investigador sobre lo real” (Guber, 2005: 54).

Por un lado, en tanto implican un ejercicio selectivo e interpretativo sobre el conjunto de fenómenos que se nos presentan a la consciencia, las referencias empíricas son una construcción deliberada. Pero, a su vez, en el trabajo de campo los datos son una elaboración debido a que la materialidad de los mismos, la sustancia que los compone y permite interpretarlos, se establece por medio de procesos de interacción con otros sujetos.

Considerando a las actividades de investigación como un aspecto más del “proceso social total” entendemos que este tipo de lazos no son autónomos de las relaciones que definen el contexto social en el cual el trabajo de campo se desarrolla. Por el contrario, el mismo “implica la singularización de relaciones sociales propias del contexto estudiado, relaciones que encuadran y afectan decisivamente el tono y los contenidos del vínculo entre investigador e informantes” (Guber, 2005: 58-59).

En las interacciones producidas en el trabajo de campo intervienen procesos que el investigador puede controlar parcialmente, las formas en que se manejan las angustias y emociones, las interpretaciones que se hacen de las situaciones (Rockwell, 1987), como también la trayectoria personal y profesional.

Por ello resulta tan necesario asumir con responsabilidad el rol que ocupa el investigador en el proceso de investigación, transformando las realidades sobre las que interviene; y, en consecuencia, “reflexionar acerca de las implicancias de su (nuestro) rol como investigadores, de los efectos de sus (nuestras) propias prácticas de investigación sobre aquello respecto de lo cual se construye conocimiento” (Sautu et. al., 2005: 47).

En este sentido, Bourdieu (2007) plantea que el investigador que quiere explicar y comprender las prácticas sociales debe analizar las relaciones objetivas que condicionan las prácticas y el sentido vivido de las mismas, tomando en cuenta el sentido de las prácticas, las percepciones y representaciones.

Ahora bien, el investigador ocupa determinadas posiciones respecto a los sujetos de estudio²³, lo que lleva a Alejandro Grimson y Javier Auyero a afirmar que “es imprescindible analizar y entender cuál es el sentido práctico que nuestros interlocutores otorgan a nuestro rol y, por lo tanto, comprender de qué manera nos construyen” (Auyero y Grimson, 1997: 6). Estos pensadores remarcan que aquello que los sujetos piensan sobre los investigadores constituye el marco en el cual enuncian los discursos que posteriormente van a ser estudiados.

Un lugar común en el cual fuimos posicionados por los jóvenes que entrevistamos en este trabajo fue el de los periodistas. Así, la situación de ser “entrevistados” (escuchados, grabados, consultados, etc.) por nosotros -los “periodistas”- revestía cierto orgullo para cada uno de ellos y, al mismo tiempo, una oportunidad para legitimar su participación política al punto que muchos de nuestros entrevistados (casi podríamos decir todos ellos) nos agradecieron el haberlos “elegido” como informantes y de “escucharlos”.

De hecho, todos los jóvenes que participaron de esta investigación se mostraron sumamente predispuestos a hacerlo, brindándonos su tiempo, información significativa y contactos con otros “compañeros”, a pesar que la dimensión temporal en la que se llevó a cabo la investigación se superpuso con el fin del ciclo lectivo y con las mesas de finales. A su vez, todos los entrevistados dijeron sentirse “cómodos” con el cuestionario y se mostraron interesados en conocer el producto final, demandándonos una devolución del análisis realizado.

Caracterización de la muestra y presentación del corpus de análisis

La elección de la muestra se realizó a partir del punto de vista teórico y no representativo. En este sentido, la muestra no es probabilística ni estrictamente representativa (muestreo no estadístico), más que para un grupo específico, de las mismas características del que compone la muestra.

²³Al respecto, Federico Rodrigo (2012) en su capítulo “Los ojos ciegos bien abiertos. Reflexiones en torno al lugar del investigador en la práctica etnográfica”, problematiza las representaciones sobre su propia presencia en el campo al estudiar una comunidad de migrantes bolivianas. Allí, es interesante ver “el propio extrañamiento sobre el proceso etnográfico que obliga al investigador a considerarse un sujeto inmerso en la trama socio-cultural que pretende desentrañar” (Rodrigo en Echeverría, M. y Vestfrid, P., 2012: 193).

La estrategia del muestreo teórico puede utilizarse como guía para seleccionar las personas a entrevistar (Glaser y Strauss, 1967) porque en él, el número de “casos” estudiados carece relativamente de importancia. Lo importante es el potencial de cada “caso” para ayudar al investigador en el desarrollo de comprensiones teóricas sobre el área de la vida social estudiada.

El modo en que se llevó a cabo la selección de los informantes fue a través de lo que Taylor y Bogdan (1992) describen como técnica de la “bola de nieve” que consiste en conocer a algunos informantes y lograr que ellos nos presenten a otros. La particularidad de este tipo de técnica de muestreo es que funciona en cadena: luego de entrevistar al primer informante (Sara), le pedimos ayuda para identificar²⁴ a otras/os jóvenes militantes que tuvieran rasgos de interés similar.

La secuencia se volvió a repetir hasta que llegó un punto en que se nos presentó lo que se conoce como saturación teórica, una expresión empleada para referirse al momento de la investigación de campo en el que los datos comienzan a ser repetitivos y no se logran aprehensiones nuevas importantes (Taylor y Bogdan, 1992). Es decir, después de completar las entrevistas con varios informantes percibimos que habíamos llegado a una instancia de trabajo en la que las entrevistas con personas adicionales no aportarían ninguna comprensión auténticamente nueva.

De esta manera, la muestra quedó compuesta por 12 jóvenes militantes –ellos se consideraron a sí mismos como tales-, de ambos sexos, de entre 15 y 18 años, que residen en la ciudad de La Plata²⁵. En su mayoría son jóvenes que han nacido y vivido toda su vida en la capital provincial (una ciudad reconocida como “estudiantil”, con gran parte de población joven), aunque también hay casos de jóvenes oriundos de otros lugares de la Provincia de Buenos Aires que en su niñez se mudaron junto a sus familias a La Plata. En todos los casos, se trata de jóvenes urbanos.

Todos ellos nacieron a fines del siglo XX, puntualmente, entre los años 1996 y 1999. En este sentido, se socializaron en un contexto caracterizado por un

²⁴Vale aclarar que a cada uno de los entrevistados les solicitamos que nos comentaran acerca de estudiantes secundarios de otras agrupaciones políticas. En todos los casos ellos nos facilitaron los números de celulares y el nombre para ubicarlos dentro de la red social *Facebook*. Este pedido siempre se dio una vez finalizada la entrevista, por lo que sus recomendaciones fueron teniendo en cuenta el enfoque del cuestionario.

²⁵Sólo uno de los entrevistados no vive en el Partido de La Plata, aunque reside en el distrito vecino de Berisso.

ininterrumpido período democrático y, a la vez, han asistido a un proceso de reestructuración y recomposición del Estado apoyado en políticas públicas y avances normativos que garantizan importantes derechos sociales, políticos y civiles para los y las jóvenes.

Se trata de jóvenes que ingresaron al sistema escolar luego de la crisis del 2001. Algunos han transitado su escolarización en escuelas públicas y otros en escuelas privadas. Respecto a su educación secundaria, presentan diferentes trayectos formativos, lo que dio como resultado referencias a las siguientes instituciones: Colegio Nacional “Rafael Hernández”, Liceo “Víctor Mercante”, Bachillerato de Bellas Artes, Colegio Nuestra Señora de Luján, Colegio Centenario, Escuela de Enseñanza Media N° 1 “Raúl Scalabrini Ortiz” (E.E.M.N° 1) de Berisso, Escuela Secundaria San Vicente de Paul, Escuela Normal Superior N° 1 “Mary O. Graham”, Unidad Académica Normal N° 3, y la Escuela de Educación Media N° 12.

Más de la mitad acaba de egresar del colegio (están rindiendo materias previas o por comenzar los cursos de ingreso de sus carreras universitarias) y el resto se encuentra cursando los últimos años del nivel de enseñanza media.

Por otro lado, estos jóvenes son hijos/as de padres profesionales, lo que nos ayuda a comprender cómo la Universidad aparece como un horizonte de posibilidad para todos ellos, que manifiestan su voluntad de continuar con los estudios superiores, y de hacerlo en la Universidad Nacional de La Plata. De este modo, se puede decir que pertenecen, en un sentido amplio, a los sectores medios.

En relación a su participación política, todos reconocen que el primer acercamiento a la militancia fue a través de la escuela, donde conformaron agrupaciones para disputar la conducción del Centro de Estudiantes o para pedir por su apertura (en los casos en que no existía dentro de los establecimientos educativos). A la vez, estos jóvenes también integraron organizaciones de “segundo grado” (Larrondo, 2013:8) como la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) y la Coordinadora Unificada de Estudiantes Secundarios (CUES) que nuclean las demandas de los estudiantes secundarios platenses.

Además, los entrevistados ingresaron en estructuras de organizaciones político-partidarias entre el año 2010 y el 2013 y continúan haciéndolo, a excepción de dos casos. Vale aclarar que estos últimos se han distanciado de sus organizaciones por diferencias hacia el interior de las mismas, aunque a pesar de ello siguen considerándose militantes.

Las fuerzas políticas de las cuales forman parte provienen de diferentes matrices ideológicas, y son las siguientes: La Cámpora, Libres del Sur, Patria Grande (FPDS), Movimiento Al Socialismo (Nuevo MAS), Partido de los Trabajadores Socialistas (PTS), Partido Obrero (PO), Peronismo Militante (PM), Juventud Peronista de la provincia de Buenos Aires (JPBA), Juventud Radical Popular y La Cantera. Asimismo, los jóvenes entrevistados son, en su mayoría, los responsables o referentes -según sus dichos- del Frente Secundario de su organización.

Con esta caracterización, la muestra no pretende señalar alguna especificidad sobre los estudiantes secundarios que participan en política, sino que los alcances de este trabajo se remiten a un corpus de análisis de 12 entrevistas en profundidad, realizadas en el mes de Diciembre de 2014, a jóvenes militantes de sectores medios, residentes en la ciudad de La Plata.

Perfiles de los entrevistados

A continuación presentaremos un perfil de los entrevistados destacando las características más importantes de cada uno de ellos que, según creemos, haran más comprensible el análisis posterior.

La inclusión de estos perfiles²⁶ es una manera de mostrar al lector las diferentes trayectorias sociales, culturales, familiares, educativas y políticas de los testimonios²⁷. Para la construcción de cada uno de ellos optamos por recuperar

²⁶Si en algunos casos los perfiles parecen “románticos” o meras idealizaciones de la propia experiencia, en gran parte se debe a la intencionalidad de los sujetos de atribuirle coherencia a la propia vida, de producir narrativas que “reconfiguran una serie de datos y trayectorias personales” (Giménez, 1997: 5) para atribuirle un sentido. Este intento de los sujetos de enmarcar su fragmentaria y, a veces, caótica identidad se traduce en lo que Bourdieu (1994) llama la “ilusión biográfica”: esa creencia de poder describir la vida como un camino lineal, unidireccional que tiende hacia un fin claro.

²⁷ A pesar de que todos los informantes aceptaron la inclusión de sus verdaderos nombres en la investigación, hemos decidido cambiarlos para preservar sus identidades, principalmente

los modos de nombrarse de los propios actores, sus palabras para decirse en el mundo, combinándolas con nuestras representaciones como investigadores.

Malena

Recién egresada de la escuela secundaria, Malena dice que “acaba de terminar una etapa súper importante que me marcó en un montón de sentidos pero me está preparando para otra que va a ser mucho más grande”. Si bien aún tiene que rendir algunas materias previas ya está anotada en la carrera de Sociología. Se imagina discutiendo por las aulas y los pasillos del nuevo edificio de Humanidades, pegando carteles del Nuevo MAS.

Confiesa que “la militancia fue un cachetazo, no la buscaba”, porque a sus 15 años “era anarquista, muy anti partido, pensaba que iba a poder cambiar el mundo sola”. Pero la realidad “fue lo que me hizo el click para empezar a hacer algo, me di cuenta que no iba a poder hacer nada sola, y empecé a buscar una agrupación”. Malena describe esta situación así: “la realidad, me tiraba. Me decía bueno, dale, ¿y ahora? Era un momento en que yo estaba abierta a todas las posibilidades, era dale, politízame, acá estoy”.

Desde el Nuevo MAS le llegó una invitación “para pintar un mural por Mariana Condorí, un femicidio de La Plata”. Ella fue encantada porque la pintura es una de sus pasiones, “estuve pintando, chocha, me parecía muy progre la iniciativa. Más allá de decir luchamos en las calles, también mirá lo que estamos haciendo”. Lo que se selló su estadía en el partido fue una propuesta concreta, “formar la agrupación de secundarios del Nuevo MAS, Tinta Roja”, y sobre todo que “me dieron política”.

En su escuela de Berrisso, Malena fue presidenta del Centro de Estudiantes, con la agrupación Vanguardia Estudiantil. Cuando su lista dejó de ser la conducción, mantuvo el protagonismo dentro de la Media N° 1: encabezó una sentada en el patio de la escuela y numerosos reclamos de sus compañeros. Su participación en la escuela no fue fácil, “en mi colegio no te dejan hacer política, está prohibido, es todo muy gremial, las asambleas que hicimos se las tuvimos que

porque en algunos pasajes de las entrevistas mencionan a terceros y hacen referencia a cuestiones internas de sus organizaciones políticas.

arrancar a los directivos”, lo que valió suspensiones y reiteradas citaciones a sus padres.

En su familia nunca avalaron su militancia, “cuando me meto en el partido me prohibieron reunirme, mi mamá es súper religiosa, cuando se enteró de que apoyaba el aborto legal, para qué, eso fue todo un problema”. Para ella, fue “un período horrible” que le presentó un dilema: “si milito está todo mal con mi familia, y si no milito estoy dejando de hacer lo que yo quiero, fue muy difícil”. Encima, su hermana dejó de hablarle por dos meses y le impidió ver a su sobrino. Luego, todos cedieron, “les gané por cansancio”.

Malena, ahora que tiene 18 años, considera que “la militancia revolucionaria es lo mejor que me pasó, es lo que me llena. Estoy orgullosa y es lo que quiero hacer toda mi vida”. Su gran sueño es “transformar la sociedad para que no haya más explotados ni oprimidos”.

Sara

Allá por el año 2010, Sara quería hacer algo, sentía muy en su interior que tenía que hacer algo y mientras veraneaba en Córdoba se preguntó: “¿soy de derecha o de izquierda, qué soy?”. En *Wikipedia* encontró varias definiciones sobre distintas ideologías políticas y tras leerlas y analizarlas se inclinó por la izquierda.

De regreso a La Plata, la ciudad en donde nació ella, su hermana y sus padres, se acercó junto a una amiga de la colectividad judía al Club Max Nordau, para participar en una comisión de género: “nosotras íbamos y no queríamos depilarnos, queríamos andar en tetas por todos lados, éramos militantes muy feministas”. Allí, conoció a compañeras de Pan y Rosas, la agrupación de mujeres del PTS, que la contactaron con estudiantes de la Juventud del partido. Entre medio recuerda que discutió con el Partido Obrero pero finalmente se inclinó por el PTS porque “la forma de pelear por los derechos de la mujer iba acompañada de la lucha por la revolución: ya no pasaba por sacarse el corpiño sino porque no haya más femicidios y para que exista el aborto legal, seguro y gratuito”.

Desde entonces, milita “por cambiar el mundo” y lo hace conduciendo la Dirección Juvenil del PTS La Plata, una tarea que le exige “sangre, sudor y lágrimas, mucho esfuerzo, mucha convicción. Yo me mato todos los días para que mi partido crezca porque creo que es la única alternativa”.

A sus 18 años, acaba de egresar del Colegio Centenario, una escuela privada en la que siempre se sintió “sapo de otro pozo” y en la que detestó usar uniforme, “no me gusta, no lo acepto”. Algunos días, al salir de la escuela, se iba insultado a sus compañeros, docentes y directivos por considerarlos “gente muy retrógrada”. Aunque su paso por la secundaria también le dejó un “montón de cosas re copadas”: en la fiesta de egreso, sus compañeros le dijeron que lo que la caracterizaba era la garra y pasión con la que vivía su militancia. Inclusive, en la entrega de diplomas una profesora le regaló un libro de Bakunin, “más allá de que yo no soy anarquista sino trotskista lo valoré mucho”.

Habla de presiones académicas, ella que es hija de profesionales: una madre psicóloga y un padre psiquiatra le inculcaron la importancia de la formación y, por eso, va estudiar periodismo. “Mis aspiraciones son poder trabajar en radio, poder militar desde ahí y seguir haciendo cosas que tengan que ver con la política”, cuenta entusiasmada.

El último año se lo pasó yendo una vez por semana a la Panamericana para cortar por Lear: “estuve 7 meses levantándome a las 5 de la mañana para ir a Pacheco, fue mi primer conflicto obrero”. Esa lucha le sirvió porque “fue la primera vez que mi familia vio el fruto de algo de lo que yo hago”, cuando sus padres siempre pensaron que su partido era “una secta, no lo conocía nadie”.

Camila

“Yo soy de La Matanza, del Conurbano, y vinimos a vivir acá en el 2010”, pero mucho antes de instalarse junto a su madre en La Plata, Camila también estuvo en Monte Hermoso intentando sobrevivir al “quilombo del 2001”. De aquellos años, “tengo muchos recuerdos de no tener para comer”, aunque se las supo ingeniar: “agarraba el paquete de galletitas y separaba dos para la merienda, dos para la mañana, eran dos galletitas para cada comida. Es el día de hoy que mis

tías me cargan con eso, siempre me trataron de rata, pero no era de rata sino que entendía que no había plata”.

La situación económica de su familia mejoró, por eso, cuando se instalaron en la capital provincial su mamá decidió enviarla a la secundaria Nuestra Señora de Luján, “una escuela católica privada que no la conoce nadie”. Allí se planteó armar el Centro de Estudiantes pero desistió porque “tomé conciencia muy tarde, ya no me daba el tiempo”. Aunque también reconoce que tenía miedo de ser “la oveja negra del curso, una vez que empecé a militar no quería debatir tanto en la escuela, por las cargadas y el rechazo de los compañeros”.

Fue en el año 2013 cuando ella se sumó a las filas del Partido Obrero, “soy militante del Partido Obrero en la escuela, en la calle, en la casa, en cualquier lugar”, repite con orgullo y enfatiza la necesidad “de tomar conciencia, de cambiar el sistema y de construir una alternativa política que ponga fin a la opresión”. En sus argumentos, repite palabras y conceptos como dominación, clases sociales, masas e ideología.

Su acercamiento a la política fue gracias a la música: “soy de ir a muchos recitales, seguía a una banda que se llama Salta la Banca y una vez sacaron un CD sobre Luciano Arruga, un pibe que mató la Policía en 2009 en La Matanza, en Lomas del Mirador. Empecé a averiguar la causa de Luciano, después conocí la de Mariano Ferreyra”. Todo eso le llamó la atención y vio que eran banderas del Partido Obrero. Entonces, “fui a una reunión, me gustó y decidí quedarme ahí”.

Tanto su mamá como la pareja son efectivos de la Policía Bonaerense aunque eso no le impide pasarse por la casa con un pin que “tiene la gorra de la Policía tachada”. En la mesa familiar se han generado “debates tensos” pero los vive con naturalidad porque, al fin y al cabo, “militar es una convicción, es parte de todo lo tuyo”.

Con 18 años y recién egresada, Camila también tiene varios sueños: “quiero estudiar y quiero militar mucho. Justo ganamos el Centro de Estudiantes de Humanidades así que voy a estudiar y militar con mucho gusto”.

Julia

A los 13 años Julia empezó a participar en el Centro de Estudiantes del Bachillerato de Bellas Artes, “al principio era más un grupo de jóvenes que militancia orgánica”, comenta y explica que su horizonte político era plantear “un colegio artístico con inclusión, porque los bienes culturales se tienen que democratizar y ser de fácil acceso para todos”. Ese proyecto de colegio que perseguía era algo colectivo, y así fue como “nos planteamos armar una lista, Malvinas Argentinas, y eso lo enmarcamos en un proyecto de país, nos sumamos a la UES y ahí vimos que teníamos que tener una militancia más allá de lo estudiantil”. En pocas palabras, resume: “fui desde el colegio, a lo local y de ahí a lo nacional”.

Entonces, se sumó junto a un grupo de amigos al Peronismo Militante, donde “se nos dio mucho espacio y confianza, junto a la posibilidad de insertarnos en la discusión real”. Hoy en día, “soy responsable de secundarios en mi organización”, dice ella, aunque lo que más resalta es “la mística que tiene el PM: nosotros nos definimos como una generación de amigos unidos por el culto al amor a la patria, esa amistad, ese compañerismo genera un sentido de pertenencia muy rápido que no lo veo en otras organizaciones”.

Sus responsabilidades dentro de la organización aumentaron, cada vez se le exigía más tiempo y compromiso, y esto le trajo consecuencias en su salud: “tuve un pico de estrés, tuve un colapso general, terminé muy enferma, 15 días en cama, y nada mi mamá sabe que dejar de militar no lo voy a hacer y que si tengo que elegir entre terminar llevándome un montón de materias en el Bellas Artes por la carga horaria que tengo y seguir militando, voy a elegir seguir militando”. Su madre, una comunicadora social que “sólo adhiere al kirchnerismo pero no está organizada”, acompañó siempre su decisión.

Por esa razón, a mediados del 2014 se pasó al Normal N°1 para abocarse de lleno a la militancia, su única prioridad a sus 16 años: “se transforman las prioridades, es lo querés hacer en tu vida más allá del colegio, vas cumplís con el colegio, hacés lo mínimo e indispensable y el resto del día lo dedicas a eso”. También se hace un tiempo para su hobby, las danzas clásicas, “un ambiente bastante purista” donde “tengo discusiones porque no dejo de pensar como pienso en los distintos ámbitos en los que me muevo”.

Entre risas, esta joven platense comparte su sueño: “desde que tengo 8 años que digo que quiero ser Presidenta, siempre tuve como una fascinación por la política”. Su otro deseo, más próximo en el tiempo, es “estudiar Derecho en La Plata y seguir militando en el frente universitario”.

Pedro

Pedro es platense, vivió siempre dentro del Casco Urbano inclusive ahora que sus padres están separados: vivir “un tiempo con cada uno” fue la mejor forma que encontró para compartir momentos con los dos. De su mamá valora que lo escuche al hablar de política más cuando ella que es farmacéutica “no está muy interesada en la política”; de su padre destaca su tarea como docente dentro de la Facultad de Medicina y especialmente su “militancia ahí para cambiar un poco todo eso que es muy morado”. Por eso, lo considera un “compañero, siempre me bancó”. Para él fue muy importante porque “cuando vos estás en ese proceso que vas al colegio y decís que militas y te miran raro, necesitás un apoyo real y en ese momento mi viejo me apoyó”.

Fue a los 13 años cuando Pedro empezó “a militar” en el Colegio Nacional a través de su incorporación en la Agrupación John William Cooke, o simplemente “La Cooke”, como dice él. En las últimas elecciones encabezó la lista para conducir el Centro de Estudiantes pero “perdimos por 200 votos”. De todos modos, sigue ilusionado con ganar este año, antes de que egrese del secundario, y ya tiene pensado un slogan: “militala con nosotros”.

En el año 2011, tenía ganas de sumarse a una organización política y justo una amiga lo invitó a una reunión de La Cámpora. Allí conoció a chicos y chicas de su edad con los mismos intereses y fue forjando lazos de amistad: “militar con un grupo de amigos es lo más lindo porque cuando militas, ya es lindo de por sí, pero militar con amigos suma más. Eso te va llevando, vas a las actividades, te vas enganchando y bueno ya van 3 años”. Desde ese espacio político llegó a la UES, donde le toca ser Secretario de organización.

Cuando le contó a sus amigos de básquet que estaba dentro de La Cámpora, estos le preguntaron “si iba por el chori y la coca, si me pagaban”. Algo similar le sucedió con sus abuelos por parte materna que “son bastante gorilones,

pensaban que yo iba a hacer bombas Molotov más o menos”. Frente a estos planteos, él desdramatiza todo al entender que “es parte de ese estigma que hay sobre La Cámpora, sobre la juventud. Yo nunca les di mucha bola y seguí con mis convicciones les guste o no porque era lo que yo quería hacer”.

Pero además de tener una participación política, Pedro hace otras cosas: “pareciera que el pibe que milita, milita y nada más, y no se junta a jugar a la pelota o a jugar a la *Play Station* y en realidad sí, yo me junto con mis amigos y juego al fútbol, a la Play, voy a la cancha y hago lo que hace cualquiera. Nada más que ellos no están comprometidos con lo que es la militancia o quizás tienen una idea muy distinta a la que puedo tener yo”.

A sus 16 años, sabe que quiere estudiar “algo ligado a la parte de Sociales, estudiar una carrera universitaria en La Plata, pero todavía no sé qué, tengo que ver, tengo algunas opciones pero todavía no me convencen mucho. Sé que es acá y en Ciencias Sociales”.

Martín

“Siempre fui de meterme en las discusiones familiares sobre política”, comenta Martín que está cansado de escuchar en su casa quejas “por el impuesto a las Ganancias y la inflación”. En sus padres, ambos profesionales, “no hay una experiencia militante” aunque reconoce adscripciones partidarias: “mi viejo es socialista y mi vieja es radical, siempre fue radical pero no le molestaba votar a otros”.

Desde chico escuchaba a su abuela hablar de Alfonsín, de Illia, de Yrigoyen y el día que “murió Alfonsín vi a toda mi familia llorar”. Ese hecho le llamó la atención, “empecé a interesarme y le pedí a mi abuela que me regalara un libro sobre política”. Ella le regaló *Democracia y Consenso* de Raúl Alfonsín, y él, tras leerlo, averiguó dónde había un comité y se acercó: “lo tuve que buscar en *Google* porque no tenía ningún contacto con el radicalismo más allá de mi familia. Tampoco tenía ningún amigo que me llevara porque era chico y con mis amigos no se hablaba de política”.

Hace ya dos años que participa dentro de la Unión Cívica Radical, donde encontró un grupo interno, la Juventud Radical Popular, “una agrupación en la

que me siento identificado, en la que tenemos una ideología de izquierda, levantamos las banderas del Socialismo democrático”. Allí, “soy un militante de base, no tengo más responsabilidades de las que yo me cargo, que ya son muchas”. Para Martín, militar es “tener un objetivo con una idea de cambio”.

El año pasado, cuando tenía 17, se hizo un tatuaje en su brazo izquierdo que representa tanto “al radicalismo como la lucha de los trabajadores y los estudiantes: el martillo para romper las viejas estructuras y la pluma para escribir la nueva historia”, es el significado que él le atribuye. Decidió hacérselo “porque no tengo nada que ocultar y estoy orgulloso de la ideología que tengo, la llevo como una bandera”.

Martín también trabaja sábados, domingos y lunes en un kiosco, “trabajo en negro pero por lo menos me alcanza para mantenerme”. Allí, cuando no tenía clientes, pensaba actividades para hacer con la Lista 83 Memoria, Verdad y Justicia, “una lista que arrancamos el año pasado cuando entré a la Media N°12”, y con la que ganó la conducción del Centro de Estudiantes recientemente “sin bajar ningún tipo de línea político-partidaria”.

Antes iba a un escuela privada católica en la que tuvo “muy malas experiencias, ahí discriminaban, no eran buena gente, por lo general eran todos de clase alta”. En la Media N° 12, se hizo “un montón de amigos porque había mucha más diversidad”, y se acercó a las CUES donde conoció “a un montón militantes de partidos políticos de izquierda”.

A sus 18 años, acaba de terminar la secundaria. Va estudiar Geología y planea continuar con su militancia: “soy la Franja Naturales en potencia”, dice riendo. Su otro proyecto “es colectivo, quiero que mi agrupación crezca, y que en algún momento disputemos el voto radical dentro de La Plata”, la ciudad que lo vio nacer y criarse desde siempre.

Luciano

Hace un año que egresó del Normal N°1, “este año hice Periodismo pero tuve que dejar para rendir las materias del colegio”. De las 14 materias que tenía para final ahora sólo le quedan 3, y explica cómo fue que se quedó libre: “tenía un ritmo de militancia bastante importante porque a mí me tocó en La Cándora

ser el responsable de Universidad, Terciario y Secundaria, y a la vez, ser el Secretario General de la UES. Entonces era un ritmo de vida que yo no podía sostener, era la escuela o la militancia y yo elegí la militancia, fue una decisión personal que la volvería a hacer”. Después, admite que “hubiera rendido las materias del colegio más rápido pero es todo un proceso”.

Vive con su padre, historiador y docente universitario que “viene de la política, en los ochenta militó en el radicalismo, con la vuelta de la democracia y el furor de Alfonsín”, y junto a sus hermanos mayores que también están cursando sus carreras en la UNLP: “son cercanos a este proyecto pero ninguno de los dos milita activamente en ninguna organización política”. En relación a su mamá, que estudió arquitectura, “ella es mucho más ajena a la política hasta este momento que salió sorteada en el Pro.Cre.Ar y está un poco más contenta”. Para Luciano, algo unifica a toda su familia: “todos de alguna forma u otra estamos vinculados con la Universidad”.

Desde muy joven se involucró con la política. A los 13 años comenzó a participar en la UES, “un símbolo del peronismo”, con el objetivo de “militar las herramientas que nos da este proyecto nacional, popular y democrático, en todos los colegios”.

A principios de 2010, participó en la creación de la regional platense de La Cámpora, “me convocaron a las primeras reuniones que las hacíamos en los patios de la Facultad de Bellas Artes y después abrimos la básica en 6 entre 62 y 63”. Ese mismo verano, vacacionando en Uruguay junto a su familia, “me encuentro con 10 militantes de La Cámpora, salía todas las noches con ellos, ahí termin  de sellar mi estadía en la organización, el destino me llevó ahí”. Recuerda que por esa época eran como “40 pibes del secundario” que estaban “metid simos, con una constancia increíble”.

Cuando le tocó asumir mayores responsabilidades “yo me hacía cargo, creía que por algo me lo ofrecían a mí, hasta que en un momento colaps : tenía 15 o 16 años y salía de mi casa a las 7:30 de la mañana y volvía a las doce de la noche, no almorzaba ni cenaba con mi familia”. Así y todo continuó militando hasta que “tuve una gran ruptura con mi organización, dije un par de cosas que no gustaron en mi discurso para el 16 de Septiembre de 2013”. “Después de 5 años de militancia en La Cámpora no esperaba que me dejaran flotando en el aire”

señala aún con bronca, él que “dejaba todo por el proyecto, estaba todos los fines de semana en el barrio, toda la semana en la unidad básica haciendo lo que había que hacer”.

Ahora, asegura que su mayor sueño es “volver a militar en alguna organización política, volver a encuadrarme” porque “a esta altura de mi vida es lo único que sé hacer”, dice a sus 18 años. Mientras tanto, trabaja en el área de prensa de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social para “juntar unos pesos”.

Tadeo

Nacido en La Plata, se crió en Berisso, donde su abuelo fue presidente de la filial del Partido Justicialista. Su madre, profesora de Matemáticas en varias escuelas públicas, “siempre estuvo en la básica, nunca militó pero siempre se comprometió y hoy en día ella es muy kirchnerista, defiende mucho los derechos humanos”. Siguiendo la tradición familiar, “muy peronista”, dice que “casi por idiosincrasia tenía que ser kirchnerista”. Por eso, una vez que empezó a militar su mamá lo apoyó, “sabe que es lo que a mí me gusta, le parece bárbaro”.

Cuando entró al Colegio Nacional, se mudó con su hermano menor y su mamá a un departamento del Casco Urbano. En la secundaria, empezó a participar en “La Cooke”: “al principio tomé al Centro de Estudiantes como algo en lo que podía dar una mano, como un pasatiempo. Con el tiempo lo fui tomando como mi mayor responsabilidad, dejé de jugar al rugby y mi vida la dediqué exclusivamente a eso”. Ahora, que pasó al último año del secundario, sigue trabajando con la agrupación para “poder construir un colegio mejor”, donde “los pibes se sientan cada vez más cómodos”.

Tadeo disfruta de juntarse con sus amigos a jugar al fútbol y a la Play. También gusta de ir a la cancha, “soy muy enfermo de Gimnasia, muy enfermo, y bueno se me mezclan las dos pasiones: el fútbol y la política”.

Recuerda que hacía ya tiempo que quería militar y “nunca me había definido, Unidos y Organizados es muy grande, había muchas opciones y yo tenía amigos en distintas fuerzas”. Cuando fue “todo lo de la inundación sentí la necesidad de empezar a militar. Sentí que era una obligación, si yo tenía una idea y la quería

defender la forma en lo que lo tenía que hacer era militando”. Para él, la noche del 2 de Abril de 2013 “fue un clic, un momento bisagra”.

Después de eso se acercó a La Cámpora, invitado por varios amigos del Nacional. “Con el correr del tiempo se volvió una costumbre, no tenía nada para hacer y entonces me iba a la básica a tomar mate, a charlar un rato con los chicos”. Cuenta que sus compañeros del colegio lo empezaron a llamar “el niño Cámpora” o “el camporil”, y se re cada vez que escucha en los medios que “en La Cámpora te dan armas, que es el camino a las drogas” porque entiende que es parte de “la estigmatización” a la militancia juvenil.

A sus 16 años quiere “estudiar Ciencias Jurídicas acá, porque la verdad es lo que más me gusta, todo lo que es Sociales en la escuela me va muy bien”. Y también dice que “no dejara de militar nunca más a lo largo de mi vida, militara para siempre”.

Lucrecia

Su primera participación política fue a los 12 años en su escuela, el Normal No3: “vino a buscarme un pibe por el salón, a los delegados, para que vayamos a la reunión del Centro de Estudiantes. Me dejaron ahí y fue decir, qué es esto, a qué me trajeron”. A partir de ahí se interesó en las discusiones y presentó una “alternativa con otros compañeros, la lista FLES (Frente en Lucha de Estudiantes Secundarios)” en la que “fui de vice y ganamos”. A través del Centro empezó “a salir más a la calle, a ir a las marchas y a las reuniones de la CUES”.

Lucrecia se considera “peronista en las ideas, no eso de seguir a Perón hasta la muerte” y no tolera que hablen mal de Evita “con todas las cosas que ella logró”. De chica siempre escuchó las historias de sus abuelo “uno de esos peronistas que te tiran magia cuando te hablan”, que hizo “que a mí me empiece a gustar todo esto”. En cambio, su mamá, además de ser arquitecta, “es anti política, por el tema de la dictadura ella asocia la política al miedo, lo feo, lo terrible”; y su padre, que está en el sindicato de Telefónica, “es muy peronista pero va para donde vaya el viento, ya es cualquier cosa”.

En las asambleas de la CUES conoció a militantes de distintas fuerzas políticas, y una de ellas la invitó al local de Libres del Sur. Lucrecia aceptó la propuesta

“sin ningún compromiso”, advirtiendo que no estaba “interesada en nada”. Pero no fue tan así, “empezamos a rosquear y de un día para el otro me vi con la remera puesta de SUR”. Lo que le gustó del espacio fue “la diversidad de ideales” y las “gananas de construir una verdadera alternativa política”. También disfrutaba el trabajo territorial, “ir todos los sábados al barrio, al comedor, es una sensación que no se compara, te llena el corazón”.

Por diferencias con las internas dentro del Frente Amplio UNEN se alejó de su organización: “me di cuenta que no iba con la misma felicidad a las reuniones y las marchas, estaba siendo parte de una rutina que yo no quería, lo sentí como un rechazo desde adentro que no podía disimular”. Así y todo, sigue “enamorada de la política”.

Ahora que cumplió 18 planea retomar handball, “mi deporte, me encanta”, y probarse “en el Pincha que es lo más picante que hay acá en La Plata”, su ciudad natal. Recién egresada, ya se inscribió en la Facultad de Naturales para estudiar Biología Botánica, “me quiero recibir”, repite sonriendo.

Soledad

Este fue su último año dentro del Colegio San Vicente, una secundaria privada y católica en la que estuvo “4 años tratando de abrir el Centro de Estudiantes, peleándose con el cura, y haciendo presentaciones formales a la Directora”. Su balance es que “es una utopía”, sus intentos por armar una lista “clandestina” fueron en vano, “los pibes no quieren, no tenemos el respaldo de nadie, no podíamos pasar por el aula a hablar con los compañeros y presentarnos, era todo boca a boca y ya somos muy pocos”. Eso la llevó a tomar una decisión: finalizará la secundaria en el Normal N°1, porque quiere “tener la experiencia de poder militar dentro mi colegio en un Centro de Estudiantes, tratar de representar de verdad los problemas de los pibes”.

Soledad, de 15 años, es platense y viene de una familia de militantes, “donde todos los domingos en vez de hablar de fútbol o de cualquier otra cosa se habla de política”. Por el lado de su madre, con quien vive, ella “militó en los noventa dentro de un sindicato y cuenta que era marchar y que te llevaran preso, te reprimían”. Del lado paterno, tanto su abuelo como su tío y su papá militaron

desde jóvenes en el peronismo y ahora dentro del kirchnerismo, incluso tiene grabado el recuerdo de ver a su padre frente al televisor, llorando y diciendo “¡Noooo, se murió Néstor!”, antes de partir rumbo a Plaza de Mayo.

En 2012 fue a su primera “movilización” por la Noche de los Lápices: “llegué a 7 y 50 y vi a los pibes saltando y cantando, todo eso fue muy emocionante”. Reconoce que al verlos se dijo para sí misma, “no me puedo perder este proceso histórico, quiero ser parte de esto, quiero laburar como esos pibes, quiero vivirla”. Entonces, se acercó a la UES y, al poco tiempo, luego de ir “a dos marchas con La Cámpora, de ver cómo se manejaban los del Evita, al final me quedé en la JPBA, donde me sentí más cómoda”. Ahora, junto a otra compañera, está a cargo de los secundarios de su organización, y el fin de semana hace “trabajo territorial en los Altos de San Lorenzo”.

Un padre periodista y una mamá trabajadora social la incitaron desde muy pequeña a leer, “me compraban libros o me los prestaban, además que en mi casa hay una biblioteca y yo iba sacando los libros que quería”, y entre las lecturas destaca *Operación Masacre*.

Pensando a futuro, está segura que va a ir a la Universidad Nacional de La Plata aunque tiene muchas carreras como opción, “todas relacionadas con las Ciencias Sociales”. Además, piensa seguir militando, por eso, va a continuar levantándose “todos los días con ganas de seguir laburando y de construir un país mejor”.

Ariadna

Es platense, de 18 años y egresó del Normal N° 1, aunque hizo parte de la secundaria en el *Mater Dei*, un colegio privado de mujeres del cual se tuvo que ir “porque no estoy bautizada y eso era un problemón. No sé qué hacía ahí. Mis papás me llevaban con la idea de que lo privado es mejor, algo nefasto”. En la escuela pública, “cambié en todos los sentidos y también encontré lo que me gustaría hacer el día de mañana: ser docente”.

Al llegar al Normal N° 1 Ariadna se sumó a la lista de Incongruencia, dice que eran pocos, pero luego “fuimos incorporando más chicos, a darle un perfil quizá más político porque antes era más una agrupación de amigos”. Ella fue

presidenta del Centro de Estudiantes por dos años consecutivos aunque “eso de tener cargos no lo tomábamos en cuenta, todos teníamos la misma voz”.

En 2010 estuvo en las primeras reuniones de la CUES, donde buscaban “formar un bloque de unidad con otros centros, empezar a identificarnos con estudiantes de otros colegios que venían peleando por lo mismo”. Más tarde, allá por 2012, Ariadna frecuentaba el Olga Vázquez, “un espacio de cultura popular”, iba con amigas a comer pizzas. Pasaba horas ahí, y así fue como se integró al Frente Popular Darío Santillán.

“Fueron muchas cosas en su momento que me llevaron a esa organización. Y bueno, después todo se fue dando de a poco, el año pasado las primeras elecciones que pudimos participar a nivel ciudad y este año terminar con el armado de un movimiento y una fuerza política mucho más grande como Patria Grande”, repasa Ariadna. Habla en plural porque considera que “militar es accionar siempre en conjunto porque solo no cambias la sociedad”.

Se define como “militante socialista de la izquierda popular”, y valora los “procesos de avanzada en América Latina”, especialmente en Bolivia y Venezuela. Para ella su movimiento “nació al calor del 2001” y tiene “una historia muy fuerte por lo de Darío y Maxi”.

Ya se anotó en la Facultad de Humanidades, donde también estudia su hermano, para seguir la carrera de Historia. Además, va a incursionar en la militancia universitaria, tal como lo hicieron sus padres en la década de los noventa cuando se conocieron en los pasillos de la Facultad de Trabajo Social: “mi papá militó muchos años en la JUP y mi vieja en el centro de Trabajo que era más Partido Socialista pero pinta Radical”.

A pesar de su pasado militante, los padres de Ariadna no querían que ella participara en política, “por todo lo que vivieron, ellos siempre cuentan la lucha por la Ley de Educación Superior, que ligaron palos... Entonces era una manera de protegerme, venía más por ese lado”. Ahora, con más de 4 años de militancia, su familia lo aceptó aunque “al momento en el que hay que discutir en la mesa nos sacamos los pelos”.

Justina

Toda su formación escolar la hizo dentro de colegios universitarios: la Anexa, el Nacional y el Liceo. Del Colegio Nacional se fue “por una persecución política yo fui víctima de *bullying*, en esa época no militaba, tenía 13 o 14 años pero sabía qué era lo que quería y qué era lo que pensaba y muchos de mis compañeros me han llegado a escribir en la remera y en los brazos el nombre de las otras listas. Cuando vi que la situación era insostenible me cambié al Liceo, donde bueno los primeros años me quedé en el molde para no hacer lío y a finales de 4to empecé a militar”. Está orgullosa de haber egresado, con 17 años, del Liceo siendo “el noveno mejor promedio”.

Un día, a la salida de la escuela le entregaron un volante invitándola a realizar una actividad de formación política el día 12 de Septiembre de 2012, fecha que recuerda con exactitud porque fue su ingreso en la Unión Cívica Radical. Además, un año más tarde, ese mismo día ganaría las elecciones del Centro de Estudiantes del Liceo, encabezando la lista de la Agrupación del Parque. Junto a sus compañeros presentaron “un pedido a la UNLP para poder acceder al Comedor Universitario” y lo lograron. No obstante, conducir el Centro significó “mucho desgaste, peleas, ganas de decir me voy a la mierda”.

Dice que fue a reuniones de la CUES pero siempre “volvía muy decepcionada” por ser “poco operativa y por esa necesidad de debatir todo”. En cambio, de Franja Morada destaca que allí siempre se sintió a gusto porque encontró “un grupo en el cual uno puede hablar y participar sin temor a equivocarse”.

Dentro del radicalismo conoció mucha gente inclusive a su novio, del que se enamoró al verlo sentado en la mesa de Franja Económicas. Justina tiene una teoría sobre el amor y la militancia: “es muy complicado para un militante estar con un no militante. Vos pasas tantas horas militando que terminas haciendo un vínculo, tanto de amistad, como de cariño y aprecio por la otra persona. Vas entendiendo lo que le pasa a cada uno y es complicado que no termines queriéndolo”.

Algo similar les pasó a sus padres, quienes militaron de jóvenes en el radicalismo y “se conocieron en un acto político y después se mudaron a lo que ahora es mi casa”, en Olmos. Si bien ambos se recibieron de contadores, la madre se abocó más a la docencia universitaria y su padre continuó ejerciendo la profesión a la par que llevaba una carrera política: “Mi papá fue candidato a

intendente en 1999 por la Alianza, casi le gana a Alak” pero abandonó todo en el 2001 “cuando la gente dijo que se vayan todos”.

Por eso, cuando Justina les contó a sus padres que estaba militando ellos “me preguntaron si estaba segura, más que nada para protegerme” y luego “siempre me bancaron”.

Planea estudiar Ingeniería Industrial y seguir militando en Franja. Como platense se siente agradecida con la UNLP, “la idea es poder, a lo largo del tiempo y a largo plazo, devolverle algo a la Universidad algo de todo lo que me dio, yo nunca tuve que poner un centavo por mi educación”.

Capítulo 4

Luego de haber presentado la perspectiva metodológica adoptada en el transcurso de la investigación, señalando las principales decisiones que se tomaron y explicitando el motivo de la elección de un enfoque etnográfico, nos introduciremos en un apartado descriptivo-analítico donde aparecerán las voces de los jóvenes militantes. En este punto, consideramos que la inclusión en el capítulo anterior de los perfiles de cada uno de los doce informantes que componen la muestra empírica ayudará al lector a tener un panorama más integral de estos discursos juveniles, para entender desde dónde están hablando y por qué están diciendo lo dicen.

Aquí encontrarán una serie de subtítulos que estructuran todo el capítulo y que nos resultó la forma más amena para presentar nuestras primeras interpretaciones. Antes de avanzar debemos aclarar que para el análisis y la organización de los datos obtenidos mediante las entrevistas en profundidad se procedió a elaborar categorías, en dos momentos. Un primer momento, antes de la lectura de las entrevistas pero conociendo su contenido en tanto fueron realizadas por quienes luego las analizarían, y en relación a los debates expresados en el primer y segundo capítulo; y un segundo momento en el transcurso de la lectura de las entrevistas, asumiendo que algunos aspectos no eran incluíbles en las categorías establecidas con anterioridad.

Como resultado surgieron categorías que a su interior abarcan distintos sub ejes:

Condición juvenil

Lo Etario: En los momentos en que los sujetos relacionan lo juvenil con la edad, ya sea vinculado directamente al dato biológico o a etapas particulares de la vida que asocian a la condición juvenil.

Moratoria: En los momentos en que los sujetos se describen como parte de lo juvenil, a partir de considerar que cuentan con atributos tales como la lejanía con la muerte, la energía vital y la posibilidad de cambiar de rumbo.

Miradas sobre el mundo: Cuando los sujetos describen su inscripción en la condición juvenil a partir de tener unos modos particulares de entender el mundo, diferenciándose principalmente de los adultos.

Posicionamiento frente a los discursos hegemónicos mediáticos y adultocéntricos: Cuando los sujetos disputan los modos hegemónicos de nombrar a lo juvenil, tensionando esos sentidos y tratando de generar nuevas caracterizaciones.

Lazos familiares

Se abordan los momentos en que los jóvenes hacen referencia a sus familias: conformación, profesiones de los padres, trayectoria política de sus familias y relación con la participación política de los jóvenes.

Participación política

Estructuras de organización: Cuando los jóvenes hacen referencia a las organizaciones que los contienen, ya sean de segundo orden como la CUES y la UES o las organizaciones político partidarias; y las relaciones que establecen con estas estructuras.

Qué es ser un militante: En los momentos en que los jóvenes hacen referencia a cómo conciben su militancia, qué significa ser un militante, con qué otros significados aparece relacionado.

Relatos sobre los modos de incorporación a la política: Se recuperan los relatos de los jóvenes en torno a cómo llegan a la participación política: las relaciones con amigos, la familia, la escuela.

Escuela: Dentro de esta categoría se abordarán los relatos de los jóvenes sobre su experiencia política atravesada por el escenario escolar. En este sentido, se incluirán los momentos en que los jóvenes hablen sobre la relación con los pares, la relación con la autoridad y el vínculo que establecen con el espacio escolar como institución que muchas veces negativiza las identidades políticas de estos jóvenes.

Prácticas de participación: En los momentos en que los jóvenes hacen referencia a las actividades que expresan el hecho de ser militantes, como discusión, formación, movilizaciones; también la relación con los referentes políticos y los lazos que se establecen al interior de las organizaciones.

Proyectos de vida

Problemáticas juveniles + ideas/proyectos a futuro: Cuando los jóvenes abordan sus proyectos, deseos e ideas a futuro, haciendo mención también a los problemas que tienen que enfrentar como jóvenes.

Contexto: elecciones 2015 y relación con la ciudad: En los momentos en que los jóvenes abordan la temática de la ciudad de La Plata, entendiéndola como el territorio que enmarca todas sus acciones, por lo que aparecen aquí también menciones al futuro inmediato de la región ligado a la contienda electoral de 2015.

En el desarrollo del capítulo se trabajó de manera integral cada categoría, tratando de no generar una estructura fragmentaria, siguiendo de forma lineal cada sub eje. Esta decisión está basada en que creemos que el ejercicio de articular los sub ejes de cada categoría nos permite establecer nuevas relaciones y producir anudamientos que el trabajo fragmentado no permite y que son fundamentales para poder arribar a algunas interpretaciones e hipótesis.

Lo juvenil

El primer parámetro que utilizan los sujetos de esta investigación para identificarse como jóvenes está ligado a lo etario. Es decir, frente a la pregunta ¿Por qué te considerarás joven?, la primera respuesta de la mayoría de los entrevistados está vinculada a su edad. Lo etario es uno de los atributos más fuertes, aunque no el único, que opera a la hora de delimitar un grupo social específico, en este caso, la juventud. En el caso de los y las jóvenes de esta investigación, lo etario aparece ligado al dato biológico pero también a una etapa fundamental: la escuela.

Este es el caso de Luciano: “Yo me considero joven, principalmente porque tengo 18 años y estoy terminando el colegio secundario”, y el de Malena: “Me siento joven, acabo de terminar una etapa súper importante que me marcó en un montón de sentidos”. En los casos de Soledad, Ariadna, Justina y Pedro, aparece lo juvenil ligado exclusivamente al dato biológico: “Me siento joven porque mal o bien mi edad no da para sentirme vieja”, plantea Soledad. En el caso de Ariadna, se considera joven “primero, bueno, por una cuestión más de que tengo 18 años y me considero dentro del grupo juvenil”. Una postura similar sostiene Pedro: “Soy joven si lo ves desde el lado biológico, hago muchas actividades”. También Justina en un primer momento entiende lo juvenil ligado a lo etario: “Me considero como parte de la gente comprometida de 18 a 25 años, no me considero de treinta y pico”.

Camila aporta una mirada particular, diciendo que se reconoce joven también por la edad, “pero no por la edad numérica, sino porque la edad en realidad es una edad mental, no es tanto numérica ni por cuestión de experiencia, sino por cómo la mente funcione”. También Julia expresa su mirada sobre lo juvenil: “Me siento joven porque yo creo que con el paradigma de la juventud se engloba a toda una nueva generación que abarca desde los 14 o 15 años hasta los 23 o 24”.

Como se observa en estos relatos, el primer parámetro que utilizan los jóvenes para asumirse como tales está ligado a lo etario. Entonces, podemos ver que las discusiones que aparecen como saldadas al interior de la academia - donde se piensa lo juvenil como una categoría multidimensional, con una fuerte carga sociohistórica, siempre en disputa y relacional - no aparecen de manera tan clara en el espacio social más amplio, donde lo etario sigue teniendo un lugar central a la hora de pensar y organizar a este grupo social (Elizalde en Angelini y Sánchez Narvarte, 2014: 35).

Estos jóvenes reconocen lo etario como un atributo que incide a la hora de definirse como tales, pero no es el único. Consideran que son jóvenes, también, porque realizan una serie de actividades específicas que sólo son posibles por formar parte de este grupo social. Es decir, ellos plantean que tienen una vida activa, llena de múltiples actividades, ligando eso a la posibilidad o capacidad de retrasar el ingreso al mundo adulto, a las responsabilidades sociales, los roles y estéticas adultas. Entonces, en muchos de ellos aparece la juventud asociada a la

moratoria social: a la formación, al tránsito, a la búsqueda de cosas nuevas, al cambio constante, la energía vital. Como dice Pedro, a quien todavía le queda un año en el colegio secundario: “Creo que ser joven es formarte tanto educativa como socialmente, compartir momentos que por ahí cuando sos más grande no compartís con tus amigos y que te van haciendo a vos como persona, te van formando a vos en lo que es tu vida para adelante”. Así también lo expresa Lucrecia: “Me siento joven por la forma en que llevo la vida, pero sobre todo por las oportunidades que se me van dando, es todo nuevo, no es algo que vengo pisando siempre sobre lo mismo, es como que estoy siempre innovando, con oportunidades nuevas”.

En este sentido, también aparece la juventud ligada al disfrute: “Los jóvenes para mí primero es curiosidad, entusiasmo, ganas de conocer, de descubrir cosas nuevas y después de disfrutar de uno de los momentos más lindos de la vida, más libres, cuando todavía no están las presiones de laburar, aunque muchos lo tienen que hacer de hecho, pero muchos otros no lo hacen, no está la presión académica, la escuela es otra cosa...”, dice Sara, militante del PTS, recién egresada del Colegio Centenario.

Martín, militante de la Juventud Radical Popular, es uno de esos jóvenes de los que habla Sara, que sí trabaja. Sin embargo, asume eso como parte de su identificación con lo juvenil: “Me considero joven porque tengo una vida activa, tengo un pensamiento que quiere generar un cambio en la sociedad, milito, estoy todos los días haciendo algo diferente, estudio y también trabajo, por suerte hasta ahora me vengo manteniendo solo”.

También lo juvenil aparece ligado al tiempo por vivir y la lejanía de la muerte, como lo expresa Camila: “Ser joven es que te falte mucho más por vivir, tenés distintas variables para ser y hacer muchas cosas, como que no hay un tiempo determinado o un límite, es un trayecto muy largo que todavía falta”. Esto aparece de manera clara también en las respuestas de Soledad y Justina, que plantean que ser joven es “que te falte mucho más por vivir”, o “tener todo el futuro por delante, todas las oportunidades y las cosas por hacer, las ganas de hacer en todo sentido”.

Entonces, a una primera identificación de lo juvenil con lo etario, se suma un reconocimiento de la juventud ligada a unas prácticas específicas en torno a la

lejanía con algunas responsabilidades asociadas con el mundo adulto, principalmente laborales. Esto es así, teniendo en cuenta, como ya dijimos antes, que todos nuestros entrevistados son jóvenes escolarizados de sectores medios y que, exceptuando el caso de Martín, ninguno atravesó nunca por una experiencia laboral.

La moratoria, entonces, se expresa como energía vital, como distancia con la muerte y con el mundo adulto, como posibilidad de hacer y ser diferente, de cambiar de rumbo. Por eso, todas estas cuestiones que hacen a la moratoria también se expresan en unos modos particulares de ver el mundo: en unas concepciones específicas sobre la política, los valores, las prioridades, la vida en su conjunto. En el caso de Tadeo, él cree que existen diferentes grupos de jóvenes, con intereses e iniciativas disímiles y se identifica a sí mismo dentro de un grupo particular: “los que se comprometen día a día con la militancia política”. Tadeo, que va al Colegio Nacional y milita por fuera en La C mpera, encuentra que estas diferencias están ligadas a los contextos en los que los jóvenes se sitúan: “No es lo mismo, sin hacer ninguna diferencia, crecer desde chico con todos los gustos, bien acomodado, que por ahí pelearla un poco de abajo como tuvieron que hacer muchos; o hacer toda tu vida en una escuela privada que sabemos que son un poco más conservadoras... Yo durante la primaria fui a una escuela privada y una vez que entró en el Nacional me di cuenta que era un mundo completamente distinto”.

En este mismo sentido, Luciano no cree que haya una juventud única, una “maravillosa juventud que milita”, sino que plantea que las juventudes est n ramificadas; y agrega que también hay una mirada joven, particular, sobre la política, diferenciada de la de los adultos: “comprendemos la política como una herramienta de transformación, quizá no tenemos los mismos vicios que tienen compañeros de otras generaciones, por eso no entendemos la política como una quinta donde uno puede hacer su rancho. Vemos la política como nos la hizo ver Néstor, como una herramienta de transformación, nos sumamos a transgredir y pedir más transformaciones y hoy no nos quedamos con un mezquino puesto”.

En esto también concuerda Martín, que entiende que la juventud ve la vida “de una forma diferente a la que la mayoría de la gente que tiene mucha más edad la ve”. Sara plantea que durante la juventud uno puede descubrir cosas nuevas constantemente, “desde militar, como fue mi caso hasta las drogas, la

sexualidad o un montón de otras cosas”, propuesta que se relaciona con la idea de Tadeo de la existencia de diversos grupos de jóvenes con intereses y deseos disímiles, aunque todos atraviesan por unas experiencias o rituales que se experimentan por primera vez durante la juventud.

En Julia, que forma parte de la agrupación Peronismo Militante y está cursando el secundario en el Liceo, aparece la idea de generación, entendiéndola como momentos históricos compartidos: “somos todos de una nueva generación que se incorpora de alguna forma a un nuevo paradigma de juventud, con un clima de más participación, de haber vivido los mismos años de este proyecto político, en plena consciencia de que estos últimos 10 años son años que engloban a todo este bloque de edad. Ser joven hoy es un privilegio porque realmente otras juventudes no la han pasado tan bien como nosotros; yo soy hija de la democracia, nací prácticamente con este proyecto político. En el 2003, cuando asume Néstor, yo tenía cinco años, yo viví siempre con todas estas cosas”.

Esta noción está presente también en Ariadna, militante del Frente Popular Darío Santillán, quien refuerza además la idea de unos grupos diferenciados de jóvenes, identificándose con aquéllos que se involucran en la política: “Soy joven porque me siento parte de una generación de jóvenes con iniciativa, con proyectos y con mucha proyección a futuro. Yo soy una joven militante, desde hace ya un par de años, que toma un proyecto político y que toma a la juventud con un rol protagónico, como sujeto de cambio”. También Malena, militante del MAS, aborda esta cuestión en su relato: “Yo encaré una tarea, que es la que pienso seguir encarando; creo que la juventud es totalmente importante en la militancia. Son flores que están naciendo, un semillero de lo que va a venir, eso son los jóvenes”.

En general, los jóvenes entrevistados asumen que el hecho de compartir un mismo momento histórico, les permite tener unas ideas sobre el mundo - y principalmente sobre la política y la militancia - diferentes a las que tienen los adultos. En este sentido, si bien todos se consideran jóvenes, aparece una tensión entre lo que ellos definen como juvenil y aquello que los grandes medios de comunicación y la sociedad en sentido amplio configuran como tal.

Martín afirma que hay un planteo por parte de los medios y de ciertos discursos del Estado, de que “ser joven es ser un delincuente, ser un drogadicto o un

alcohólico, es pura estigmatización”. Justina dice que para la sociedad, un joven “es un pibe que está re mamado, que vive de fiesta, que no hace nada con su vida”.

Pedro plantea que muchas veces no se siente parte de “lo que se estila como juventud”, por el hecho de militar y tener unas prácticas diferentes a las de sus compañeros. “Pero después te das cuenta que lo que definen como juventud es algo que está estigmatizado o que entra bajo patrones que por ahí en unos no coincidís y eso no te hace ser ni más ni menos joven. Por ejemplo, cuando vas a discutir algo con un profesor de los más grandes, te toman como que no sos tan importante por ser joven y demás, en todas esas situaciones es como que se menosprecia a la juventud”. Aquí aparece la idea de que uno puede cumplir con algunos de los atributos que definirían lo juvenil y con otros no, y aún así seguir siendo parte de ese grupo social, considerando a la juventud como un espacio en continua disputa, de donde muchas veces se expulsa a algunos actores por tener prácticas no acordes a lo que se espera de ellos.

A esta estigmatización, Sara suma las limitaciones que tienen los jóvenes para desarrollarse con libertad, principalmente en los espacios públicos: “Nosotros no nos podemos fumar un porro en la plaza porque la Policía nos para, nos pregunta qué hacemos. La diversión en un punto también está limitada porque vos vas al boliche y está lleno de patovicas vigilanteándote todo el tiempo. Lo mismo en los recitales, que para entrar te tienen que palpar entero”.

Esos posicionamientos frente a las miradas hegemónicas sobre los jóvenes se profundizan cuando aparecen relacionados a la participación política. Pedro, militante de La Cámpora, trata de explicar por qué se da esta situación: “Pasa que los medios hablan del militante como el pibe que no sabe nada, que somos unos vagos. Después cuando vos estás más metido te das cuenta que nada que ver, que somos los pibes que nos levantamos a las 8 de la mañana para ir al barrio, somos los que vamos a la plaza a ver a Cristina, y todo eso te hace ver que nada era como lo decían los medios”.

Para Julia, esta estigmatización que hay hacia los jóvenes militantes, está ligada a la visión que tienen la mayoría de los adultos sobre la política, una visión en la que aparecen resabios de la década del ‘90 “de que los políticos afanan, que son corruptos, cuando en realidad hoy me parece que hay una gran masa de jóvenes

que están pretendiendo ser políticos. Entonces aparece otra generación que nos mira como diciendo ‘vos vas a terminar igual’”. Tadeo describe esa estigmatización ligada a la agrupación política en la que él milita, La Cámpora: “Vos escuchas que incluso funcionarios de otros partidos políticos, todo tipo de legisladores dicen que en La Cámpora te dan armas, que es el camino a las drogas. La única forma de contrarrestar eso y de dar la discusión es con los hechos, militando, laburando y demostrando que sos una persona común y corriente que está comprometida con una idea”.

Entonces, estos jóvenes se consideran parte de la juventud pero no de cualquier juventud, sino que disputan con el mundo adulto, con los discursos hegemónicos cómo quieren ser nombrados y de qué juventud quieren ser parte. Aparece de manera fuerte una denuncia en torno a la estigmatización de la relación de los jóvenes con la política, y una decisión firme de discutir con esos posicionamientos. De todas formas, a lo largo de este apartado pudimos encontrar tensiones entre estas posturas, reconociendo que muchas veces los jóvenes - por el sector social del cual provienen y las prácticas que realizan - adscriben a la mirada hegemónica, socialmente construida de lo juvenil, donde aparece la juventud ligada a la proyección del futuro, el goce, la lejanía con la muerte y la energía vital.

Lazos familiares

La figura de la familia - principalmente madre, padre, hermanos y abuelos - aparece como una referencia muy fuerte en los jóvenes sujetos de esta investigación a la hora de pensar su relación con la política. Como ya dijimos anteriormente, todos estos jóvenes tienen al menos uno de sus padres profesionales. Entre estas profesiones aparecen: contadores, arquitectos, médicos, docentes, policías, trabajadores sociales, psicólogos, martilleros, comunicadores.

Excepto el caso de Malena, quien no hace ninguna referencia a familiares con algún tipo de participación política, el resto de los entrevistados reconocen en sus padres o abuelos, algunas trayectorias militantes, ya sea en espacios laborales, sindicales o universitarios. En algunos casos se da de manera más directa, por ejemplo, el padre de Justina que militó durante muchos años en el

radicalismo y llegó a ser candidato a Intendente de la ciudad de La Plata: “Mi papá es de Saladillo, fue candidato a Intendente en 1999 por la Alianza contra Alak. A los 18 se vino a estudiar acá y en 1977 estuvo detenido-desaparecido durante 36 días en La Cacha, después lo soltaron y se metió más en el laburo”. O el caso de Soledad, donde toda su familia paterna - padre, tíos y abuelo - fueron desde siempre militantes dentro del peronismo. También es el caso de Sara: “mi vieja es de familia muy peronista, vivía enfrente de la básica; mi viejo militaba en el Partido Obrero, más o menos en los ‘80, en la vuelta a la democracia”.

En otros casos esta ligazón aparece de manera más indirecta, con una participación política menos intensa o más desligada de las estructuras partidarias. Ejemplo de ello es la situación de Pedro: su padre es médico, aunque no ejerce, y lleva adelante su militancia en la Facultad de Medicina, “está laburando ahí y militando para cambiar un poco todo eso que es muy morado”. Con otra parte de su familia, cuenta Pedro, tiene una relación muy conflictiva: “mi tío forma parte del Municipio y con él hemos discutido millones de veces, tenemos muchas diferencias pero así y todo somos familia”.

El papá de Luciano también militó y milita en la Universidad, y dice que con él coincide mucho, no discuten demasiado. Con el que sí discute es con su hermano mayor, estudiante de Música Popular: “está todo el tiempo puteando a las organizaciones políticas, nunca militó pero putea y bardea, es con el que más tengo agarrones”.

Los padres de Ariadna no tienen una participación política activa en la actualidad, pero fueron militantes universitarios en la Facultad de Trabajo Social durante la década del ‘90: “Mi papá militó muchos años en la JUP, en el traspaso de Escuelita a Facultad y toda la lucha de la Ley de Educación Superior, él estuvo ahí. Y mi vieja militaba en el centro de Trabajo, que era Partido Socialista pero pinta Radical”.

En el caso de Julia, sus padres no son militantes, pero su madre acompaña la mayor parte de las medidas implementadas por el kirchnerismo: “Por parte de mi vieja hay una adherencia hacia el kirchnerismo pero no hacia el peronismo ni hacia la militancia orgánica, es más de acompañar y estar de acuerdo, pero no está organizada”. Sin embargo, Julia cuenta que una de las cuestiones que más

la marcó con respecto a la política, fue ver a su mamá llorando el día de la muerte de Néstor Kirchner: “fue la primera vez que yo vi a mi mamá llorando por un político, cuando mi mamá - que vivió los ‘90 - me dice que ni loca es peronista, ni loca se la juega por un proyecto político...”. Además, Julia tiene un hermano menor que hace poco tiempo empezó a militar en el mismo espacio político que ella: “Es raro, porque yo soy su responsable política directa, llegó por mi lado, yo lo jodía todos los días, lo invitaba y lo llevaba a las reuniones y actividades”.

Otras veces, son las abuelas o abuelos los encargados de dar las discusiones, de estimular las preguntas y las ganas de participar en los entrevistados. Este es el caso de Lucrecia, que la única referencia política que tiene en su familia es su abuelo, que es peronista, “pero de esos peronistas que te tiran magia cuando te hablan: siempre me cuenta ‘que yo fui a la Plaza, que lo escuché, que crucé el río en patas para poder ir a verlo’, y eso a mí me encanta”. Lucrecia dice que fue su abuelo quien hizo que a ella le gustara la política, que se interesara por temas relacionados con la actualidad del país: “me regaló unas revistas que se llaman Mundo Peronista, que estuvieron enterradas bajo tierra no sé cuántos metros en la época en la que el peronismo estuvo proscripto, pasó la dictadura y siguieron enterradas y ahora me las dio, son como mi tesoro”.

La abuela de Martín es radical, y él cuenta que desde chico la escuchaba hablar de Alfonsín, de Illia y de Yrigoyen. En una experiencia parecida a la que vivió Julia el día de la muerte de Néstor Kirchner, Martín relata que el día que murió Raúl Alfonsín vio a toda su familia llorar: “Y ver a tu familia llorar, que no tuvo ningún rédito económico ni nada parecido con respecto al gobierno de Alfonsín me llamó la atención, además fue en un momento en el que se hablaba mucho de la corrupción y de que no había un sólo presidente honesto”.

Camila, de padres policías, reconoce como única referencia política en su familia a su abuela, que militaba de joven en la Juventud Peronista: “Yo charlaba de política con ella, me ha contado muchas cosas. En la medida en que yo empezaba a tener un interés político y hacía preguntas ahí mi abuela me contaba experiencias suyas. Su hermano militaba en Montoneros, fue un exiliado de la dictadura militar”. Una vivencia similar tuvo Tadeo, aunque en su familia son peronistas y kirchneristas: “Mi abuelo fue presidente del PJ en Berisso, entonces mi mamá siempre estuvo en la básica, nunca militó pero

siempre se comprometió y hoy en día ella es muy kirchnerista, le gusta defender mucho los derechos humanos y todas esas cuestiones, se involucra mucho en esas actividades, más allá de un partido político”.

Aunque en la mayoría de las familias existe alguna trayectoria de participación política - más o menos activa -, gran parte de los jóvenes entrevistados cuentan que tuvieron algún conflicto con sus padres o abuelos en torno a la militancia, principalmente cuando recién estaban arrancando. Muchas veces esos conflictos estaban ligados al miedo y la preocupación por la edad de los chicos y las chicas - todos tenían entre 12 y 15 años cuando arrancaron a militar: “Al principio mis viejos no querían saber nada, mi mamá sobre todo... Me decían ‘no, tenés 12 años, ¿a reunión de qué vas a ir?’. Mi viejo igual, me decía ‘bueno, Lu, tené cuidado’ pensaba que me podían hacer cualquier cosa ahí. No fui a ninguna marcha del Día de la Memoria ni nada, nunca fui a los 16 de Septiembre porque me decían que era menor y no me dejaban ir a Capital, no importaba con quien fuera”, cuenta Lucrecia, militante de Libres del Sur.

Este conflicto a la hora de viajar a distintas actividades también aparece en Sara: “Lo peor no fue cuando les dije que militaba, sino cuando tuve que empezar a hacer cosas, ir a Capital fue un tortura, me tenía que pelear con mis papás cuarenta millones de horas para ir, hasta que un día me cansé, me escapé, me fui a la marcha, volví, me dijeron ¿a dónde fuiste?, a la marcha, sabelo”. También Ariadna tuvo problemas con su familia, principalmente porque sus padres creían que era demasiado chica cuando empezó a participar en política en la escuela. Ella dice que eso fue un incentivo para su militancia: “pero costaba, sobre todo cuando era más chica y no tenía cómo defenderme”. En la situación de Justina, hija de un ex candidato a Intendente de La Plata, dice que en su casa siempre se habló de política, pero cuando le dijo a su padre que iba a empezar a militar, él le respondió: “mi amor, ¿estás segura?”. Justina plantea que “cuando uno sabe cómo son los partidos políticos, mi papá se alejó y por consiguiente me alejó a mí. Saben que realmente es complicado y uno tiene que tener muchas ganas”.

El caso de Malena es particular, porque el conflicto con su familia puso en duda su continuidad en la militancia política: “Fue re duro porque era: bueno, si milito está todo mal con mi familia, y si no milito estoy dejando de hacer lo que yo quiero, fue muy difícil”. Cuando su madre, que es muy religiosa, se enteró

que ella junto a su partido apoyaban el aborto legal, le prohibió militar. Su hermana, por la misma cuestión, dejó de hablarle durante dos meses y le prohibió ver a su sobrino: “Mi hermana perdió un nene, entonces las discusiones eran mi viejo llorando y diciendo: vos vas a entender esto cuando te des cuenta de lo que le pasó a tu hermana, todas cosas así muy duras. Y bueno, lo peor es que yo no me quedo callada, por eso siempre fueron peleas muy fuertes. O sea, en un momento hasta pensaba irme de mi casa, el tema era a dónde”.

Camila vivió una situación similar con sus padres, a partir de un conflicto en las causas que apoyaba su partido, la vivió Camila con sus padres: “Una vez me acuerdo que caí con un pin que tenía la gorra de la Policía tachada y mi mamá es policía y su marido también, entonces ahí se armó un debate medio tenso pero no me interesaba, yo igualmente iba con eso a todos lados”.

En otros casos, como el de Martín y Julia, las discusiones con sus padres no pasan por el miedo o la disconformidad en torno a la participación en sí, sino por el hecho de que esa militancia implica menos momentos compartidos con la familia: “Están un poco cansados de que nunca esté en casa en todo el día haciendo una cosa u otra y a veces cuelgo en hacer cosas de la casa o cuestiones básicas. Por ahí les molesta que no esté nunca y a veces priorice eso en lugar de un reunión familiar”. El mismo planteo le hace su mamá a Julia: “En algún punto le da un poco de vértigo que no esté nunca o cosas así, es como que le gusta y le asusta al mismo tiempo”.

Aún frente a estos conflictos, todos coinciden en que actualmente sus padres han aceptado su militancia política. Algunos fue “por cansancio”, como dice Malena: “En el momento en que se dieron cuenta que sí era lo que yo quería hacer, pensaron que era cosa de adolescentes, que me iba a durar un mes o dos y ‘ya se le va a pasar’. Bueno, no se pasó”. Ariadna tuvo una experiencia parecida: “Y, hoy no hay muchos cuestionamientos ni nada por el estilo, ya hay una aceptación... Obviamente que no se comparte, al momento en el que hay que discutir en la mesa nos sacamos los pelos, pero ya está aceptada la militancia y eso”.

Otros entrevistados cuentan que sus familias empezaron a entender que militar era lo que los hacía felices, como el caso de Tadeo: “Mi mamá sabe que a mí me

gusta, le parece bárbaro más allá de cualquier diferencia, discutimos mucho pero ella sabe que es lo que a mí me gusta y le parece perfecto que me comprometa en lo que a mí me interesa”. Una situación similar fue la de Camila: “A mis viejos les gusta que milite; obviamente que tienen sus diferencias políticas pero les gusta que no sea una planta, sino que tenga un interés en la vida”.

En otros casos, como Justina, Luciano y Pedro, que tienen familias ligadas a la militancia política activa, fueron sus padres quienes más estimularon y acompañaron la participación de estos jóvenes. Justina cuenta que a pesar de los temores que tenía su padre con respecto a su participación política, “siempre me bancaron los dos, sobre todo con el tema del Centro, si no los hubiera tenido atrás no hubiera podido hacerlo. Tener que bancarme las puteadas me re desgastaba pero ellos me bancaron, y eso es importante. Pasa que cuando vos criás a una persona para que tenga conciencia, para que sea responsable y demás, si vos querés que esa persona cambie la realidad y la criás con esa visión, en algún momento se va a involucrar en política”. Pedro también reconoce que el apoyo y acompañamiento de su padre fueron muy importantes para él: “Cuando vos estás en ese proceso que vas al colegio y decís que militás y te miran raro, necesitás un apoyo real y en ese momento mi viejo me apoyó”. Luciano dice que su padre está “chocho” de que el milite: “de hecho, cuando empecé a militar él me re daba manija”, agrega.

Soledad, que viene de una familia muy militante, dice que sus padres están re contentos con su militancia, aunque “cuando era chica y les dije que quería militar ellos no me incentivaron mucho porque querían que yo siguiera mi camino”. Y agrega que con quienes aún discute es con sus abuelos de parte materna: “Ellos vivieron la militancia de mi vieja en los ‘90, eso es algo que los chocó y entonces prefieren que yo estudie”. Lucrecia, en cambio, plantea que con sus padres sigue teniendo fuertes diferencias, y que fue su abuelo el que más la apoyó: “Le encantaba la idea de que yo participe, le encantaba mal y me decía: ‘vos tenés que seguir, tenés que seguir’. Fue el único que de verdad me apoyó, los demás eran a medias y me decían ‘fijate lo que hacés’”.

A través de estos relatos podemos ver que si bien hay conformaciones familiares diversas, todos los jóvenes encuentran una referencia cercana de participación política en sus familias, las cuales muchas veces han servido de estímulo o

sostén a sus propias inscripciones políticas. Por este motivo, más allá de discutir muchas veces con sus padres, terminan reconociendo un apoyo por parte de ellos hacia sus militancias.

Participación política

Como ya dijimos antes, todos los jóvenes entrevistados desarrollan su participación política en diferentes espacios: en la escuela, a través de los centros de estudiantes; en estructuras más abarcativas como la CUES y la UES y además todos forman parte de los Frentes Secundarios de las organizaciones político partidarias en las cuales militan.

Entonces, una vez hecho el recorrido por los perfiles de cada uno de los entrevistados, conociendo sus percepciones acerca de lo juvenil y sus trayectorias familiares, en este apartado abordaremos su participación política desde diferentes aspectos, tratando de organizar sus relatos en torno al modo en que conciben la política y la militancia.

Sujetos

Como planteamos anteriormente, todos los jóvenes de la investigación se consideran a sí mismos como militantes. Al momento de realizar las entrevistas, sólo dos ya no formaban parte de ninguna organización político partidaria, aunque siguen definiéndose como militantes. En todos los casos, los jóvenes ligan la militancia a las emociones y todos coinciden en que militar es un modo de vida, es una elección que atraviesa todos los ámbitos, hasta los más cotidianos.

Cuando le preguntamos qué significaba para ella militar, Soledad, de la JPBA, nos dijo: “Militar es levantarse todos los días con ganas de seguir laburando y de construir un país mejor. Muchas veces uno en el día a día estás viendo cosas más prontas como cerrar una actividad y te olvidas el fin por el que empezaste a militar que es construir un país mucho mejor, en el que ningún pibe tenga hambre y todos tengan acceso a la salud y la educación”. Y agrega: “La política la vivo cotidianamente, discuto con un profesor dentro del aula, hablo con vecinos

y les explico por qué pienso esto, no es sólo la reunión o la actividad, no termina ahí, es un modo de vida que uno elige”.

Martín, que se define a sí mismo como militante de base dentro de la Juventud Radical Popular, dice que militar “es tener un objetivo con una idea de cambio, siempre pensando en el cambio y no siendo partícipe de lo que es el status quo”. Y agrega: “Estoy todo el día haciendo política, desde que trabajo en el kiosco y la señora me dice: ‘Uy, qué caro que está esto’, y empezás a hablar de temas como la inflación. En mi casa también sucede”.

Pedro, que forma parte de La Cámpora, cuenta que muchas veces la gente usa la palabra militante como un adjetivo descalificativo, como un insulto hacia su persona, pero dice que a él no le molesta, al contrario, le da orgullo que lo llamen militante: “Creo que militar es día a día, con el mínimo gesto de demostrar tu idea política, que es fundamental. Tiene mucho que ver a quién vos pertenecés por cómo te vas a manejar en el día a día, porque yo creo que la patria es el otro, creo que si el otro tiene un problema hay que ir a ayudarlo, hay que ir a darle una mano, tampoco solucionarle la vida, no somos superhéroes, pero sí con lo que puedas darle una mano para que esté un poco mejor y eso es lo que define al militante”.

Una cuestión similar plantea Justina, militante radical: “Uno en general milita en todos lados, más o menos partidario, en general lo que caracteriza a un militante es que cuando ve un problema le es complicado mirar para otro lado”. Y agrega que justamente por eso, la militancia no es sólo potestad de las estructuras político partidarias: “Militar es llevar a cabo diferentes acciones, ya sea como grupo o como persona, en pos de cambiar la realidad según los objetivos que uno tenga: si vos querés pintar la escuela te tenés que poner a militar para poder hacerlo, tenés que ver los lugares donde podés pintar, tenés que hablar con las autoridades, y eso también es militancia. Hay que desmitificar esto de que la militancia es sólo la militancia partidaria, porque cuando vos vas a una reunión, y volves a ir a otra del Centro de Estudiantes, estás militando porque estás intentando cambiar algo, entonces estás militando. Pero para la gente hoy la militancia es la militancia partidaria y en el medio todo lo que significan los partidos políticos”.

Camila, quien milita en el Partido Obrero, también se expresa sobre esta idea de la militancia como modo de vida: “Militar es una convicción, es saber y estar seguro de cómo querés las cosas. Siempre se dice que una es militante en toda su vida, porque no es que vos tenés un espacio directo donde te reunís o una movilización y solamente sos militante ahí. Vos sos militante en todos los aspectos de tu vida, en cada decisión que tomás. Es ser militante de tu propia convicción de vida”. Agrega, además, que por atravesar todos los espacios de la vida, la militancia está muy ligada a lo emocional: “Es muy sentimental en parte porque te da bronca, te da angustia, lo que fuese y es la primera fase para ir y saber que los demás sienten lo mismo, entonces era eso, yo entraba a la charla y me daba bronca, angustia, de todo y decía: ‘no, para, hay que hacer algo, no puede ser que a la gente le pase esto’. Es como muy personal el tema de militar o coincidir políticamente en algo. Sentís un montón de cosas y como es tan fuerte te terminás uniendo al mismo sentimiento”.

También Julia, del Peronismo Militante, habla de cómo se pone en juego lo emocional en la militancia, pero también el cuerpo, las energías y las prioridades: “A los militantes suele pasarnos o que está todo muy bien o que está todo muy mal, cuando las cosas salen bien está todo muy bien pero cuando hay un mínimo problema parece que el mundo se cae abajo, yo lo vivo así, es mucho desde lo emocional. Como a nosotros nos requiere tanto compromiso y muchas veces es algo que queremos que salga bien porque creemos que es indispensable, que si no hacemos esto mañana Cristina es destituida por poco, tenemos un cierto compromiso que si sale mal nos mata. Desde lo físico afecta, muchas veces es un nivel de estrés que sumado a cualquier problema personal que vos tengas es como una bomba de tiempo, te terminás enfermando”. Además, relata: “El otro día teníamos un plenario y cada compañero tenía que decir qué le hacía sentir la militancia y muchas veces por ahí pasa más por el corazón, decís soy peronista y cantás la marcha y recién después lo racionalizás, estudiás más y sabés por qué sos peronista. Lo mismo pasa con la militancia cotidianamente, pasa mucho desde lo emocional y después llegás a tu casa y te das cuenta que fue una pelotudez por lo que te preocupaste”.

Al igual que el resto de los entrevistados, Julia considera también que la militancia es una elección de vida: “Uno no tiene el cartelito de militante cuando está en la Unidad Básica sino que está en todos lados, eso genera que tus viejos

tengan que entender que por ahí te levantás a las 6 y media para ir al colegio y hasta las 10 de la noche no volvéis a tu casa, o que tu novio entienda que estás en una reunión y no vas a contestar el teléfono. Yo hago danzas clásicas y es un ambiente bastante purista y uno tiene discusiones porque no deja de pensar como piensa en los ámbitos en los que se mueve”.

Con respecto a las prioridades, Julia destaca principalmente una tensión entre el tiempo dedicado a la militancia y el tiempo dedicado al colegio: “En cuarto año ya era responsable de secundarios de la UES y ahí ya era todo el día todos los días y este año fue prácticamente signado por la militancia; hasta me cambié de colegio para poder militar porque Bellas Artes tenía una carga horaria que no podía aguantar mientras militaba, me enfermaba cinco veces por semana por poco. Van cambiando las prioridades, se transforman, es lo que querés hacer en tu vida más allá del colegio; vas, cumplís con el colegio, hacés lo mínimo e indispensable y el resto del día lo dedicas a eso. A mí me pasó así, fue decir me sumo, pinto un par de carteles y después dije quiero dedicarme a esto”.

También Luciano, que tiene 18 años y hace muy poco se alejó de La Cámpora, plantea esta transformación en las prioridades, donde la militancia pasa a ocupar el lugar central que antes tenía la escuela: “La escuela antes era una prioridad y de pronto lo dejó de ser. Terminé dejando el fútbol y la escuela, y la militancia pasó a ser lo más importante de mi vida, porque es lo que me apasiona hacer, lo que mejor sé hacer, porque lo hago con mucha convicción. Creo que a esta altura de mi vida es lo único que sé hacer”. También él habla de la militancia ligada a las emociones y a los esfuerzos: “Uno cuando tiene muchas responsabilidades deja la vida en eso, aunque hay compañeros que no están dispuestos a eso. Me tocó en el 2012 ser el responsable de Universidad, Terciario y Secundario, además de Secretario General de la UES, hasta que en un momento colapsé y dije bueno, no puedo más, no puedo hacerme cargo de esto porque tenía 15 o 16 años y salía de mi casa a las 7.30 de la mañana y volvía a las 12 de la noche, no almorzaba ni cenaba con mi familia”.

Aún asumiendo esos sacrificios, Luciano dice que militar es lo que más ama hacer en el mundo, y lo asume como un “compromiso ineludible con el otro, la patria es el otro, para mí el mensaje es ese que dijo Cristina, militar pensando en el prójimo, militar pensando en el otro, tener vocación de servicio y ver a la

militancia, que es parte de la política, como la herramienta de transformación más grande que puede existir”.

Ariadna, militante del Frente Popular Darío Santillán, entiende, igual que Luciano, a la militancia como una herramienta fundamental: “La tengo como algo muy propio, como el hecho de empezar a accionar en conjunto, siempre en conjunto porque sólo no cambias la sociedad, en pos de lograr nuestro objetivo que es cambiar todo lo que tenga que ser cambiado”. En este sentido, Ariadna plantea que lleva la militancia consigo, a todos lados: “Toda mi vida, todo lo que hago, todo es político. Quizás una expresión más fuerte es ir a una asamblea o a una marcha, tiene otro peso que, no sé, ir a estudiar a la escuela, que también es un acto súper político. La escuela tiene una carga, y tiene un proyecto político que yo por lo menos pienso que ya no es para el mundo que vivimos o que habitamos hoy los jóvenes. Pero bueno, yo creo que la formación sobre todo de uno es donde se choca con la política”.

También Sara, militante del PTS y recién ingresada a la Facultad de Periodismo, plantea a la militancia como modo de vida, ligada al sacrificio y las emociones: “Asumirse como militante es sangre, sudor y lágrimas, es mucho esfuerzo, mucha convicción por lo que hacés. Militar es una elección de vida, posta. Es elegir un proyecto, tomarlo como propio y que tu vida pase por esa perspectiva. Pero también es apasionante, yo que milito en la izquierda es un laburo gris y cotidiano que en algún momento da sus frutos. La militancia es mi vida, hace cuatro años que lo elijo y quiero seguir militando teniendo 70 años”.

Tadeo, de La Cámpora, dice que él disfruta militar, “sino no lo haría, ninguno milita por obligación”. Al igual que el resto, también asocia la militancia con el esfuerzo y las emociones, y lo explica a partir de su experiencia personal en las elecciones estudiantiles: “Esos días son nervios bastante dulces, por así decir, debe ser de las pocas veces que está bueno estar tenso todo el día, pero a su vez es pesado porque es un desgaste enorme. La última semana antes de las elecciones llegué a mi casa todos los días a las 10 de la noche y a las 6 de la mañana estaba despierto de nuevo. Este año en particular, personalmente fue un poco duro, la elección fue un viernes, terminó a las 10 de la noche, ese mismo viernes nos juntamos con todos los chicos y nos cagamos de risa. Pero bueno, al otro día llegué a mi casa y estaba encerrado en mi pieza, no quería ni salir a la esquina y lógicamente es un golpe duro, porque uno más allá de ver cosas o de

sentir, siempre tiene la expectativa latente de ganar una elección. Y a su vez uno siente que es un reconocimiento por parte de los pibes de decir: 'bueno, yo los vi trabajar, pongo un voto de confianza en ellos'. Pero sí, es un golpe duro porque uno deja todo en eso y al otro día se levanta y se terminó”.

Malena, que forma parte del Nuevo MAS y se reconoce a sí misma como “militante revolucionaria”, plantea también que la política “tiene relación en cualquier momento de la vida”, y explica que fue a partir de la militancia cuando comenzó a conformar un “pensamiento crítico” sobre la sociedad: “Yo pensaba que estaba todo bien en la vida y no... En el momento en que uno hace política descubre todas estas cosas, por qué está esto así o así, o sea, se me dio una herramienta para darme cuenta de esas cosas”.

El caso de Lucrecia, que militaba hasta hace un tiempo en Libres del Sur, es particular. Ella, igual que el resto de los entrevistados, reconoce que la militancia es una forma de vida: “Si vos estás enamorado de lo que hacés, verdaderamente te hace feliz y lo sentís así tenés que seguir y luchar, más allá de que dejes lo que dejes y cueste lo que cueste, por eso también hay muchas cosas que dejás de lado. Las dejás por algo que te hace feliz, por algo significativo. Ese tipo de militancia me gusta, esa magia de la militancia. Yo estaba enamoradísima de la militancia”.

Todos esos sentimientos que la vinculaban a la militancia, empezaron a desgastarse, principalmente, según cuenta ella, por disconformidades con sus dirigentes dentro del partido. Esa ruptura, Lucrecia la vivió de una forma muy emocional: “Sentí algo que me rompió el corazón, me di cuenta que no estaba yendo con la misma felicidad como cuando empecé a militar o cuando militaba en general. Cada vez sentía que iban disminuyendo mis ganas, ya iba cansada, no quería ir. Fue horrible, no me olvido más, era intentar esquivarlo, esquivarlo y cada vez yo me llenaba de cosas y dije: ‘no, para, qué estoy haciendo’. Me di cuenta también que yo siempre hice handball, es mi deporte y lo había dejado de lado, había amigos que ya no veía. Me había consumido todo mi tiempo, mi vida; no tenía tiempo para nada más que estar militando y me vi en un momento en que sentí que me pasó un año por delante, no lo podía creer”.

A pesar de este episodio ella se sigue considerando una militante, igual que Luciano, aunque ya desde otro lugar: “Hoy en día mi concepción de la militancia

por ahí cambió porque participo más tranquila, desde otro lado, leyendo o formándome, discutiendo en algún que otro ámbito más entre amigos o compañeros pero mucho más apartada, ya no tan orgánicamente”.

En todos los entrevistados aparece la idea de que llega un momento en el que la militancia ocupa mucho tiempo, muchas responsabilidades y pasa a ser la prioridad, convirtiéndose en un modo de entender la vida. En algunos, como Lucrecia y Luciano aparece un desgaste que los aleja de las estructuras político partidarias pero no del compromiso político. Estos procesos en los que van aumentando las responsabilidades, la entrega cotidiana y las emociones en torno a la militancia, no son vividos de manera abrupta, según cuentan nuestros entrevistados, sino que se van dando gradualmente: primero la participación al interior de la escuela, después en las estructuras más grandes como la UES y la CUES y finalmente en las organizaciones político partidarias.

Así cuenta Ariadna su experiencia: “Yo me sumé hace 4 años al centro de estudiantes de mi colegio; en ese momento yo recién había entrado al colegio, era nueva en el Normal 1 y en mi curso quedé como delegada, entonces siempre me convocaban a todas las asambleas de centro. Y me empiezo a acercarme a un grupo de chicos, pero nunca se me había cruzado por la cabeza que existían ese tipo de espacios donde uno podía volcar cuáles eran sus inquietudes. Ese año las chicas teníamos el guardapolvo obligatorio: sólo las chicas. Esa fue la primera lucha. Y me seguí juntando con esa gente, y así nació Incongruencia”. Al año siguiente, en el 2010, se sumó a la CUES: “En el 2010 se habían tomado más de 40 escuelas [en Capital Federal] y las consignas principales eran obras edilicias, que era algo que nosotros veíamos que también era una consigna principal en los colegios de la ciudad. Yo después de algunas marchas, y después del 16 de Septiembre, me sumo de lleno a la CUES”. Y finalmente, fue a partir del rol que ocupaba en la CUES que establece un vínculo con el Frente Darío Santillán y Patria Grande: “En el 2012, desde la CUES yo empiezo a tomar más la parte de relaciones con otros sectores, y ese año nos volcamos a las calles por lo del boleto educativo. Y bueno, ahí me contacto con la FULP, yo tenía en mente igual que quería acercarme al Frente, sobre todo porque ya venía de otras discusiones con sectores de izquierda y no me sentía identificada. Me acerco al Olga, más desde la militancia y ahí empiezo a charlar un poco, a conocer más el laburo de adentro. Y bueno, después todo lo que se fue dando de a poco, el año pasado las

primeras elecciones que pudimos participar a nivel ciudad y este año terminar con el armado de un movimiento y una fuerza política mucho más grande como Patria Grande es algo bastante groso”.

Lucrecia también inició su militancia en la escuela secundaria, a partir de una convocatoria para los delegados: “Pasaron por el curso y pidieron que salieran los delegados para una reunión con el centro de estudiantes, ahí dijimos bueno, quiénes van y fui yo con una amiga más. Nos pasó a buscar Tomás, que era el presidente del Centro, gracias a él empecé a interesarme en la política y a participar”. A partir de eso se sumó a la CUES: “Empecé a salir más a la calle e ir a las marchas. Ahí me sentía como que estábamos pateando todos para el mismo lado, más allá que había chicos que militaban y chicos que no”.

Luciano cuenta que en su caso, hubo un proceso gradual de participación hasta que ingresó en la orgánica de La Cámpora, donde todo fue “una vorágine”: “Mi primera participación fue tratar de conformar un Centro de Estudiantes, obviamente antes fui a un par de marchas, las del 24 de marzo fueron las primeras marchas a las que comencé a ir. En séptimo grado se dio que tuvimos un profesor muy facho y mi mejor amigo tenía un abuelo detenido-desaparecido, y el profesor este que decía barbaridades como ‘me saco el sombrero por Massera’, te hacía un cuadro sinóptico y te ponía ‘negros de alma/negros de piel’. Eso nos llevó a armar el Centro de Estudiantes, hicimos que echaran a ese profesor, terminamos en la UES que nos juntábamos en ese momento en SUTEBA y después una vez que entré en La Cámpora entré en una vorágine mucho más amplia”. De sus primeros años de participación, Luciano cuenta que tenía pocas herramientas para dar las discusiones, pero que aún así lo intentaba: “Siempre me río porque un compañero más grande, que él ya militaba en la UES y me quería sumar a mí después de conocerme en una marcha, me decía: ‘ahora estos troskistas...’, y yo volvía a mi casa y le decía a mi viejo ‘che, pa, ¿qué son los troskistas?’”.

Julia, al igual que Luciano, se propuso conformar el Centro de Estudiantes en su colegio a partir de no estar de acuerdo con algunos lineamientos institucionales: “El Bellas Artes es un colegio totalmente elitista, cerrado a cualquier estudiante que no tuviese la guita para comprar todos los materiales que se necesitaban para ir al Ciclo Básico. Por eso surgió la necesidad de organizar un grupo que se plantee un colegio artístico con inclusión, con una democratización de los bienes

culturales. Cuando nosotros hablamos de arte no podemos hablar de museos nada más, en realidad los bienes culturales se tienen que democratizar y ser de fácil acceso para todos. A partir de ahí planteamos armar una lista, y eso lo empezamos a enmarcar en un proyecto de país, nos sumamos a la UES y vimos que teníamos que tener una militancia más allá de lo estudiantil. Entonces ahí nace la iniciativa de sumarnos como pata de secundarios del Peronismo Militante. Fue desde el colegio a lo local, y de ahí a lo nacional”.

Malena realiza un recorrido similar al de los demás, sólo que en su colegio hacía 10 años que no había un Centro de Estudiantes, y ella con un grupo de compañeros lograron conformarlo: “Era muy sindical el centro, no tenía una línea política. En el 2012 estalla todo por la resolución 512, que es la que dice que no pueden salir temprano del colegio si no tienen clases. Ese día, desde las 4 de la tarde y toda la noche, estuvimos organizando la marcha, y movimos 500 pibes. A partir de ese momento fue que me hizo el click para empezar a hacer algo. La realidad, digamos, me tiraba. Me decía: bueno, dale, ¿y ahora? Bueno, después me contacto con la CUES, me empiezo a reunir y ahí salieron más las cosas de conjunto con otros colegios. El MAS yo ya lo conocía, pero primero me empiezo a reunir con el PTS, estaba en un momento en que yo estaba abierta a las posibilidades. Al final con el PTS no pasó nada. Los del MAS organizan en el ex Humanidades un mural por Mariana Condorí; yo pinto sobre tela con óleo, me llegó la invitación y fui, aparecí. Y nada, estuve pintando, chocha, me parecía muy progre la iniciativa. Después de ahí me empiezo a reunir, y en el 2013 dije bueno, ya está, me quedo acá”.

En los casos de Martín, Soledad, Sara y Camila comienzan su participación política por fuera del colegio, ya que iban a instituciones educativas privadas, en las cuales no existía el Centro de Estudiantes. Por eso Martín, luego de comenzar a participar en el radicalismo, se cambia a una escuela pública, la Media 12 y forma un centro de estudiantes con un grupo de compañeros que termina ganando las elecciones ese año. Cuenta que cuando quiso acercarse por primera vez al Comité Radical que queda cerca de su casa, en City Bell, “lo tuve que buscar en Google porque no tenía ningún contacto con el radicalismo más allá de mi familia. No tenía ningún amigo que me llevara porque era chico y con mis amigos no se hablaba de política”. Esta situación de acercarse solo, por iniciativa y curiosidad individual a la organización política, no se repite en el

resto de los entrevistados, en los cuales los procesos de iniciación a la actividad político partidaria se dan en grupos, como abordaremos más adelante en este apartado.

En el caso de Sara, quien atravesó toda su enseñanza secundaria en un colegio privado en el que estaba prohibida la formación de centros de estudiantes, su participación comenzó directamente en el PTS y siempre trabajó en la conformación de Centros de Estudiantes y actividades en escuelas que no eran la de ella. Sara, perteneciente a la colectividad judía, cuenta que antes de acercarse al Partido tuvo inquietudes sobre su propio posicionamiento ideológico: “Me acuerdo que me fui unas vacaciones a Córdoba y yo me decía bueno, pero qué pienso: ‘¿soy de derecha, soy de izquierda, qué soy?’. Me acuerdo que me imprimí de Wikipedia un montón de definiciones sobre la derecha, busqué sobre el liberalismo, el nazismo, sobre la izquierda; también busqué sobre el peronismo y empecé a leer un montón de cosas. Entonces dije bueno, a mí me gustan las cosas de izquierda, me metí por ese lado”. Al poco tiempo de ese viaje, Sara comenzó a ir con una amiga a la comisión de género del club Max Nordau: “Nosotras íbamos y no queríamos depilarnos, queríamos andar en tetas por todos lados, éramos militantes muy feministas y empezamos a participar ahí donde había pibas de Pan y Rosas, que es la agrupación de mujeres del PTS. A la par discutía con el PO, íbamos a su local a preguntar qué pensaban, qué diferencia tenían con el PTS, qué opinaban de la liberación de la mujer y esas cosas. Las dos entramos al PTS porque veíamos que era gente que quería hacer con los secundarios y después porque era mucho más correcta la forma de pelear por los derechos de las mujeres que la del PO”.

Recién ahí, ya formando parte del Frente de Secundarios del PTS, Sara comienza a participar de las reuniones de la CUES: “Igualmente, no me sentí muy parte porque todos los reclamos eran por cuestiones edilicias y mi escuela está divina. Yo decía ni en pedo voy a la CUES, no soy nadie, vengo de un colegio privado, me van a comer cruda”.

Camila también llegó a la CUES ya siendo militante orgánica, porque en el colegio privado al que iba no le permitían la conformación de un Centro de Estudiantes. Al Partido Obrero, cuenta, se acercó a partir de la música: “Yo soy de ir a muchos recitales, seguía a una banda que se llama Salta la Banca y una vez hicieron una canción que se llama ‘Considero’, la empecé a escuchar, me

llamó mucho la atención la letra y de lo que hablaba. Busqué el significado de palabras que no entendía, como patrón, burocracia. Después esta misma banda sacó un CD sobre Luciano Arruga, un pibe que mató la policía en 2009 en La Matanza. Conocía la causa de Luciano, empecé a averiguar, después conocí la de Mariano Ferreyra, compañero del Partido Obrero que mataron en el 2010. Conociendo esas causas me llamó la atención, empecé a hacer preguntas y vi que el Partido Obrero era el que estaba mucho en esas situaciones. Los busqué en Facebook, les mandé un mensaje, les dije si podía participar de alguna actividad o que quería juntarme con ellos para hablar, ver de qué se trataba. Porque si bien mi abuela había militado de joven, yo nunca supe lo que era militar, hasta pensé que había que pedir permisos. Fui a una reunión, me gustó y empezamos a participar en algunas actividades juntos y decidí quedarme ahí”.

En el caso de Soledad, militante de la JPBA, si bien hizo un intento por conformar un Centro de Estudiantes en el colegio al que concurría, ese intento fracasó y ella comenzó con su participación política a través de la UES, luego de asistir a una Marcha por la Noche de los Lápices: “Mi primera movilización fue el 16 de septiembre de 2012, fui con mis compañeros del colegio, yo llegué tarde a 7 y 50 y veo a los pibes saltando y cantando, fue algo que ya de venir de una familia militante donde todos los domingos en vez de hablar de fútbol o de cualquier otra cosa se habla de política, llegar y ver todo eso para mí fue muy emocionante. Se me ponía la piel de gallina, yo no soy mucho de llorar, estaba anonadada. Cuando llegué a esa marcha digo bueno, quiero empezar a militar, fue como una decisión espontánea”. Cuenta, entre risas, que esa noche después de la marcha se quedó “re manija” y que pasaron pocos días cuando un compañero del colegio, que ya militaba en la UES, la invitó a una reunión: “Me acuerdo el día, fue el 2 de octubre de 2012, era un día que llovía mucho, fuimos a la básica del Evita y para mí era todo nuevo. Me acuerdo que mi compañero de colegio me había mandado un mensaje de texto: ‘Che, Sole, llueve mucho, si querés no vengas’, y yo estaba yendo re emocionada, quería ir, no me importaba nada”.

Soledad recuerda que esa primera reunión con la UES la impactó mucho, y le trajo muchos recuerdos de las cosas que le había contado su abuelo sobre la militancia: “Sentí que ellos representaban, después de muchos años, toda una generación que yo había admirado, que era la generación de los setenta, de la

que había participado mi abuelo. Ahí vi esas mismas ganas de transformar, de militar, todo lo que me había contado y leído. Vi todo eso en esa reunión, sentí como que ese era el futuro y yo quería participar de eso. Vi eso y dije yo no me puedo perder este proceso histórico que estamos viviendo, ahí yo creo que fue el momento en que yo caí, ahí me di cuenta que esto se va a recordar 30 años después, como nosotros recordamos ahora a Perón y Evita. Entonces no me lo podía perder, yo también quería ser parte de esto, quería laburar como esos pibes y quería vivirla”. De hecho, estas ganas de “ser parte de la historia”, la llevaron a Soledad a tomar la decisión de cambiarse de colegio, al Normal 1: “Me cambio básicamente porque quiero tener la experiencia de poder militar dentro de mi colegio en un centro de estudiantes, por más que ya esté dentro de la UES, y tratar de representar de verdad los problemas de los pibes”.

Soledad cuenta, además, que una vez en la UES, se acercó a las distintas organizaciones que la conforman porque quería tener una militancia más allá de lo estudiantil. Así, conoció el Movimiento Evita, La Cámpora y el Peronismo Militante, pero terminó quedándose en la JPBA, “porque fue el lugar donde me sentí más cómoda. Además, tenía un compañero de colegio en la JPBA”. Tanto a la hora de sumarse a una organización política como las actividades que luego desarrollan, están muy ligadas a la posibilidad de conocer gente, de compartir tiempo con otros no sólo en la militancia, sino también en otros espacios: “Somos todos pibes de la secundaria que podemos salir un viernes y el sábado estamos en el barrio militando y no nos importa, es la vida que nosotros elegimos”, cuenta Soledad, y agrega que al finalizar los plenarios de discusión, se quedan todos juntos a compartir la cena.

Como adelantamos anteriormente, el rol que ocupan los compañeros, los grupos de amigos que se conforman al interior de las organizaciones producto del tiempo compartido, son fundamentales a la hora de entender cómo se dan los procesos de identificación de estos jóvenes con sus organizaciones. En el caso de Tadeo, se sumó al Centro de estudiantes del Nacional “porque tenía un amigo que militaba ahí. Al principio tenía ganas de tomar el Centro de Estudiantes como algo en lo que podía dar una mano y quizás como un pasatiempo. Con el tiempo lo fui tomando como mi mayor responsabilidad, mi vida la dediqué exclusivamente a eso”.

Con su ingreso en La Cámpora tuvo un proceso similar: “Cuando se dio toda esta estigmatización durante la inundación, que los de La Cámpora fueron los primeros que salieron a ayudar y así y todo se les peg  de todos lados, es ahí cuando me decidí. Además, la mayoría de mis amigos militaban ahí, y un día uno me dice: ‘che, me acompañas’ y le digo dale, vamos. Cuando llegamos me di cuenta que era un lugar sensacional, tranquilo, porque vos est s con gente y miras alrededor y ves gente que piensa lo mismo que vos, con la que podés tener discusiones pero al fin y al cabo defienden todos las mismas ideas y las mismas causas. Con el correr del tiempo se volvió una costumbre no tener nada que hacer e ir a tomar mates a la básica o ir a charlar un rato con los chicos, con los compañeros o con el que sea. Se fue dando casi como un proceso natural, cuando me di cuenta la mayor parte de los días los pasaba ahí. Cuando me aburr a de estar en mi casa lo primero que pensaba era en ir para ahí porque queda cerca de casa”.

Una experiencia similar tuvo Luciano, en primer lugar con las reuniones de la UES: “Era algo nuevo, algo extraño, iba a un sindicato, pero estaba bueno, yo lo disfrutaba; además, casi todos los que iban ahí eran amigos míos y después nos juntábamos y comíamos algo, a mí me gustaba estar con gente más grande”. Y luego, con su ingreso en La Cámpora: “Cuando fui a las primeras reuniones de La Cámpora después se da que me voy de vacaciones con mi familia a Uruguay y me encuentro con 10 militantes de La Cámpora que se habían ido juntos a Uruguay al mismo lugar. Yo salía todas las noches con ellos, ahí fue como que termin  de sellar mi estadía en la organización, el destino me llevó ahí”.

Julia, del Peronismo Militante, dice que se termin  de enganchar con la agrupación por la “mística” que tiene: “La mística que tiene el PM no la tienen otras organizaciones porque es distinta, nosotros nos definimos como una generación de amigos unidos por el culto al amor a la patria. Es una frase que suena medio cursi pero nos engloba porque nosotros creemos que somos una generación, somos un grupo humano además, porque se tiene que conformar un grupo humano para una militancia activa y nos une el culto por el amor a la patria. Esa mística, esa amistad, ese compañerismo genera un sentido de pertenencia muy rápido que no lo veo en otras organizaciones”.

Entonces, a la hora de definir un espacio de militancia, pero también en el día a día de la organización, estos lazos que se construyen más allá de las actividades

estrictamente políticas, tienen una relevancia fundamental en la posibilidad de estos jóvenes de generar identificaciones y sentidos de pertenencia. En el caso de Justina, por ejemplo, ella entabló una relación amorosa a partir de su militancia: “Después un día por amigos en común termino en la Facultad de Económicas para acompañar a un amigo y me siento en la mesa y ahí conozco a mi novio, me hago amiga de los chicos y así es como yo empiezo a militar”.

A partir de su experiencia personal, Justina cree que para un militante es difícil mantener relaciones amorosas con alguien que no esté dentro de ese ámbito: “Yo cuando empecé a militar estaba con un chico que no entendía, es muy complicado que vos le digas a una persona que tenés un congreso, ponelo que en La Pampa, y que te vas en tres horas. Son cosas que uno tolera porque sabe que son así. Es muy común que la gente salga con gente con la cual milita o con gente que milita en otro partido. Porque el tema es esto del ámbito de la política y cómo se maneja la política que cada vez es más improvisado, es complicado que lo entienda cualquiera, por eso uno termina estando con militantes”. También sobre estas relaciones que se dan entre los militantes, Sara contó entre risas sobre una fiesta que organizaron entre todos los que formaban parte de la CUES: “Nosotros hicimos una juntada de la CUES que no importaba si eras trosko o radical porque terminaban todos con todos”. Lucrecia cuenta su experiencia de esta manera: “En la agrupación que estaba yo en la escuela, el presidente era del Partido Obrero; estuvo todo bien hasta que el chabón se empezó a mandar solo. Empezamos a diferir, tuvimos un problema con una compañera que era esencial dentro del centro y se fue del colegio y bueno, eso hizo que se derrumbara todo. Para todo esto, una de mis amigas se había puesto de novia con Tomás, uno de los chicos de la otra lista, y ahí empecé a llevarme más con ellos, aunque discutíamos. Y bueno, al ponerse de novio con mi amiga nos llevamos más, nos hicimos amigos hasta que terminamos militando juntos”.

Pedro, igual que muchos de los entrevistados, cuenta que empezó a militar orgánicamente a través de una compañera suya del Centro de Estudiantes, que ya formaba parte de La Cámpora: “Yo tenía ganas de sumarme, Valentina me había dicho de ir y un día le mandé mensaje: ‘Valen, me avisas cuando son las reuniones’... Después te vas haciendo amigos, militar con un grupo de amigos es lo más lindo, porque cuando militas ya es lindo de por sí pero militar con

amigos suma más. Eso te va llevando, vas a las actividades, te llama más todavía, te vas enganchando y bueno, ya van tres años”.

Esa militancia a la que nuestros entrevistados continuamente hacen referencia, se traduce en actividades concretas, cotidianas, como las que mencionábamos más arriba ligadas a la conformación de grupalidades y sentidos de pertenencia y a otras actividades que los propios jóvenes vinculan más directamente con la política, como son las discusiones, los espacios de formación y las movilizaciones. Hay una distinción por parte de los entrevistados entre las actividades que se realizan en el marco de la escuela (ya sea al interior del establecimiento a partir del centro de estudiantes o por fuera, pero ligado directamente a la escuela, como las actividades que organizan la CUES y la UES) y aquellas que realizan en el marco de su organización político-partidaria.

En el primero de los casos, aparecen actividades como jornadas de embellecimiento de escuelas, asesoramiento a grupos que quieren conformar un centro de estudiantes en el colegio, festivales y movilizaciones. Así lo cuenta Lucrecia: “Con la CUES hacíamos festivales, actividades por el día de la mujer, marchas siempre, más que nada apoyar sentadas en tal colegio. Hicimos marchas al Ministerio de Educación para hablar con Nora De Lucía y hemos estado con ella. Casi siempre que fuimos nos pelotudieron: que entran dos, que entran cinco, que uno por escuela, que ninguno; pero siempre nos atendieron y casi siempre hemos hablado con Nora, nos hemos agarrado feo”.

Esta denuncia hacia el trato que reciben por parte de los funcionarios también es realizada por el resto de los entrevistados que forman parte de la CUES, quienes dicen que no son escuchados cuando llevan los reclamos a las dependencias públicas. Así lo explica Malena: “Una vez fuimos al Ministerio a reclamar cuestiones edilicias. Nos atendió Nora De Lucía, nos bicicleteó todo el día, estuvimos cuatro horas adentro y ella nos decía: ¿ustedes me van a decir a mí lo que yo tengo que hacer? Y cuando le damos el acta para que firme de que nosotros habíamos estado ahí dice: yo no voy a firmar ésto, y nos lo tira en la cara”.

Martín dice que además de reclamar ante las autoridades, los colegios secundarios colaboran entre sí cuando hay algún grupo que tiene interés en conformar el centro de estudiantes: “En la CUES lo que hacemos es organizar

cuando hay algún problema en alguna escuela, o alguna escuela no tiene un centro de estudiantes, se les da una mano para armarlo”. Esta misma actividad realizan desde la UES, según comenta Soledad: “Siempre tratamos de bancar nuestras listas dentro de los colegios, hacer actividades con las listas, armar centros de estudiantes nuevos”. Pedro, de la UES, plantea una cuestión similar: “Hacemos distintas actividades en los colegios, pintamos colegios como La Legión, nos juntamos a debatir, todas cuestiones que nos suman como militantes y en la construcción del día día en la secundaria”.

Sara, quien no tenía espacio de militancia al interior de su colegio, cuenta que sus actividades implicaban relacionarse con jóvenes de otras escuelas: “Cuando salía de la escuela rajaba y me iba a militar a otra escuela, y capaz que me dejaban entrar para estar con los pibes o capaz que me tenía que clavar hasta las 5 de la tarde afuera, en comunicación con los pibes para que salieran. Esperaba a pibes que querían hacer otra agrupación, me quedaba jugando al truco, charlando para entrar en confianza con ellos y tener algunas discusiones, y así estuve meses. Para las pasadas por las marchas nos recorríamos toda La Plata, me iba a Berisso y toda la movida”. Luciano, de la UES, cuenta que también realizaba este tipo de actividades: “Nos metíamos en los colegios donde era complicado el armado de Centros de Estudiantes, tratábamos de darle un respaldo a pibes de colegios donde no tenían muchos compañeros militantes o los directivos no los dejaban formar el centro”.

Volviendo a las actividades que realizan al interior de los colegios, Luciano cuenta que en el Normal 1 hay varios compañeros que fueron detenidos-desaparecidos durante la última dictadura, como Laura Carlotto, por lo cual ellos pusieron placas de todos los detenidos-desaparecidos en cada una de las aulas. Pero además, dice que un trabajo fundamental del militante es dar todas las discusiones: “Nuestro trabajo como militantes políticos es dar todas las discusiones en cada una de las aulas. Las hemos dado, algunas veces hemos ganado y otras perdido, pero bueno, también el voto a los 16 hace que en los colegios se pueda debatir de política y abre el juego para que los jóvenes discutan y se interioricen sobre distintos temas”. Y cuenta, además, un caso particular en el cual realizaron un reclamo público por asientos para los alumnos: “Hicimos una marcha con todos los pibes del colegio, fuimos al Ministerio de la Provincia, nos reunimos un par de compañeros y yo con el

Ministro de Scioli y a las dos horas nos trajeron los bancos. Pasa que habíamos movilizado a mil pibes, de un colegio de 1400. A las dos horas nos trajeron los bancos y eso fue para los pibes una muestra de poder”.

En este mismo sentido, Ariadna plantea que “para nosotros, ya sea cortar una calle, como puede ser una clase pública en la calle o una movilización, es lo que también a nosotros nos garantizó gran parte de las cosas que hemos conseguido en estos años, es la herramienta que nosotros tenemos hoy para salir a defendernos y conquistar lo que queremos”.

Entre las diversas actividades que realizan estos jóvenes desde sus espacios de participación, aparecen las movilizaciones como los momentos donde se condensan de manera más fuerte los sentidos sobre la propia legitimidad de sus lugares políticos. La demostración de fuerza que significa una marcha, los esfuerzos colectivos para nuclear a sus compañeros le dan a estas prácticas un carácter particular. Y dentro de ellas, la Marcha por la Noche de los Lápices aparece como un lugar central en las trayectorias militantes de estos jóvenes, quienes reconocen este evento como el momento para mostrarse, para dar cuenta de la legitimidad que acumularon entre sus compañeros; y además, porque es el evento político más importante del año para los militantes secundarios platenses, ya que son ellos quienes se encargan de la completa organización de la jornada.

Aunque en nuestra ciudad se llevan adelante dos marchas simultáneas el 16 de Septiembre, una organizada por la CUES y la otra por la UES, el objetivo de este apartado no es enumerar las diferencias que existen entre ellas, los modos de concebir los recuerdos y las disputas en torno al sentido que le dan a la memoria. Más bien la búsqueda gira en torno a las recurrencias, a lo que significa para un estudiante secundario esta marcha en particular. Y en eso, todos coinciden en la necesidad de reivindicar las luchas y las banderas de aquellos jóvenes que fueron torturados, asesinados y desaparecidos por la última Dictadura el 16 de septiembre de 1976. Así lo vive Soledad: “Es una marcha que nos representa a todos porque eran pibes que militaban y que tenían ideas parecidas a las nuestras, y que además tenían nuestra edad. Para nosotros como estudiantes, más acá en La Plata, es nuestra marcha por excelencia, es marchar por aquellos compañeros que luchaban por las mismas

cosas que nosotros y que no tuvieron la suerte de estar en este momento histórico. Por eso, a ellos los desaparecieron, los torturaron y los mataron”.

Lucrecia cuenta que las marchas del 16 de Septiembre tienen “esa magia que sigue habiendo en el aire que hace que sigas marchando; marchamos por la memoria de ese pibe al que nadie le dio la oportunidad de poder expresarse libremente siendo joven, pensando como siempre dice Nilda Eloy: ‘nosotros pensábamos que la revolución estaba a la vuelta de la esquina, lo único que tenías que hacer era pararte y caminar’, y así fue como se llevaron el mundo por delante. Estar en la marcha y ver que compartís lo mismo con los demás es increíble, es muy lindo”.

Según sus relatos, estos jóvenes militantes sienten una identificación fuerte con aquellos otros jóvenes por un lado, porque como dice Soledad, tenían la misma edad que ellos tienen ahora, pero también, como plantea Pedro “cuando vos pensás que los compañeros desaparecidos esa noche fueron lo que hoy somos nosotros, secundarios que iban a nuestros colegios, vivían lo que nosotros vivimos ahora, te deja shockeado”. De todas formas, dice Pedro, “después cuando pensás en todo lo que hemos conseguido, que lo que les pasó a ellos no fue en vano, y que nosotros cada día podemos honrar la causa por la que ellos tanto lucharon, te da un poco de felicidad militante. El 16 de Septiembre, para la mayoría de los secundarios, más los que militamos, nos mueve muchas cosas, desde felicidad por todo lo conseguido hasta tristeza por lo que pasó”.

Sara también habla de esta identificación con los jóvenes del 16 de Septiembre, y dice que ese día es tan importante que muchas veces funciona como un ritual de iniciación a la actividad político militante: “Ese día es retroceder un poquito al pasado, es como decir, estaba en este banco, estaba acá donde estoy yo, era como yo, era más militante capaz pero peleaba por algo. Es mucho dolor, porque eran pibes, menores, eran jóvenes que los hicieron mierda, les hicieron cualquier cosa. Para los militantes es un día muy importante de nuestra militancia, es un día categórico y hay un montón de casos de chicos y chicas que empezamos a militar por el 16 de Septiembre”. Julia considera que “cada 16 de septiembre es el primer acercamiento de los pibes a una idea política, a pensar que estos pibes tenían mi misma edad, es algo muy propio de un estudiante secundario y más en la ciudad de La Plata, que es un ciudad muy simbólica. Creemos que hay que hacer un análisis histórico del 16 de Septiembre de 1976,

pensándolo como una continuidad con el 16 de Septiembre de 1955, cuando se bombardeó Plaza de Mayo. Ese tipo de discusión histórica, ese tipo de línea de continuidad histórica es la que queremos que se transmita al secundario y es por la que tenemos que hacer lo posible para que se deje de transmitir la idea de que sólo eran pibes que luchaban por un boleto estudiantil”.

Justina también cree que el 16 de Septiembre es un momento de compromiso por parte de los estudiantes secundarios, una puerta de entrada a la militancia, pero ella lo liga a “ese halo de inocencia que le han dado a la Noche de los Lápices - le guste o no le guste a uno - hace que los chicos vayan. Digo, si supieran la historia de cada uno de los chicos de la Noche, por ahí no sé si irían tantos chicos”.

Camila dice que con esa fecha siente “una identificación en cada aspecto de mi vida cotidiana, por eso creo que te marca todo. Puede pasar ahora o después o cuando sea pero saber que eran todos pibes como vos, te llama la atención cómo tantos iguales a mí hicieron lo que hicieron y terminaron como terminaron. El saber que fue gente como vos te despierta algo sin saber por qué pasó, cómo fue y demás. Que sean jóvenes igual que vos te mueve un montón de cosas”.

Ariadna, igual que el resto, plantea que existe un reconocimiento hacia aquellos jóvenes que eran como ellos, y que eso implica una “responsabilidad histórica”, donde se visibilice una “continuidad en la lucha de esos compañeros”. Además, dice que esa responsabilidad no es “sólo cada 16 de Septiembre, sino cada día de nuestras vidas y dentro de los colegios y dentro de la militancia secundaria, de ya sea organizar en los colegios, u organizarse dentro del barrio, esas son las tareas que nos tocan hoy, y que hacen que ellos sigan presentes acá”.

En Julia aparece una puesta en tensión del relato hegemónico sobre la Noche de los Lápices, que reivindica a unos jóvenes completamente despolitizados, que sólo luchaban por el boleto estudiantil: “La militancia de estos pibes no puede seguir siendo reivindicada como una militancia de participación estudiantil bastante ingenua por el boleto, sino que creemos que esos pibes tienen que ser reivindicados como peronistas que eran, como militantes revolucionarios que eran y, sobre todo, como una juventud que para nosotros tiene que ser un ejemplo. Nosotros la reivindicamos como una juventud revolucionaria, fueron compañeros que creían en la misma Patria que nosotros hoy estamos logrando,

que ellos anhelaban tanto y nosotros hoy la estamos viviendo”. En este mismo sentido se expresa Malena: “Yo creo que la mejor manera de reivindicar a los pibes es en la calle, como ellos lo hacían. Y no es que solamente iban por el boleto, eso es mentira. Los pibes militaban todos los días desde los 13 años por la revolución, por transformar la sociedad, por el socialismo en un solo país, por lo que sea. Esos eran para mí los pibes”.

Entonces, como decíamos antes, la marcha por la Noche de los Lápices es un acto central en las prácticas políticas de estos jóvenes militantes, no sólo por los sentidos históricos que allí se ponen en juego y las identificaciones que producen, sino también porque muchas veces esa fecha funciona como ritual de iniciación de jóvenes que hasta ese momento no participaban de espacios políticos. Por otro lado, todos estos jóvenes - que como ya dijimos son, en su mayoría, referentes de la rama secundarios de sus organizaciones - dicen que la organización de este evento tan importante implica siempre una gran responsabilidad porque, como dice Ariadna, “son los pibes los que encabezan”.

Soledad enumera la cantidad de actividades que tienen que planificar para ese día: “Tenemos que ocuparnos de ver el horario en que concentramos, el lugar, convocar a todos los colegios, toda una preparación previa importante. Hay que comunicar con los medios para que le den más trascendencia. Hubo un año en el que todos los compañeros salimos a volantear por la ciudad para que todo el mundo se enterara por qué luchábamos ese día”. Julia menciona que “desde el primer día de clases hasta el 16 de Septiembre estamos preparando la movilización. Le ponemos el cuerpo un mes antes al 16: caminamos todos los colegios, tratamos de hablar con los pibes...”.

Luciano cuenta que antes la marcha más emblemática por la Noche de los Lápices se realizaba en Capital Federal y que fueron necesarias extensas discusiones para lograr que la marcha se hiciera en La Plata, ciudad donde ocurrieron los trágicos hechos del 16 de Septiembre: “Dimos esa discusión, yo tuve que ir a Capital a hablarles a los compañeros y dije: ‘muchachos, no podemos marchar en Capital Federal por la Masacre de Trelew, vamos a Trelew, no hagamos todo en Capital’. Entonces logramos ese hecho político que es hacer la marcha más grande en la ciudad de La Plata, porque la verdad que nunca había tenido, por lo menos en estos últimos años, una marcha tan grande como

la del 16 de septiembre que vino La Cámpora, la JP y las organizaciones de Unidos y Organizados de toda la provincia de Buenos Aires”.

Los jóvenes sienten mucha responsabilidad a la hora de asumirse como organizadores de la marcha, como lo cuenta Tadeo: “Tiene mucha importancia el 16 de Septiembre porque la participación que tenemos hoy dentro de la política y el rol tan trascendental que tenemos es gracias a los compañeros desaparecidos, entonces para nosotros eso es lo fundamental y más allá de las actividades que pueda haber durante el año y de ir a marchas o lo que sea, la actividad del 16 tiene que salir bien y tiene que salir cada vez mejor. Que un año vayan 300 y al otro 400 y así es lo más importante, es la actividad más importante del año y la que más retumba dentro de la ciudad”.

Así también lo vive Sara: “La marcha del 16 de Septiembre centralmente es lo más importante de todo el año, eso sí que lo garantizamos al 100 por ciento. Me acuerdo de una marcha, que fue el primer 16 de Septiembre que organizamos nosotros que fue zarpado, fue una marcha muy grande. Fue en el 2012, me acuerdo que era un día de sol terrible, esa marcha fue impresionante lo buena que estuvo, por la cantidad de gente que hubo, por la moral de los pibes. Los 16 de Septiembre son cada vez más políticos, más conscientes, tienen eso de bueno”.

Para Pedro también fue una gran responsabilidad la organización de la marcha, que le generó nervios pero a su vez una satisfacción posterior por los logros: “La que más me acuerdo, que fue este año, fue por ahí en la que más me tocó una responsabilidad mayor, coordinar la marcha con los compañeros de Capital y las demás organizaciones. Este año me tocó un rol más participativo y me qued  más marcada porque yo tenía nervios de ver cómo salía, la responsabilidad, que por suerte salió todo bien, fue increíble y la verdad que me dej  muy contento que después muchos compañeros nos han felicitado a todos por lo bien que salió”. En el caso de Julia, vivió este última marcha de una manera particular, por el lugar personal que le tocó ocupar: “Fue incluso el primer acto en el que tuve que hablar delante de mil personas, fue una movilización de la UES que nos encontr  a todos juntos organiz ndola. Fue una movilización muy grande que nos permitió una visibilidad política y nos abrió un montón de puertas en muchos colegios y que nos unificó mucho”.

Como venimos viendo, muchas de las actividades que realizan cotidianamente estos jóvenes están ligadas a la escuela: movilizaciones por reformas edilicias, festivales, conmemoraciones y la marcha por la Noche de los Lápices. Sin embargo, también desarrollan actividades por fuera de la escuela, al interior de las organizaciones político partidarias a las cuales pertenecen. Una de las principales es el trabajo territorial, que implica ir a los barrios - principalmente en la periferia de la ciudad - y generar lazos con los vecinos, producir cosas en común, organizar actividades.

Lucrecia, que militaba en Libres del Sur, cuenta cómo era la experiencia territorial dentro de su organización: “Todos los sábados íbamos al barrio mediante una cátedra que se llamaba Barrio Adentro. Era hacer un trabajo constante, ir todos los sábados. En la cátedra tenías la parte en la que ibas al barrio y la parte en la que hablabas, nos sentábamos todos y te decían vos por qué venís al barrio, por qué tenés ganas de venir. Y leíamos un texto de Eduardo Galeano o Paulo Freire sobre la educación popular, era todo orientado a la educación popular y te hacía replantear por qué ibas al barrio, para qué lo hacías y qué hacías en ese espacio, qué era lo que querías lograr. Me mueve un montón el trabajo territorial, ir a los comedores, a los barrios, me llena el corazón, es algo que no se compara, no sentí una sensación igual que cuando fui al barrio por primera vez”. Julia, del Peronismo Militante, también considera que el trabajo territorial es fundamental, principalmente porque “hay un montón de programas sociales que no terminan llegando a los barrios y nosotros tenemos el rol de acercar a los jóvenes que no están hoy insertos en todos los accesos que les da el Estado a una mejor calidad de vida. Nosotros tenemos acceso a Diputados, a compañeros que nos pueden presentar un proyecto de Ley, que pueden presentar un recurso para pintar un colegio, tener acceso a un Estado que está a nuestra disposición”.

Otra de las actividades que realizan los jóvenes al interior de sus organizaciones políticas son los espacios de formación para militantes. Así explica Luciano la importancia de las instancias de formación: “La dirigencia debe intervenir y debe sentar a los jóvenes a discutir política, a dar ciclos de formación, para que esos jóvenes sepan por qué están ahí, porque si se acercaron es por algo, algo los picó para llegar a una unidad básica. Pero a esos jóvenes hay que hacerlos

interiorizarse, formarlos, porque son el futuro del país y son los que van a conducir este país dentro de unos años”.

En el caso de Justina, de la Juventud Radical, ella comenzó a militar políticamente a partir de su participación en un espacio de formación del partido: “Me llamó mucho el tema de la formación, hoy en día no hay muchos grupos en La Plata que se formen, que realmente tengan una formación a largo plazo, que no sea nos juntamos una vez y listo. Nos juntamos cada dos o tres semanas, vamos arreglando pero somos constantes en esto porque vos necesitás tener gente formada que sepa lo que quiere y cómo lo quiere, porque sino somos un grupo de amigos, pero vos tenés que ser un grupo político si querés cambiar algo, y para ser un grupo político tenés que manejar muchos conceptos de la política”.

También Julia afirma que la formación es un aspecto importante para un militante político: “Me parece fundamental que aprovechemos el momento histórico que nos toca para formarnos como cuadros políticos, tener una base moral, tener una base teórica y una capacidad de desplegar eso. En la organización en la que milito hablamos mucho de la formación de cuadros políticos, nos parece que es muy importante porque es lo que nos permite una trascendencia a un gobierno popular, nosotros hoy tenemos un gobierno popular en el Estado y decimos buenísimo, apoyamos esto y lo profundizamos. Pero el día en que no lo tengamos nosotros tenemos que poder trascender a eso y se consigue a través de la formación de cuadros políticos. Entonces ser joven hoy es tener la necesidad de defender lo conseguido y además formarnos para ser nosotros lo que lo profundicemos en su momento”.

Esta gran cantidad de actividades que realizan, hace que estos jóvenes pasen mucho tiempo de su día en sus organizaciones. Como ya lo mencionamos en otros apartados, van a las unidades básicas, a los comités o a los locales de los diferentes partidos, comparten tiempo, charlas, discusiones, organizan actividades. En esos espacios se van conformando relaciones de amistad entre ellos y se va delineando el vínculo con sus referentes o sus responsables políticos. Hay dos características principales que hacen que estos jóvenes se sientan cómodos con sus referentes y los conformen como tal: el hecho de que sean jóvenes y que tengan una relación directa con ellos. Así lo cuenta Lucrecia, de Libres del Sur: “Algo que me hacía seguir militando era que más allá de que

Humberto Tumini era el Secretario General de todo el partido, lo sentía como un compañero, con él le hablaba a un par, sigue siendo un par por más que uno sepa que tiene su importancia, su militancia pasa por otro lado, son lugares que tocan ocupar dentro del movimiento y seguir sabiendo que somos pares a mí me encanta”.

Esto mismo plantea Camila sobre sus referentes en el Partido Obrero: “Mi responsable político se llama Iván, es un compañero más, porque sea tu responsable político no es un trato diferente, es todo el mismo, somos todos compañeros al fin y al cabo. El trato que tenés con tu compañero de círculo lo tenés con tu dirigente de la regional, es muy familiar porque vos piensa que compartís muchas horas del día y demás. Pitrola anda en el colectivo o en el subte, de hecho salieron un par de fotos estos últimos días, donde Pitrola estaba colgado en el subte, todo apretado. Por ejemplo ahora el 20 viene Jorge Altamira a una cena de fin de año en La Plata, vos estás comiendo con él al lado, le podés hablar y está todo bien y te sacás las dudas”.

Sara, del PTS, también tiene una relación muy cercana con sus dirigentes, según lo cuenta: “Me los cruzo todos los días porque además de formar parte de la Dirección de Juventud a mis dirigentes y los que conforman la Dirección Regional del partido me los cruzo en el local, tomamos mates. De hecho, al ‘Chipi’ Castillo, que es un dirigente nacional, me lo cruzo re seguido en La Comuna, porque labura acá en la Legislatura. A otros dirigentes como Raúl Godoy de Zanon, toda esa gente cuando nos vemos está todo más que bien, son pares nuestros”.

Esta situación de tener referentes jóvenes y cercanos, a Justina, de La Cantera, le produce orgullo: “Es una de las cosas de las cuales yo puedo estar orgullosa porque mi línea interna, nosotros como juventud no traemos a alguien de 40 años a explicarnos si lo podemos resolver entre nosotros mediante lo que cada uno leyó. Uno de nuestros compañeros, por ejemplo, sabe todo pero realmente todo de la Reforma, y otro estudia Economía y sabe mucho entonces cada uno se va formando como referente en un área y te permite que sea un intercambio más entre iguales, porque si vos te tenés que poner a hablar con un Licenciado en Ciencias de la Educación es distinto que con un compañero que milita con vos, así es más fácil”. Martín, también del radicalismo, cree que es necesario que todos estos dirigentes jóvenes tomen las riendas de la política: “La clase política

se tiene que ir toda, tiene que dar pie a una renovación ideológica y a una renovación para la juventud”.

Ariadna rescata que en su organización, Patria Grande, la mayoría de los referentes políticos son jóvenes y, como el resto de los entrevistados, ve esta situación de manera positiva: “Hay una generación de referentes muy jóvenes en Patria Grande sobre todo. Nosotros tenemos dentro de la organización nuestras instancias de definición política en Patria Grande, así como tenemos la de sector, tenemos también la de la organización a nivel regional y nacional. Y sí, son espacios donde nos encontramos, y bueno también en el Olga, es muy común vernos ahí, así que sí, una relación muy buena. A mí me parece buenísimo que mis referentes sean jóvenes, porque me siento identificada. Me siento muy identificada con que sean compañeros míos que los veo a diario en diferentes espacios. Y está muy bueno mostrar eso, que nuestros referentes no son gente que combatió en los 70 y hoy está dando vueltas. Sino que es un joven, alguien que estudió igual que nosotros, que labura a la par nuestro y que además sintetiza un poco lo que nosotros queremos mostrar en la sociedad, y eso lo discutimos”.

Malena, del Nuevo MAS, plantea que la relación con los referentes cambia mucho dependiendo de qué partido se trate, es decir, dependiendo del tipo de organización que ese espacio político se dé a su interior: “Hay una gran diferencia con los partidos burgueses en el trato con los referentes, o sea, es otra camaradería la que hay. Por lo menos, nuestro candidato, Héctor Heberling, es un chabón obrero que milita al lado tuyo. Él es candidato presidenciable. Yo lo veo de otra manera, nosotros lo tenemos en un pedestal pero por ser un compañero fantástico, no porque sea candidato a presidente”.

Luciano, ex militante de La Cámpora, tuvo varias peleas y discusiones con sus responsables políticos del distrito que lo hicieron dejar la organización. Sin embargo, dice que está “desencantado” con su organización, pero no con la política, y rescata continuamente la dirigencia a nivel nacional, diciendo que “son compañeros más cercanos, es una relación distendida con ellos, te hablan como militantes políticos porque es lo que son, por una cuestión circunstancial les toca ocupar el lugar que ocupan. Por ejemplo conozco al Jefe Regional de ANSES La Plata y al Jefe de la Provincia de Buenos Aires, son compañeros que

han militado conmigo y por eso es más fácil el acceso, y uno habla con ellos como militantes y compañeros porque estuvimos con ellos mucho tiempo”.

Julia dice que el trato con el responsable político del Peronismo Militante es muy bueno y que han generado una relación directa, en parte producto de las responsabilidades que ella tiene dentro de la organización: “Como responsable de secundarios me junto prácticamente todos los días o por lo menos tres veces por semana. Lo mismo con el responsable provincial. Para que una organización tenga la confianza de ponerme como responsable nacional de los secundarios, yo tengo una relación muy buena con todos los responsables políticos de la organización; porque además el PM tiene eso, los compañeros tienen humildad, son accesibles, algo que no pasa en todos lados. Somos un grupo de juventud muy grande, el responsable de la ciudad de La Plata tiene 23 años. Nuestra franja etárea es de un promedio de edad de 20 años”.

Este recorrido nos sirve para situar a los jóvenes y su participación política en un esquema más amplio, donde se ponen en juego sus propios sentidos sobre la militancia, los modos en que se incorporaron al mundo de la política, sus prácticas de participación tanto dentro como fuera de la escuela y la relación que construyen con sus referentes políticos.

Instituciones

Todas las actividades, relaciones y modos de entender la militancia que construyen estos jóvenes y que están ligadas a la política, las desarrollan en estructuras de organización que los contienen y que les generan marcos de posibilidad concretos, con los que muchas veces entran en discusión. Además, la escuela, como espacio institucional que atraviesa la vida de todos estos jóvenes, también es un factor fundamental para entender desde qué lugar piensan la política. En este apartado trataremos de abordar los relatos que los jóvenes construyen en torno a estas cuestiones.

La UES y la CUES son las dos estructuras que nuclea a los estudiantes secundarios de la ciudad de La Plata, más allá de cada organización política en particular. Si bien ya adelantamos una descripción de lo que son la UES y la CUES, aquí intentaremos ordenar lo que los propios jóvenes definen sobre cada

una de ellas. Aunque quienes forman parte de la UES hablan sobre la CUES y viceversa, preferimos retomar los relatos que cada uno produce sobre su propia organización, en donde confluyen tanto posibilidades y ventajas como críticas.

Sobre la UES, todos coinciden en que es una estructura con un lineamiento ideológico político claro, y así lo plantea Soledad: “Somos un grupo de chicos peronistas kirchneristas, de distintas agrupaciones, que tenemos ganas de construir un colegio mejor, una educación mejor y un país mejor, por eso nos reunimos, nos juntamos y hacemos actividades con ese fin”. A esto también hace referencia Pedro: “Nosotros somos peronistas, somos kirchneristas, la bandera de la UES tiene un PV, con lo que intentamos llegar a los centros de estudiantes y así generar mayor representatividad entre los estudiantes de la ciudad”. Luciano, como ex referente de la UES, explica: “La UES es una organización política en la cual están aglutinadas las distintas organizaciones de Unidos y Organizados, en donde se defiende a Cristina, se defiende este proyecto a rajatabla y se militan las políticas destinadas a los colegios secundarios de este proyecto”.

Según cuentan quienes forman parte de ella, la UES tiene una dinámica de funcionamiento en dos niveles: hay una mesa general de todos los militantes que se reúne una vez por semana, todos los martes; y además, todos los jueves se reúne lo que llaman la mesa chica, a la que asiste un representante por cada organización política, con la intención de darle un cierre más concreto a las reuniones multitudinarias de los martes.

Luciano, plantea que lo más dificultoso en la organización son las “mezquindades políticas, porque cada organización tiene sus intereses y los pibes responden a los intereses de su organización”. Él sostiene que esta es una de las trabas más importantes a la hora de hacer crecer a la UES: “Es raro sumar pibes que directamente se sumen a la UES porque al estar esas mezquindades, los compañeros quieren sumarlos primero a su organización y después llevarlos a la UES”.

Siguiendo la crítica de Luciano, Julia, quien se hizo cargo de la conducción del espacio cuando él egresó, agrega que la UES no puede ser un mini Unidos y Organizados del Secundarios: “Tiene que ser un organismo que nos permita nuclear centros de estudiantes que no se vayan a insertar de una en alguna

organización, después es obvio que van a terminar militando en alguna de ellas, porque si van a la UES y les termina gustando la línea política que tenemos ahí van a terminar militando; por eso tiene que ser un organismo más amplio”.

Por otro lado, quienes forman parte de la CUES la definen como “un espacio que tenemos todos los estudiantes secundarios de La Plata, de cualquier colegio, para debatir nuestras problemáticas, un espacio que usamos para problematizar cosas, para tirar ideas”, plantea Lucrecia. Con respecto al funcionamiento cotidiano de la CUES, quienes forman parte de ella cuentan que se juntan una vez cada 15 días, en reuniones abiertas, generalmente en la plaza de la Catedral, enfrente del Normal 1 y funcionan de manera asamblearia, con un orden del día que organiza las discusiones.

Sara, quien aparece como una de las referentes de la CUES, explica que “es un espacio de coordinación de todas las luchas y demandas estudiantiles, donde además es pelear por la educación pública, por arreglos edilicios. Lo que caracteriza a la CUES es que es gente de izquierda, un poco me hace acordar a los setenta porque todos militamos por cambiar el mundo, tenemos esa perspectiva a pesar de todo lo que nos divide”. Aunque Sara dice que la organización tiene una cercanía con las ideologías de izquierda, Lucrecia, militante de Libres del Sur, plantea que “la CUES es independiente, ahora si vos sos partidario o no es problema tuyo, pero la CUES tiene que mantenerse independiente porque sino nunca va a ser un espacio crítico, porque si empieza a ser parte de un partido deja de tener la autocrítica que estaba teniendo”.

Justamente, es en torno a estas cuestiones en donde aparecen las principales críticas a la CUES. Algunos de sus miembros, como Martín, Justina y Lucrecia, encuentran en el funcionamiento de la CUES problemáticas parecidas a las que reconocen Luciano y Julia en la UES. Así lo explica Lucrecia: “El tema es que la CUES ahora está muy vaciada, por el tema de los movimiento trotskistas que quieren cooptar el espacio y construir para adentro, están dejando de lado los intereses de los secundarios para beneficiar los intereses de sus partidos”. Ella plantea que es por ese motivo que muchos jóvenes no se acercan a la CUES, por miedo a que “les quieran llenar la cabeza”.

A esta cuestión, agrega Martín: “El espacio de la CUES es exclusivamente para defender la educación, para intentar resolver las problemáticas de los

estudiantes, y el hecho de que vayas a una reunión y estén discutiendo entre el PO y el PTS a ver quién es más de izquierda y más revolucionario es algo que no atrae a los pibes, los confunde, los termina sacando”.

Justina coincide con Martín y además agrega que la CUES es “desorganizada y poco operativa”, y entiende que eso también es una traba a la hora de convocar a los estudiantes. Sin embargo, cree que la CUES tiene muchas cosas positivas, entre las que destaca el hecho de que “están todos”: “Todo aquel que quiere participar puede participar, digo, a mí ahí no me discriminaron por ser de la Franja ni nada, cuando hay mucha gente de la izquierda. Por ejemplo, en una de las marchas habló mi papá, y él no milita en la izquierda y aún así fue parte de la lista de oradores. Eso es lo que yo le reconozco a la CUES, más allá de todos los problemas organizativos que pueda tener, es abierta”. Ariadna, en cambio, cree que el principal problema que tiene la CUES, como todas las coordinadoras de secundarios, es que son muy cíclicas: “Porque también en el secundario hay un recambio generacional todo el tiempo muy fuerte, entonces se va perdiendo esa continuidad”.

Tanto quienes participan de la CUES como de la UES, afirman que éstos son espacios de encuentro, de discusión y de puesta en común, pero que no son lugares donde se generan amistades ni grupalidades que vayan más allá de esos ámbitos. Muchos lo asocian a la diversidad de agrupaciones políticas que se encuentran allí. Así lo plantea Martín: “Es una relación bastante distante, no hay una relación como la que se da en un grupo político donde la mayoría de las personas piensan lo mismo, lo que tenemos en común es que queremos defender la educación pública. Sólo hacemos la reunión, hablamos de lo que tenemos que hablar y nos vamos, no nos quedamos charlando de la vida o de política nacional o lo que fuera”. Malena también dice que dentro de la CUES no se hizo amigos, “pero sí había muy buena relación”. Una cuestión similar plantea Lucrecia: “Con algunos sos más amigo, con otros más compañero y con otros más distante, hay muchas diferencias políticas o por ahí te prejuizan, pero está todo bien”. Así lo explica Ariadna: “Mi grupo de amigos es más por otro lado, no tanto con la CUES; mis más amigos son los del Normal 1 con los que milito a diario, y también con los de Patria Grande. Igual, con la CUES, de encontrarnos y eso nos sentimos identificados y ya nos amigamos”.

Sara, igual que Martín, entiende que la CUES no es un espacio de amistades, principalmente por las pertenencias político partidarias de sus miembros: “Al principio éramos más chicos, nos llevábamos mejor porque todos recién empezábamos a militar. Ahora la mayoría milita en alguna organización y si no lo hace seguro que arranca en la Universidad, porque son todos filo algo. Cuando nos hicimos más grandes y nos pusimos más militantes, todos nos convertimos en dirigentes de nuestros grupos de organización y ya las discusiones son otras”. Camila también coincide en esto: “Es muy difícil hacerse amigos, porque son posiciones políticas diferentes. La política es todo lo mismo, entonces está en la propia personalidad; hasta cuando contestas un sí o un no está tu posición política. Entonces es muy difícil llevarte bien con alguien que piensa muy diferente a vos”.

Soledad, de la UES, también dice que es mucho más fácil generar amistades al interior de cada organización político partidaria porque comparten más tiempo y espacios en común, como por ejemplo la militancia territorial: “Dentro del frente, al vernos cotidianamente es más fácil pensar cosas juntos, tenemos radio, revista, seguimos estando dentro de los colegios pero participamos por fuera, en un territorio. Con la UES es muy difícil ir al territorio, la verdad que cada frente secundario va al barrio con su organización”. Así lo expresa también Pedro: “Dentro de la UES somos todos compañeros, queremos que todos se sientan parte y posibilitados de hablar y decir lo que piensan para que la UES sea todos los días un poco mejor y más representativa. Pero mucha relación de amistad no tenemos, compartimos los espacios de militancia”. También Tadeo dice algo al respecto: “Amigos amigos no me hice en la UES, considero que dentro de la política no podés tener miles de amigos, es una realidad, amigos míos son Pedro y Fermín o Manuel, pero compañeros sí, miles, y de cruzarme, charlar y debatir lo que sea también, empecé a relacionarme con un montón de gente”.

A estas cuestiones ligadas con la amistad y la posibilidad de tener buenas relaciones con alguien que pertenece a otro espacio político-partidario, Julia suma la necesidad de generar una “mística de la UES, que englobe a los pibes que por ahí no tienen la mística de cada organización” y plantea la falta de cánticos, remeras y banderas que posibiliten la conformación de una identidad más fuerte en torno a la UES, como un espacio por encima de cada organización

particular. Julia agrega que actualmente, la UES funciona como un espacio con mayor legitimidad institucional que las organizaciones político partidarias: “Si llega a haber una movilización o lo que sea ahí es el mayor momento donde somos UES en lugar de cada organización porque a la hora de defender cualquier interés secundario hoy en día tiene más renombre la UES que cualquier frente secundario. Es ahí donde somos UES en todos lados”.

Soledad coincide con Julia: “Al entrar en un colegio y decir que sos de la UES es más fácil, tenés más acceso para pasar dentro de los colegios e invitar para la marcha del 16 de Septiembre que organizamos todos los años o para otras actividades dentro de las escuelas. Hay más acceso que decir que somos del frente secundarios de la JPBA”.

Entonces, tanto la UES como la CUES aparecen como espacios que permiten nuclear una gran cantidad de estudiantes secundarios, y son fundamentales por la institucionalidad que han logrado adquirir y por la necesidad de generar lo que Ariadna llama un “núcleo de unidad” entre los estudiantes secundarios. Sin embargo, pareciera que estos espacios de segundo orden no producen lazos de identificación fuertes a su interior, como sí lo hacen, según los relatos de los jóvenes, otros espacios como el centro de estudiantes y las organizaciones político partidarias.

Así, varios entrevistados cuentan que sus vínculos más fuertes se encuentran al interior de las organizaciones político partidarias de las que forman parte. Estas organizaciones tienen marcos de funcionamiento muy diversos, que generan procesos de identificación en los militantes, ya sea por rechazo o por reconocerse allí. Lucrecia cuenta su experiencia con Libres del Sur de esta manera: “Yo entré en Libres del Sur porque veía que era un ámbito en el que podía seguir siendo crítico más allá de la militancia partidaria. Por ejemplo, los partidos troskistas a mí me defraudaron por completo, los veía como lavado de cerebro por poco, lo mismo el Kirchnerismo, veía que entrabas ahí y dejabas de ser una persona crítica, perdías la capacidad de autocriticarte vos, de criticar al partido y criticar por qué hacías lo que hacías. Y entrabas ahí era como ser todo la misma masa, eso a mí no me gustaba para nada, lo detestaba. En Libres del Sur, yo sentí que encontré mi espacio de verdad, donde podía mantener una militancia crítica, si se puede decir, y eso a mí me encantó y ahí cada vez me enamoré más de mis ideales. En SUR había una diversidad de ideales, de ideas

que me encantaban, que compartía, que me gustaba meterme más en ésta en aquélla, tenía compañeros que eran re peronistas mal, otros que no, que reconocían los logros del peronismo pero hasta ahí, todo bien, otros que se iban más para el lado de Trotsky, a mi eso me encanta porque la diversidad de ideas era algo bien crítico, sentarse a hablar en una mesa y discutir, discutir, cada uno dar su forma de pensar tranquilo me encantaba”.

Martín, del radicalismo, plantea una cuestión similar sobre el funcionamiento de la rama del partido en la que él milita, la Juventud Radical Popular: “Si hay algo que por suerte no tenemos es un dirigente que venga y te baje plata o te diga qué hacer; los referentes que tenemos son compañeros de base. No tenemos dirigentes, sí vamos en las elecciones con alguno u otro pero eso no significa que vayamos a dejar de lado nuestra independencia”.

Frente a las críticas que algunos de los informantes hacen respecto al funcionamiento “orgánico” de los partidos políticos, relacionándolo con la verticalidad absoluta, Justina, también del radicalismo, explica su visión de la situación: “En realidad el tema de ser orgánico es el tema de tener un organigrama; cuando uno tiene un problema con algo del Ateneo, vos tenes un referente al cual tenés que acudir, hay alguien al que podés acudir, es un modus operandi. Si uno no está organizado termina generando un problema. La orgánica sirve para eso, para organizar, es un organigrama, uno tiene esta gente, en este ámbito y a su vez tiene una mesa que integra a todos los ámbitos y plenarios en los que están todos, no es una cuestión únicamente vertical”.

Las estructuras de organización que integran estos jóvenes son espacios en continua disputa y modificación. Algunos, por ser más tradicionales, tienen unas prácticas más estables y rutinarias; otros, van buscando los modos más convenientes de manejarse según las necesidades. Además de la familia - que lo abordamos anteriormente - y las estructuras político partidarias, hay otra institución muy fuerte que condiciona de diversas maneras los sentidos que los jóvenes producen sobre sus propias prácticas políticas: la escuela.

El espacio escolar es, para la mayoría de los entrevistados, el lugar donde se produce el primer encuentro con la política; y, como ya desarrollamos, generalmente se da a partir del Centro de Estudiantes, cuerpo de delegados u otras entidades de representación estudiantil que funcionan en las escuelas. En

la institución escolar, los jóvenes militantes se encuentran con sus compañeros - la mayoría sin ningún tipo de participación política - y con las autoridades, quienes muchas veces, por diferentes motivos, condicionan o limitan el desarrollo de la participación juvenil, según cuentan los entrevistados.

Los jóvenes plantean que si bien desde la escuela muchas veces se promueve la formación de un Centro de Estudiantes - a veces sólo por el hecho de adecuarse a la normativa vigente -, se prohíbe la posibilidad de llevar adelante una identidad político partidaria al interior de la institución, abonando a esta mirada de los centros de estudiantes “apolíticos”. Así plantea Pedro la situación en el Colegio Nacional: “Todo el tiempo hay gente que viene por una actividad, y se nota mucho que los pibes quieren participar, lo que pasa es que es difícil romper con todos los estigmas que te decía antes, sobre todo La Cooke, que siempre fue una lista un poco más discutida que el resto porque somos acusados de kirchneristas, entonces a los pibes les era más difícil confiar en nosotros, por todos los prejuicios”.

Una situación similar plantea Julia que sucede en su colegio: “Es un colegio excluyente de cualquier idea política, se hablaba mucho de política muy con esa idea del libre pensante, que vos no podés estar en una militancia organizada porque por poco va contra tu libertad de expresión. Es un clima que ya va viéndose un avance de las organizaciones políticas en los centros de estudiantes que antes no se veía, antes había listas más librepensantes, menos organizadas y hoy se ve una inserción de las organizaciones políticas en los colegios mucho más grande, y hay cada vez más fobia en algunos colegios”. Esta situación también se replica en las miradas que tienen los estudiantes sobre la inserción de las organizaciones político partidarias en los centros de estudiantes: “Olvidate de ganar una elección yendo con la remera del PM 100 por ciento lealtad a Cristina en un colegio, hay mucha polarización en ese sentido. Está el que está a favor de que haya agrupaciones políticas o el que le parece que está mal, que habría que prohibirlo, que no tendría que existir”.

Malena dice, directamente, que en su colegio “está prohibido hacer política”: “Lo peor es que también te enseñan a que vos pienses así, que está mal hacer política. Los directivos te dicen: vos no podés hacer política, tenés 16 años, no jodas, está mal lo que estás haciendo. Y eso es lo que te meten en la cabeza, te están diciendo que no te podés juntar con tus compañeros. O sea, yo para tener

una reunión dentro del colegio con mis compañeros tenía que ser a escondidas, o para que pueda entrar al colegio cuando me prohibieron la entrada”.

Luciano cuenta, en relación con esto, una experiencia personal que tuvo con un docente: “Iba al colegio, después de estar dos semanas durmiendo en la Facultad de Periodismo por el temporal, y la verdad que me re calentaba con los profesores que decían: ‘ay, no, porque esos de La Cámpora no te dejaban entrar si vos no tenías pechera, se robaban las cosas’, yo los cagaba a puteadas, más vale, estuve dos semanas durmiendo ahí para que vos que no te moviste de tu casa y encima no te inundaste me digas eso”.

Sara plantea que uno de los problemas principales que tiene la escuela es que no convoca a los estudiantes a quedarse ahí, a ser parte de ella: “Terminé la escuela con media falta, al borde de estar libre. La escuela es un pasillo, la escuela si no militás ahí ni en pedo estás todo el tiempo, y si te podés ir para hacer otras cosas... Porque otras cosas son las que importan, a mí me cambió la prioridad, porque pasó a ser la militancia”. Por eso, aquellos que son militantes, terminan desplazando las prioridades, poniendo en primer lugar a la militancia, ocupando el lugar que antes tenía la escuela.

Tadeo, del Colegio Nacional, dice que es necesario luchar para que los estudiantes se identifiquen con el Colegio: “El colegio tiene que ser cada vez mejor, cada vez más inclusivo, cada vez con más oportunidades, con más alumnos egresando, con más alumnos comprometidos, con mejores notas, que les importe estudiar, que les importe ir al colegio y que se sientan cómodos yendo al colegio. Porque más allá de estudiar y que les vaya bien, que cuando no tengan nada para hacer y estén en el colegio que no se vayan corriendo, que se queden porque disfrutan y se sienten cómodos”.

Una cuestión similar plantea Martín: “Con respecto a la educación es primordial que los estudiantes tengan ganas de estar en la escuela, de estudiar, que se les ponga un objetivo por el cual quieren estudiar, porque hoy en día el joven va a la escuela y no sabe qué va a hacer después con eso”. En este mismo sentido se expresa Pedro: “Veo chicos que se llevan muchas materias y cuando vos lo pensás por ahí no es culpa de los chicos sino de los colegios que no llegan a hacer que los pibes se interesen, o de una forma u otra terminan excluyéndolos, y en lugar de que quieran aprobar y seguir en el colegio prefieran irse a jugar un

partidito a la esquina”. Frente a esta situación, Soledad plantea que es necesario que los colegios se pongan al frente para revertir esas problemáticas: “El colegio no puede estar aislado de todo lo demás, los colegios tienen que llamar a un pibe cuando no va a la escuela, preguntar por qué no fue, más ahora que el colegio secundario es obligatorio. La escuela debería estar conectada con la salita sanitaria y con un montón de otros espacios, el colegio no puede estar aislado de la vida del pibe”.

Como podemos ver en estos relatos, los jóvenes consideran que las principales trabas para el desarrollo de la participación política juvenil al interior de las escuelas, son producto del funcionamiento y el proyecto mismo de las escuelas, que buscan erigirse como espacios neutrales, despojados de ideología. Los jóvenes reconocen, muchas veces, en las autoridades a los responsables del modo de funcionamiento de las escuelas respecto de la participación política juvenil.

Soledad, que iba a un colegio privado, cuenta su experiencia: “Empezamos en 2011, cuando yo empecé en el colegio, a tratar de hacer un centro de Estudiantes, pero con el tiempo, ya este sería el cuarto año y estamos súper desgastados, echaron a pibes del colegio, somos 4 y la mayoría ya egresaron. Nosotros éramos una lista media clandestina dentro del colegio, éramos una agrupación estudiantil que teníamos bandera y nombre: Unión de Estudiantes de Comercial (UEC), porque el colegio se divide en técnica y comercial, pero los directivos no nos reconocían. Decidimos ir de a poco, no podíamos tomar el colegio desde el primer día que nos dijeron que no, primero empezamos con las presentaciones formales, salimos en los diarios, juntamos firmas y siempre nos dijeron que no, hasta que echaron a una compañera y hubo una gran mayoría que dijeron ‘yo no voy a seguir porque no tengo ganas de que me echen del colegio’, ahí quedamos muchos menos y perdimos fuerza dentro del colegio”. Soledad relata una situación que le tocó vivir con un docente, a modo de ilustrar cómo concebían ellos su participación política: “Una vez yo había dejado un peine en el banco del profesor y él empieza a decir: ‘Sacá ese peine que tiene ideas subversivas”’.

Como Soledad, que finalmente decidió cambiarse a una escuela pública para poder “vivir la experiencia de tener un Centro de Estudiantes”, Martín también se cambió del colegio privado al que iba, porque las autoridades “querían hacer

un Consejo de estudiantes en lugar de un Centro de Estudiantes, no querían acatar la Ley que dice que todos los estudiantes de cualquier organismo público o privado tienen derecho a tener un Centro de Estudiantes; además, ese espacio no tenía ningún tipo de peso dentro del colegio, era una forma de decir bueno, confórmense con eso, lo tomaban como un juego a algo que es serio”.

Sara, quien transitó todo el secundario en una escuela privada, cuenta que la relación con los directivos era muy tensa: “La agrupación estudiantil que existía éramos nosotros que queríamos armar el Centro de Estudiantes, y era eso, la pelea era hacer el Centro de Estudiantes y después pensar proyectos, queríamos tener un espacio para nosotros. Éramos un grupo de pibes que queríamos eso, me acuerdo que una vez el vicedirector nos dijo: ‘no, ustedes no son un Centro de Estudiantes ni lo van a ser, sólo son un grupo que hacen acciones’; entonces agarramos y empapelamos toda la escuela con afiches firmados por el Grupo de Acciones, y ahí quedó que éramos el Grupo de Acción dentro de nuestra escuela, ese era nuestro nombre. El Centro de Estudiantes no se conformó por los directivos”.

Aún cuando pareciera que las medidas son más restrictivas cuando se trata de colegios privados, los jóvenes que asisten a escuelas públicas - ya sean nacionales o provinciales - también dicen encontrar muchas trabas a la hora de funcionar como Centro de Estudiantes, y más aún si se involucran las identidades político partidarias. Así cuenta Martín su experiencia en la Media 12: “Me peleé con la directora varias veces porque cuando fueron las elecciones de las PASO del año pasado, le pedí si podía venir un representante de cada una de las listas que se presentaban para que los chicos pudieran tener la posibilidad de elegir a quién querían votar. No sólo para los que votaban por primera vez a los 16 años sino también para que los más chicos pudieran ver los lineamientos que tiene cada agrupación. No me dejaron porque planteaban que eso era bajada de línea político partidaria, y sí, es bajada de línea pero le estás dando la posibilidad a un montón de listas que no tienen un aparato y se presentan para que lleven su voz a las escuelas”.

Sobre la posibilidad de generar un debate de candidatos, Ariadna, que va al Normal 1, plantea que tampoco logran realizarlo por las trabas que ponen las autoridades: “Acá siempre quisimos impulsar un debate de candidatos pero tiene que ser fuera de horario, cuando ya los chicos no están en clases, porque

las autoridades este año no nos dejaron - bah, nunca nos dejan hacer muchas cosas que digamos - y sobre todo con la excusa de que este año tuvimos muy pocos días de clases, que eso es verdad, nosotros lo reconocemos; se agarraron de eso y decían: encima que nunca tienen clases, cómo vamos a sacar a los pibes del aula para un debate. Así que bueno, es lamentable pero como que siempre estamos dependiendo de lo que dicen las autoridades, y eso es una complicación enorme”.

Lucrecia, que iba al Normal 3, cuenta una experiencia suya en la que pone en tensión el rol de los directivos como educadores: “En ese momento a las mujeres nos obligaban a usar guardapolvo, a los hombres no. Yo me acuerdo que iba siempre a reclamar y no me olvido más lo que me dijo la directora: ‘Yo no me voy a hacer responsable si algún chico te toca porque te saques el guardapolvo’, no me voy a olvidar más ese comentario retrógrado, sos una directora de secundario, se supone que nos tenés que educar sobre la educación sexual, la concepción de la mujer, del hombre, los roles que cumplen en la sociedad y por qué hay que romper con los estereotipos y me venís a decir eso, no lo podía creer”.

En el caso de Malena, ella cuenta que le llevó muchas discusiones con los directivos poder conformar el Centro de Estudiantes, y que cuando comenzó a militar en una organización político partidaria las restricciones fueron aún más fuertes: “Yo en mi colegio formé la agrupación que fue un logro, porque hubo mucha persecución. O sea, en el 2012 estuvieron a punto de echarme, y en el 2013 también, suspensiones y eso... Por hacer política. O sea, había hasta una lista negra de quiénes eran los pibes que estaban con nosotros y tuve un momento en que los pibes juntaban firmas para la reelección, y a una piba la estaban apretando ahí adentro por juntar firmas, los directivos”.

Pedro, Tadeo y Justina, que van a colegios nacionales dependientes de la Universidad de La Plata, afirman que los directivos y docentes tienen posicionamientos ideológico-políticos mucho más claros y evidentes; por lo cual las discusiones políticas ya no se esconden bajo la idea de apoliticidad, sino que se ponen en juego los lugares de poder que ocupa cada uno. Y ahí, los directivos siguen teniendo un lugar privilegiado. Así lo explica Pedro, que va al Colegio Nacional: “El Nacional es un colegio donde todos los docentes juegan su juego, todos tiran para un lado, saben quién es quién y por militar dentro del colegio

saben quién sos, te conocen. Los directivos actuales hablan de mí, no me quieren mucho y yo me siento bien de que no me quieran porque sería grave si me quisieran. Me gusta que pase esto, sé cómo hacerlo porque aprendí muchas cosas”.

Tadeo, compañero de Pedro en el Nacional y en la agrupación John William Cooke, plantea una situación similar: “Este año sobre todo, cuando me di cuenta ya me conocían todos los profesores hasta los que no tenía. Con algunos tenía muy buena relación y me saludaban y charlábamos, y otros no los había tenido y ya sabían quién era, yo ya era un delincuente para ellos, el peor alumno de todos, ¿por qué? Porque militaba en La Cámpora. Yo ya era una basura por el solo hecho de militar en La Cámpora, ‘uy, lo voy a tener ahora’, decían. Este año fue muy particular dentro del colegio porque hubo cambio de gestión, de directivos, y resulta que cuando asumen los nuevos directivos yo voy a presentarme, freno un segundo a la directora y ella me dice: ‘sí, sí, ya te conozco’. Al otro día teníamos reunión con la vice y ya nos conocían a todos, sabían los nombres, nos tenían apuntados a todos ya, entonces el trato comienza a ser diferente”.

En el caso de Justina, si bien ella denuncia que fueron los directivos los que más “palos en la rueda” pusieron al desarrollo del Centro de Estudiantes, luego critica también que los docentes tomen una postura político partidaria al interior de la escuela: “Las autoridades del colegio tuvieron una posición muy fuerte en estas ıltimas elecciones, nosotros siempre decimos que estas elecciones no las perdimos sino que nos las robaron. Nos la robaron, nos la robó un profesor que no tenía nada qué hacer metiéndose en un Centro de Estudiantes. Cuando yo fui a hablar con el Profesor, él me dijo que yo era una hipócrita porque no llevaba el Partido dentro del colegio y yo le dije: ‘yo al partido lo dejo en la puerta, no dejo mi ideología, al partido sí lo dejo en la puerta’, de hecho a mí me habían ofrecido hacer campana o actividades del Partido en el colegio y no me parece porque los chicos se están formando. Vos no podés decirle al chico lo que tiene que pensar cuando él se está formando, una cosa es si vos hablas con los chicos de 16, 17 o 18, tienen el derecho de votar y es un punto aparte. Pero con los chicos más chicos vos no puedes meterle ese tipo de cosas porque no es justo, entonces no estás dejando que se formen en libertad, les estás marcando para dónde tienen que ir”.

Luciano, que iba al Normal 1, plantea que para modificar todas estas cuestiones, es necesario cambiar el funcionamiento de los Centros de Estudiantes: “Para mí habría que cambiar la injerencia de los Centros de Estudiantes dentro de los colegios, que puedan resolver cuestiones de la cotidianeidad, que no terminen siendo un sello. Que tengan más injerencia en los acuerdos institucionales de convivencia, que tengan más peso en muchas cuestiones que hacen a la institución y las cuales hoy el centro de un colegio no lo tiene”.

Los jóvenes de esta investigación discuten con sus directivos, tratan de superar las trabas que les ponen a su participación, más aún cuando se trata de jóvenes con identidades político partidarias definidas. De todas formas, los jóvenes militantes reconocen que hay otros actores en la escuela que les presentan aún más dificultades: sus propios compañeros, los “independientes”, los que no militan. Quieren convencerlos, quieren ganarse los votos, pero muchas veces se cruzan en el medio las amistades, el no querer quedar aislado del resto, el miedo a “ponerse pesados”. Y también, la idea de reconocerse dentro de una minoría, que les permite contar con unos capitales que muchos de sus compañeros no tienen.

Justina, que antes iba al Nacional, se cambió al Liceo porque, según dice, sus compañeros la maltrataban por su pensamiento: “Me fui por una persecución política por parte de mis compañeros, yo fui víctima de bullying, en esa época no militaba, tenía 13 o 14 años pero más o menos sabía qué era lo que quería y qué era lo que pensaba. Me han llegado a escribir en la remera y en los brazos el nombre de las otras listas o adelante del preceptor; y cuando vi que la situación era insostenible me cambié al Liceo, donde bueno, los primero años me quedé en el molde para no hacer lío pero a finales de cuarto ya empecé a militar”. Y sobre esta nueva etapa agrega: “En general uno no habla mucho de política con sus compañeros, uno sabe a quién le interesa hablar de política y uno hablaba de política antes de militar, y al que no, no le hablas ahora ni después de política”.

En el caso de Martín, dice que “a la mayoría de los compañeros, puntualmente en mi curso, les molestaba un poco que cada vez que se hablaba de Alfonsín o de alguna cuestión en Historia relacionada a la política siempre saltara a dar mi visión y discutía con los profesores, pero era un debate cordial, eso les molestaba un poco entonces dejé de hacerlo para que no pasaran un mal momento otras personas. A mis amigos no les hablaba de política porque era un

tema que no les interesaba, y a mí tampoco me interesaba hablarlo con ellos, me parecía una cuestión más de gente grande”.

Esta idea de que al resto de los jóvenes, a los que no militan, no les interesa la política, por lo cual es mejor no discutir con ellos, aparece también en Camila: “Una vez que empecé a militar no quería debatir tanto en la escuela. Primero por un miedo, porque existe eso de que porque vos sos militante sos una oveja negra, por ser militante, estaba mucho ese rechazo de parte de los compañeros, las cargadas y esas cosas. Por eso me limitaba a responder y no debatir mucho. Muy de vez en cuando planteaba alguna discusión, yo las evitaba; todo el 2013 no hablé, recién ahora en los últimos meses de este año podía debatir un poco más con algunos compañeros. Es la falta de politización de los estudiantes. Ponele que de 40 en mi curso, solo yo militaba y tres me preguntaban qué era. Era una pregunta muy difícil porque una vez que militás para vos es algo de todos los días, para ellos es algo que no lo pueden creer que todos los días te pases de reunión en reunión y de acá para allá”.

Esta incompreensión por parte de sus compañeros también la describe Pedro: “Quizá en lo personal me siento que por ejemplo con mis amigos del colegio no comparto tantas cosas, a mí me gustan otras cosas, como por ejemplo militar; cuando decís militar y más en la secundaria sos el raro que después igual ya últimamente están todos más acostumbrados, pero al principio era militabas, te levantás a las 8 de la mañana para ir al barrio y les parecía rarísimo”.

Todos concuerdan en que cuando empezaron a militar, sus trayectorias por la escuela fueron cambiando: ya sea, como planteamos anteriormente, que la escuela deja de ser su prioridad, o que cambia la relación con los docentes y autoridades o, como venimos trabajando ahora, se modifican las relaciones con sus compañeros, principalmente al interior del aula. Así lo explica Tadeo: “Antes era un alumno de los tantos que hay, y ahora nos encontramos con que no somos un alumno más, lo que no quiere decir que seamos ni mejores o peores, pero sí tenemos otra responsabilidad. Uno tiene la responsabilidad de estar en el Centro de Estudiantes, de que el resto de los 1800 estudiantes se sientan cómodos dentro del colegio, entonces es otra cosa, claramente no sos un alumno más”. Sobre el vínculo con sus compañeros, Tadeo dice que fue con los que mayor diferencia empezó a tener: “Si bien es una división que es muy buena a nivel de calidad humana, la verdad es que no comparto ideas con casi ninguno,

así y todo la mayoría son mis amigos. Me pasó eso, a medida que me fui comprometiendo cada vez más, los empecé a dejar de lado, la realidad es que yo tenía otras responsabilidades y ya no era el mismo tiempo para salir o para jugar a la pelota. Si bien eran mis amigos, para ellos yo era ‘el camporil’, el ‘niño Cámpora’, todas cosas así que un poco nos reíamos entre todos pero bueno, a su vez mostraba la diferencia que tenía con ellos”.

Malena cree que existen dos grupos dentro de la juventud, “tenés la vanguardia, que es la juventud que milita, y después el pibe que no tiene ni idea. Ponele a mí me ha pasado de pasar por cursos en mi colegio y que los pibes me preguntaran quién era Cristina, o sea, muy extremo. Por eso tenés agrupaciones que reparten chupetines y caramelos y ganan las elecciones, en una escuela secundaria, eso garpa”. Además, Malena dice que cuando se vuelcan de lleno las identidades político partidarias al interior de la escuela, eso les produce un rechazo al resto de los compañeros que hace que muchas veces terminen perdiendo la elección: “Yo en el momento que entiendo la política, que dije bueno, esto es así, voy y la vuelco al colegio como yo entendí las cosas, con todo... O sea, me puse a militar y arranqué con todo y al otro día tenías empapelado toda la media 1. Este año lo hicimos mucho más tranquilos, y sacamos mucho más porcentaje de votos. Pero bueno, una pizza y una coca pueden más y perdimos por 100 votos”. Sobre la dificultad que les causa a la hora de generar adhesiones el hecho de tener una identidad político partidaria definida, también habla Julia: “Es difícil construir en los secundarios, no es un ambiente fácil para construir porque muchas veces es muy complicado que te voten siendo kirchnerista, siendo peronista, sabiendo que en el Facebook tenés banderas del PM”. Luciano relata así su experiencia en este sentido: “Cuando nosotros fuimos con la lista Unión Rodolfo Walsh sacamos 500 votos, obviamente en un colegio como el Normal 1 de la provincia, completamente despolitizado porque no había Centro de Estudiantes desde 1996, pocos sabían quién era Rodolfo Walsh; pero cuando fuimos con la lista Néstor Kirchner sacamos 35 votos. Ahí te demuestra cómo la política sigue asustando a los pibes, el nombre en sí, te hablan de ‘la política’, y ya te das cuenta que hablan de la política como si fuera un ente que está aparte, que a uno nunca le llega”.

En los casos de Sara y Lucrecia, ellas plantean que una de las cosas que más valoran es el reconocimiento de algunos de sus compañeros del colegio hacia las

actividades militantes que cada una de ellas realizaba. Sara dice que a fin de año, en la fiesta de egresados, todos sus compañeros le decían: “hay algo que ustedes dejaron, algo que cambiaron’ y eso en un punto está bueno, que te reconozcan algo de lo que hiciste aunque no haya sido ideal”. Lucrecia, en su caso, dice que para su entrega de diplomas, una amiga le escribió una dedicatoria que decía: “Vos te merecés ese diploma más que nadie en ese colegio porque fuiste una militante secundaria excepcional que siempre intentó hacer todo por los demás y no por interés personal, y sos una gran amiga, siempre te interesaron más los intereses de los demás que los tuyos’, y eso a mí me mató”.

Entonces, pareciera que la relación con los compañeros está siempre en continua tensión entre el desinterés y la apatía hacia quienes militan y un reconocimiento a las actividades que realizan. Y para los jóvenes militantes, aparece siempre la disyuntiva entre compartir espacios, grupos y amistades desde un lugar “apartidario” o desarrollar con plenitud sus identidades políticas, con el riesgo de distanciarse de algunos de sus compañeros o hasta de perder una elección. La misma relación de continua tensión se da con las autoridades y docentes del espacio escolar, en el que a veces reconocen un oponente que les pone trabas, pero además ven en ellos aliados necesarios para poder desarrollar sus actividades en los colegios.

Así, la escuela y las organizaciones políticas (Centros de Estudiantes, CUES, UES y diferentes agrupaciones político partidarias) aparecen en los relatos de estos jóvenes, junto con la familia, como las tres instituciones que parecieran marcar de algún u otro modo sus trayectorias militantes.

Proyectos de vida

Como planteamos en otros apartados, todos los jóvenes entrevistados tienen como horizonte de posibilidad continuar los estudios superiores en la Universidad Nacional de La Plata. Algunos, los que acaban de terminar la escuela, ya tienen la carrera decidida; y a los que todavía les falta, se preguntan qué carrera estudiar, pero seguro que es en la Universidad. Eso, como ya dijimos, aparece ligado a las trayectorias familiares, escolares, entre otros. Pero además tienen otras ideas para el futuro, piensan en clave de futuro, tienen

expectativas y proyectos. Todos quieren seguir militando. Además, Lucrecia quiere probarse en el equipo de handball del Club Estudiantes, Camila quiere viajar por todo el país, Tadeo quiere ser Presidente del Club Gimnasia y Esgrima de La Plata y Luciano quiere ser Intendente.

Muchos de estos proyectos aparecen ligados a sus prácticas políticas cotidianas, a sus ideales. Son jóvenes que se consideran muy atravesados por la coyuntura social y política de la ciudad en la que viven, y por eso también les preocupan las cuestiones que notan que no funcionan bien. Una de las principales problemáticas que reconocen - ligado a que son los espacios en los que desarrollan sus actividades - está vinculada a la educación, principalmente a la infraestructura de las escuelas y a la organización de las currículas. Así lo expresa Lucrecia: “Mi colegio tiene una currícula muy buena en materias, pero hay cosas que están desactualizadas o que habría que verlas de otra manera, por ejemplo, educación sexual. Ahora se implementó la Ley ESI y es como que nadie se anima a hablar mucho sobre el tema. En todas las materias tiene que haber un espacio para hablar de eso”. Martín dice que el principal problema es “la calidad educativa, la falta de posibilidades de acceso a la universidad y la educación pública de calidad”. Julia, por su parte, plantea que es necesario “estar a la defensa de una educación pública que se plantee un revisionismo histórico, que nos plantee a nosotros una reflexión y un pensamiento nacional y latinoamericanista. Queremos estudiantes que tengan una visión desde lo nacional, pibes que tengan inserción universitaria, pibes que tengan una salida más allá de terminar el secundario, que se los contenga y se los forme como sujetos políticos dentro de los secundarios y que nosotros demos esas batallas dentro de los colegios”.

Para Justina, en cambio, uno de los problemas que más afectan a los jóvenes es la falta de trabajo: “Yo hace poco estuve buscando un trabajo de medio tiempo que me permitiera estudiar porque en mi facultad se cursa generalmente de mañana, y no hay. Y te digo con CV de primaria y secundaria completa, aquel que no tiene la secundaria completa está muy complicado, tiene que trabajar como tengo amigas que están en un local de ropa 9 horas por día, y el futuro va a ser ese”.

Como dijimos, todos estos jóvenes son platenses, por lo que sienten una fuerte identificación con la ciudad y creen que tiene muchos problemas que pueden y

deben ser resueltos. El principal punto de referencia para pensar las problemáticas locales es la inundación del 2 de Abril de 2013. Así lo plantea Sara: “Me parece que hay un Municipio que se lava la cara con que la ciudad está mejor y que pone florcitas en las plazas cuando estamos por entrar en elecciones, porque después es corta la bocha: Bruera inundó La Plata, eso a mí me parece que es uno de los principales problemas de la ciudad; que sea una de las ciudades más importantes de la provincia de Buenos Aires y que tenga ese nivel de desidia no me parece”. Martín plantea que “la inundación que tuvimos el 2 de abril del año pasado demostró que si hay algo que no se viene haciendo es invertir en infraestructura”.

Soledad también critica a la gestión municipal actual en cuanto a la deficiente infraestructura de los barrios periféricos: “A nivel ciudad el problema es el Municipio, está muy aislado de los barrios. Es una ‘política pintura’ porque en el centro de La Plata ponen tachos y jueguitos pero después vas a los Altos de San Lorenzo y la gente no tiene luz ni agua. Así no se puede vivir porque parece que La Plata es 7 y 50 y ahí quedó”. Lucrecia dice que “desde la inundación ya pasaron casi dos años y nadie culpa a nadie, las familias de las víctimas... Hoy en día eso quedó bajo la tierra, nadie le da pelota”.

Tadeo considera que la inundación puso en la superficie cuestiones que vienen desarrollándose desde hace tiempo: “A causa de la tormenta, se mostraron todos los problemas de las calles, los barrios más precarios, y muchas cosas que se vinieron abajo cuando no era necesario, realmente no había que esperar eso, llegar a un punto máximo”.

Justina, igual que Soledad, cree que el problema más grave de la ciudad es su conformación: “La ciudad no puede funcionar en torno al sol, siendo el sol el casco urbano. Yo veo a los políticos que en su campaña tienen, por ejemplo el de Panella, el corazón con el centro de la ciudad de La Plata, el centro en general está bien, no tiene muchos problemas edilicios, tiene agua, tiene luz, y el barrio está todo embarrado, no le llega al agua ni la luz, no hay gas natural, a esos lugares hay que concentrarse, allí es donde hay mayor población. Ahí nos tenemos que empezar a concentrar, no podemos seguir pensando que ésta es la ciudad que planeó Dardo Rocha, ya no es más el Casco Urbano”.

Luciano afirma que “Este gobierno municipal ha cuidado las plazas donde va la clase media y ha descuidado la periferia donde el pueblo se sigue inundando cuando caen dos gotas, donde no le sacan la basura, las calles están rotas, las zanjas no están. La periferia de la ciudad es un desastre y Bruera es un tipo que ha elegido gobernar para la clase media, le venía saliendo bien hasta que la clase media se inundó, sino Bruera seguiría ganando y ganando porque esta ciudad con la clase media la ganás”.

Podemos ver que estos son jóvenes preocupados por la coyuntura y las problemáticas locales, y esto tiene relación con el hecho de que son jóvenes platenses que piensan su futuro emplazado en esta ciudad. Imaginan una ciudad diferente, donde poder concretar sus proyectos individuales y colectivos que, ligados a su militancia, aparecen como posibilidades de transformar las cosas que no les gustan de la ciudad en la que viven y quieren seguir viviendo.

Capítulo 5

En este capítulo profundizaremos las interpretaciones que comenzamos a articular en el apartado anterior, poniendo en juego los relatos de los jóvenes con marcos teóricos y analíticos más amplios, que nos permitan aproximarnos a algunas reflexiones sobre los sentidos que los jóvenes producen en torno a su participación política. Cabe remarcar, que estas interpretaciones no pretenden tener un carácter totalizador, sino que buscan generar un acercamiento a los modos en que viven, sienten y piensan su práctica política un grupo de jóvenes militantes secundarios en la ciudad de La Plata.

El apartado está estructurado de la siguiente manera: en un primer momento abordamos los procesos de producción de identificaciones, planteando que la *experiencia militante* funciona como eje articulador de otras identificaciones; en segundo lugar trabajamos la idea de la política como herramienta de transformación a partir de un recorrido por juventudes de otras épocas, con el objetivo de reconocer las continuidades en este modo de pensar la política. Más adelante, indagamos sobre los sentidos que construyen los jóvenes entrevistados sobre la noción de transformación en la actualidad, la cual aparece ligada a estructuras orgánicas político partidarias.

Así, en el siguiente apartado, buscamos identificar qué significa para ellos pertenecer a estas estructuras, relacionándolo con los procesos de conformación de grupalidades y redes. Luego, trabajamos con la idea de futuro, abordando la militancia como marco de certidumbre, en relación con el momento histórico, el sector social al que pertenecen estos jóvenes y la capacidad de proyectarse más allá – aunque desde – el presente. Desde allí pasamos a desarrollar la escuela como espacio de socialización de los jóvenes que, además, es el primer lugar donde tienen un acercamiento con la participación política, generalmente a través del centro de estudiantes.

Finalmente, abordamos las trayectorias familiares ligadas a la participación política, tratando de reconocer en qué medida éstas confluyen en las propias biografías de los jóvenes, donde se anudan los sentidos que éstos construyen sobre su militancia. Y un último apartado recupera las representaciones que tienen los jóvenes sobre la ciudad de La Plata, y cómo se vincula esto con el

anclaje local de sus participaciones y la proyección a futuro emplazada en territorio platense.

La experiencia militante como articuladora de la identidad

En este apartado pretendemos dar cuenta de los procesos identificatorios que constituyen las subjetividades de los militantes que entrevistamos. En ese sentido, no buscamos descubrir una identidad monolítica, estática y libre de contradicciones, sino que reconocemos la necesidad de mapear los elementos que se articulan en los relatos de los jóvenes. En este marco, podemos ver que se producen identificaciones que en algunas situaciones y espacios de la vida de estos jóvenes ocupan un lugar central, mientras que en otras pasan a lugares periféricos o subordinados, entendiendo que las identidades “son puntos de adhesión temporaria a las posiciones subjetivas que nos construyen las prácticas discursivas” (Hall, 1996:20), por lo cual están en continuo proceso de cambio y transformación.

Los jóvenes con los que trabajamos en esta investigación se autodefinen como militantes. Cuando en las entrevistas les pedíamos que se presentaran, todos empezaban diciendo el nombre y enseguida *soy militante de...* Así, aparece la militancia como un atributo identificatorio que funciona como eje articulador de otras identificaciones, permitiendo la producción de *efectos de frontera* (Hall, 2003:16) tanto con otros jóvenes no-militantes, como con los adultos y con los miembros de otras agrupaciones político partidarias, lo que iremos viendo progresivamente en el desarrollo de este apartado.

Asimismo, el elemento central en los procesos identificatorios está constituido por la noción de *ser militantes*, proceso que les permite a estos jóvenes construir un nosotros colectivo que, no obstante, es fruto de múltiples efectos de fronteras. En el caso de estos jóvenes, los otros son los no-militantes, los *apolíticos*, en donde entran algunos miembros de sus familias, docentes y autoridades de los colegios y sus propios compañeros. El posicionar a un otro excluido es un proceso fundamental para producir un límite que permita reconocer de manera clara qué está adentro y qué está afuera. Esto es porque las identidades, según Laclau (1997:140), no pueden definirse a través de su positividad, sino a partir de las relaciones que mantienen con otros elementos.

Consideramos relevante remarcar aquí que el establecimiento de una distinción entre un nosotros y ciertos actores y grupos percibidos como diferentes no se reduce a la idea de unos otros antagónicos. Justamente, en la variedad de modalidades que subyacen en las distinciones radica la complejidad de los procesos identificatorios que aquí analizamos.

En el caso de las fronteras que se establecen entre militantes de diferentes organizaciones político partidarias, si bien en las entrevistas aparece una confrontación, los jóvenes se reconocen todos como parte de un grupo específico de actores sociales: los que están comprometidos con el país y con el mundo y cuyo campo de injerencia es la política, principalmente en las escuelas. En este sentido, no se ven entre ellos como enemigos, sino que se reconocen en un espacio común como es la militancia, en donde destacan cuestiones como lo que cuenta Justina: “son muy difíciles las relaciones amorosas con alguien que no milita, uno siempre termina saliendo con militantes, ya sea de la misma agrupación o de otra”, porque lo importante es entender los “códigos de la militancia”.

La identificación militante/no-militante al interior de las aulas, por ejemplo, con sus compañeros, se da de una manera particular. Estos jóvenes, posicionan a sus compañeros no-militantes del otro lado de la frontera de sus identificaciones: son los que *les molesta* que hablen de política porque *no les interesa*, los que *no tienen ni idea*, los que *no pueden creer* y les parece *rarísimo* que los que sí militan se levanten *a las 8 de la mañana para ir al barrio*. Los militantes, en cambio, son los que *se levantan a las 6 de la mañana y hasta las 10 de la noche* no vuelven a sus casas, son los que no ven a sus parejas *durante dos meses* por militar. Esta referencia al esfuerzo es uno de los rasgos que los jóvenes ligan directamente con la militancia, como ya abordaremos más adelante.

Según el relato que construyen nuestros entrevistados, hay unos jóvenes que militan, que son *la vanguardia* y otros que no, que *no se interesan por nada*. Entre ellos, sin embargo, se dan relaciones que están en continua tensión y transformación. Esta identificación como militantes, legitima a los jóvenes en muchos espacios de sus vidas, principalmente dentro de sus organizaciones político partidarias o en el vínculo con sus compañeros de la UES/CUES. Sin embargo, en el espacio escolar, particularmente al interior del aula, sucede

prácticamente lo contrario: el ser militantes los deja muchas veces apartados del grupo de compañeros, se sienten la *oveja negra*, tratan de no discutir en clases *por miedo al rechazo* o al *maltrato* por parte de sus compañeros, se sienten diferentes a ellos.

Por otro lado, estos jóvenes no-militantes - que son contruidos como una otredad que permiten la conformación de un nosotros militante, comprometido - muchas veces, en la práctica cotidiana, aparecen como aliados estratégicos, necesarios, para los militantes, principalmente cuando se trata de períodos electorales. Asimismo, estos jóvenes son, en muchos casos, considerados potenciales militantes, que aparecen para los militantes como posibilidad de sumar compañeros a las filas de su agrupación y como necesidad para darle continuidad al espacio cuando ellos ya no estén en el colegio. Entonces, podemos observar un doble nivel de relación entre estos jóvenes: uno en el nivel de los procesos de producción de identificaciones en el que los no-militantes aparecen como antagonistas; y otro, en el nivel de la práctica política cotidiana al interior de las escuelas, en donde los no-militantes aparecen como aliados estratégicos y necesarios para darle legitimidad a la participación política de los militantes.

Una situación similar se produce en la relación con los adultos, donde los jóvenes establecen un vínculo con los adultos militantes diferente al que se pone en juego con los adultos no-militantes, ratificando esta idea de que el proceso identificatorio militante/no-militante funciona como eje articulador de las otras identificaciones. Así, los no-militantes aparecen como aquellos que *tienen resabios de los noventa*, y les dicen que ellos *van a terminar igual que todos los políticos*, que les *van a llenar la cabeza* y los *van a cooptar*, situando a los jóvenes en el lugar de la pasividad, de la inacción, de la imposibilidad de tomar decisiones.

Al interior de sus organizaciones político partidarias, los jóvenes valoran como un atributo positivo en sus referentes el hecho de que sean jóvenes como ellos, ya que existen más elementos y de mayor centralidad en la configuración de procesos identificatorios: son militantes, jóvenes y comparten el mismo espacio político. En este sentido, plantean que con los referentes adultos tienen algunas diferencias en el *modo de comprender la política*, aunque el compartir una identidad militante les permite generar legitimidad frente a los jóvenes.

Otra de las situaciones que refuerzan esta idea de que el eje articulador de sus identidades aparece ligado a la relación militante/no-militante, es que los jóvenes militantes articulan dentro de un mismo campo semántico una serie de significados que quedan anudados a la idea del no-militante: *no tienen idea, hay que explicarles, pueden ser cooptados, se los puede convencer con chupetines y caramelos*. Es decir, los jóvenes militantes en cierta medida reproducen aquello que los adultos no-militantes dicen sobre ellos (aunque no los señalen sólo como manipulables, sino también como interesados), mostrando que es el proceso de identificación militante/no militante el que articula el resto de los procesos identificatorios, como la relación joven/adulto y las fronteras con otras organizaciones político partidarias.

La política como herramienta de transformación

La experiencia militante, con la cual los jóvenes de esta investigación se identifican, aparece fuertemente ligada a la idea de transformación y cambio. Por eso, resulta interesante indagar e historizar esta idea de la política y la militancia vinculada al cambio, como un concepto “propio del lenguaje de formación política” (Molinari, 2012: 73). Para esto, es necesario indagar sobre los modos de pensar el cambio y la transformación en las juventudes de otros momentos históricos.

La juventud de los '60 y '70 en Argentina está profundamente ligada al cambio, a la búsqueda por transformar el orden social vigente, enmarcado en un proceso de continuas dictaduras instaladas a partir de golpes de Estado: “Como los canales tradicionales de hacer política eran intervenidos militarmente en forma reiterada, los jóvenes imaginaban otras formas de intervención en lo social; así fue como surgieron nuevos movimientos de acción política que cuestionaban las viejas formas de hacer política, en un país poco afecto a las reglas democráticas” (Wortman, 2005: 24).

A diferencia de los jóvenes de la década del '60 y '70, los jóvenes de nuestra investigación nacieron, se criaron y se socializaron en el proceso democrático más continuo de toda la historia de nuestro país, se sienten *privilegiados* frente a estos otros jóvenes a los que *nadie les dio la posibilidad de expresarse libremente*. En este sentido, encontramos en sus expresiones algunas

identificaciones con la generación de los '70, principalmente con aquellos protagonistas del trágico suceso conocido como la Noche de los Lápices, tomado como referencia de participación y organización, sin que surja el tema de la lucha armada²⁸. La identificación más fuerte con los jóvenes del 16 de Septiembre de 1976 aparece ligada a que “eran pibes que militaban y que tenían ideas parecidas a las nuestras, y que además tenían nuestra edad”, como plantea una de las entrevistadas.

Durante los años '90, a partir de la avanzada del neoliberalismo en todo el mundo y particularmente en nuestra región, los jóvenes – y la sociedad en sentido amplio – fueron atravesados por un profundo descreimiento hacia la política entendida como sistema de partidos y representaciones. Sin embargo, esto no implica decir que, para esta época, todas las vías estaban rotas o clausuradas. Siguiendo a Saintout (2006): “Tal vez en la negación estemos encontrando un ‘no’ profundamente político: un ‘no’ colectivo que a su vez habla de unas otras concepciones de lo político más allá de sus formas tradicionales. Que esté fundando nuevos modos y nuevas reglas de ingreso y participación en el espacio público” (Saintout, 2006: 174).

Vinculando estos dos momentos históricos con sus modos de comprender y pensar la transformación asociada a la política, dice Ana María Méndes Diz: “Encontramos a los jóvenes de los 60/70 protagonizando los movimientos contraculturales que cuestionaban las instituciones sociales vigentes. Eran los grupos sociales alternativos que ocupaban el mundo público integrados en movimientos sociales, en pos de una ruptura con los valores de los adultos. En los 89/90, en cambio los vemos replegados sobre sí mismos, orientando su rebeldía hacia la subjetividad. Es la generación que asistió al ocaso de las grandes utopías” (2001: 18).

Entonces, podemos ver una continuidad histórica en la idea de la política y la militancia ligada a la transformación y al cambio en distintos momentos de la historia. Aunque esta idea permanece como articuladora de la formación política de los militantes, es interesante indagar sobre el sentido que le dan hoy

²⁸ Cabe aclarar que tampoco fue el núcleo de nuestras entrevistas profundizar en torno a los sentidos que construyen los jóvenes hoy sobre las militancias de otros jóvenes en diferentes momentos históricos, pero nos resulta un dato destacable el hecho de que no aparezca ninguna referencia a la lucha armada cuando invocan a los militantes de la década del '70.

en día los jóvenes a la transformación, estableciendo relaciones con los modos de percibirla por los jóvenes de otras coyunturas socio-históricas.

Los jóvenes que aparecen en esta investigación entienden a la política como herramienta de transformación, como posibilidad de cambio. En eso, dicen, se diferencian de los adultos, que ven a la política – muchos – como una *quinta para hacer su rancho*. Y así también marcan la distinción con sus compañeros no-militantes, que ven la política como algo *alejado*, que *nunca los va a tocar*, ligada a la *corrupción*.

Pero, ¿qué significa la transformación para estos jóvenes hoy?

Si, como venimos diciendo, en los jóvenes de los '60 y '70 aparecía la idea del cambio ligada a la ruptura con las instituciones existentes – porque eran esas mismas instituciones las que los reprimían, los torturaban y los asesinaban – y a la creación de nuevos modos de pensar la participación, desde fuera de las estructuras partidarias tradicionales (Wortman, 2005: 24); en la actualidad, en cambio, los jóvenes piensan la transformación anclados en organizaciones político partidarias y a partir también de ellas. Como describe Balardini (2005), quieren crecer al interior de sus espacios políticos, ocupar lugares, disputar poder, *hacer crecer a sus organizaciones* e intervenir en los procesos electorarios democráticos, prestando especial atención al saldo organizativo (Balardini, 2005: 104)²⁹.

Estos jóvenes se consideran parte de una *generación que quiere hacer política*, y que entiende a las estructuras orgánicas de participación como el lugar a partir del cual es posible transformar los órdenes sociales vigentes en pos de *mejorar la calidad de vida de las mayorías*. En los relatos de estos jóvenes no aparece un cuestionamiento fuerte hacia los partidos políticos, o una resistencia a través de gestos culturales o estéticos (Saintout, 2013: 83), marcas características del neoliberalismo; sino que plantean su incorporación al campo de la disputa política, integrando las filas de las organizaciones político partidarias, interpelados, convocados, según cuentan, *a hacer la historia, a militar, a*

²⁹Este autor plantea que los jóvenes de la primera parte de la década del 2000, eran jóvenes que “no se preocupan por el «saldo organizativo» (la construcción del partido, por ejemplo), sino por el «saldo resolutivo», concreto. Buscan un saldo de resultados, se trate de acciones sociocomunitarias, de gestión cultural o de denuncia” (Balardini, 2005:104). Sin embargo, en los relatos de nuestros entrevistados, aparece una fuerte preocupación por el saldo organizativo: el fortalecimiento del partido, la formación de militantes, etc.

transformar el mundo. Además, militan en pos de fortalecer y darle continuidad a esas estructuras partidarias: la mayoría son referentes, tienen compañeros a cargo y responsabilidades en la organización.

Esto se da en un momento histórico en el que “la política toma un nuevo ímpetu como ámbito de disputa del poder en términos reales” (Molinari, 2012:54). Muchos de estos jóvenes empiezan su participación política en el centro de estudiantes, y luego de un tiempo consideran que *ya no alcanza*, que es necesario *ir más allá de lo estudiantil* para poder ser partícipes activos del cambio y entiende que encuentran la posibilidad de lograrlo dentro de la estructura de un partido político.

Es justamente por la diferencia en el contexto socio histórico, que estos jóvenes aparecen como unos jóvenes diferentes a aquellos “jóvenes de hoy” que describía Balardini (2005: 104), que participaban poco y con acciones puntuales, con reclamos y denuncias concretas relacionadas a su vida por cierta proximidad, y no canalizadas a través de organizaciones tradicionales. Nuestros entrevistados realizan acciones concretas, destinadas a cumplir con objetivos puntuales, como las demandas por mejoras en la infraestructura de las escuelas, pero lo hacen en el marco de proyectos políticos, colectivos más amplios, que los engloban en procesos integrales a largo plazo, de los cuales son actores y ejecutores.

Por otro lado, que hoy piensen la política como herramienta de transformación, implica un corrimiento con la mirada sobre la política tradicional que prevaleció en los '90. Si bien, como decíamos anteriormente, los jóvenes de esta época están cuestionando lo político, “no queremos dejar de lado que junto con ello, en el rechazo y el asco a lo que algunos llamarían la política tradicional, podemos leer la imposibilidad de inclusión dentro del sistema de partidos, que hasta el momento es el único espacio de disputa por el Estado” (Saintout, 2006: 175).

La política partidaria: un lugar para construir

Si venimos diciendo que los jóvenes de esta investigación entienden la política como herramienta de transformación y que, en este momento histórico, esa

transformación no se da por fuera de las estructuras político partidarias sino que se piensa al interior de ellas, lo que sigue es indagar en torno a qué implica ser parte de una organización política, qué cosas les permite y cuáles les limita; qué motiva a estos jóvenes a formar parte de estos espacios, cómo llegan ahí y qué prácticas desarrollan.

Además, siguiendo a Hall (2003), trabajamos con un concepto de identidad que no se construye en el aire, corriéndonos de una “noción no mediada y transparente del sujeto o de la identidad como autores centrados de la práctica social” (2003: 14). Entonces, si el proceso de identificación con el ser militante aparece ligado a la idea de la transformación, debemos indagar cuáles son las relaciones sociales, materiales que sustentan, le dan forma, condicionan y posibilitan los modos de pensar la participación política.

De esta manera, en este apartado nos concentraremos en los espacios de socialización y grupalidad que se generan al interior de las organizaciones políticas, abordando también la construcción de redes, tanto materiales como simbólicas, a las que acceden estos jóvenes cuando integran un espacio político partidario. No es que sean estas las únicas relaciones sociales en las que están inmersos nuestros entrevistados, pero será tema de otros apartados el abordaje de las trayectorias familiares, la pertenencia de clase y los vínculos que se dan en y con el espacio escolar.

Los compañeros, los grupos de amigos que conforman al interior de las organizaciones y con quienes comparten momentos más allá de las actividades del espacio político ocupan un rol sobresaliente en los relatos de estos jóvenes. La búsqueda por construir vínculos aparece como un elemento de peso muy fuerte no sólo a la hora de comenzar su tránsito por la militancia, sino también como una de las cuestiones que los jóvenes más valoran de sus espacios de participación.

La mayoría de nuestros entrevistados llega a las organizaciones político partidarias transitando un recorrido procesual: comienzan su participación en las escuelas, a través de los centros de estudiantes, luego se vinculan con *organizaciones de segundo grado* (Scarfó y Enrique, 2009: 10), como la CUES y la UES, y a partir de allí llegan a los partidos. Es una recurrencia en todos los

casos el hecho de que comienzan a participar de estos espacios de manera colectiva, con amigos o compañeros.

Esta situación nos lleva a pensar que desde que empiezan a participar, van construyendo vínculos y relaciones particulares con algunos militantes – generalmente más grandes – que luego terminan convocándolos a la militancia partidaria dentro de las organizaciones. Por ejemplo, Luciano, uno de nuestros entrevistados, cuenta que luego de haber ido a algunas reuniones de La Cándora, invitado por un amigo que hacía tiempo militaba ahí, se fue de vacaciones con su familia a Uruguay, donde se encontró con 10 militantes de la agrupación que estaban pasando sus vacaciones allí: “salía todas las noches con ellos, ahí terminé de sellar mi estadía en la organización”. El caso de Sara también sirve para ejemplificar lo que estamos diciendo: ella comenzó a ir junto con una amiga a las comisiones de género del club Max Nordau, donde discutían el rol de la mujer en la sociedad actual. Fue en ese espacio donde conoció a varias militantes de Pan y Rosas, la agrupación feminista del PTS: posteriormente se integraría en dicho al partido.

Una vez que ingresan a una práctica política partidaria, esta dinámica produce, según cuentan los jóvenes, una reconfiguración de los vínculos y redes sociales a los que pertenecen (Vázquez, 2009: s/n). En sus relatos aparecen cuestiones del tipo: *casi no veo a mi familia, no les dedico tanto tiempo como antes o con mis amigos me distancié casi sin querer, porque no estoy todo el día disponible para jugar a la play*. Ellos plantean que a medida que se fueron involucrando más en la militancia *cambiaron las prioridades* y ya no disponían de tanto tiempo para juntarse con sus amigos no-militantes, o para realizar las actividades que hacían antes de empezar a militar.

Esta reconfiguración producto de su inscripción militante les permite a los jóvenes la creación de nuevas relaciones sociales. Melina Vázquez (2009), en su trabajo sobre los Movimientos de Trabajadores Desocupados explica que a partir de su inscripción dentro del MTD, los jóvenes “encuentran múltiples instancias de socialización de experiencias, a partir de las cuales se crean nuevas relaciones o redes militantes” (2009: s/n). Esta situación pudimos observarla en los relatos de los jóvenes entrevistados, hasta en el modo en el que eligen a sus amigos y a sus parejas. De quienes eran sus amigos antes – en algunos casos continúan siéndolo, aunque de manera lejana –, dicen que tienen *muchas*

diferencias, que no los entienden o que, muchas veces, los gastan con frases como camporil o zurda.

Una vez que ingresan a las organizaciones político partidarias, y que comienzan a pasar mucho tiempo de sus días en esos espacios, establecen allí las relaciones más significativas, en algún punto porque son lugares donde se sienten cómodos, donde *nadie te va a mirar mal por lo que pienses o digas*, según relatan: *mis verdaderos amigos son los del partido, es re difícil hacerte amigo de alguien que piensa muy diferente a vos*. Esta cuestión opera también cuando de relaciones amorosas se trata, como ya abordamos en un apartado anterior.

Los jóvenes militantes consideran que es muy valioso hacerse amigos en los espacios políticos en los que se desenvuelven, porque *militar con amigos es lo más grande que hay*. Además, cuentan que cuando tienen algún rato libre, se van al espacio de la organización, *a tomar mates y pasar el rato, con el que esté*. A veces, es en estos espacios donde aparece la posibilidad de construir relaciones amorosas, como el caso de una de las entrevistadas, que conoció a su novio en un espacio de militancia. En algunas ocasiones, la propia organización define sus preceptos básicos a partir de las relaciones que se generan a su interior, como el caso del Peronismo Militante: *nos definimos como una generación de amigos unidos por el culto al amor a la patria*.

Este estar juntos, compartir tiempo y experiencias de vida, sentirse cómodos sabiendo que están entre compañeros, aprender entre todos, hacerse y crecer con los otros, les permite a estos jóvenes generar identificaciones y sentidos de pertenencia³⁰. Pero además, en esa pertenencia a estructuras políticas de organización se les habilitan unas redes específicas, de las cuales se sienten parte y en las que se reconocen poseedores de unos capitales políticos – materiales y simbólicos – que los sitúan en una posición diferencial respecto de otros actores sociales.

En este sentido, todos ellos afirman tener relaciones cercanas con los dirigentes de sus espacios políticos, a quienes pueden *levantar el teléfono* y llamarlos si tienen algún inconveniente. Además, estos jóvenes reconocen tener una vía de

³⁰Esto no significa desconsiderar las disputas y conflictos que se suceden entre esos mismos compañeros al interior de los grupos. Más aun, los mismos se procesan en el marco de determinados códigos y valores que sitúan dichos enfrentamientos como propios de discusiones entre militantes.

acceso a las instituciones del Estado a través de estos referentes, ya que la mayoría de ellos ocupa lugares legislativos o ejecutivos estratégicos, por lo cual pueden acceder a recursos específicos: “lo que nosotros tenemos acceso es a Diputados, a compañeros que nos puedan presentar un proyecto de Ley, que puedan presentar un recurso para pintar un colegio, tener acceso a un Estado que está a nuestra disposición”, plantea Julia.

Justina también afirma en su caso la existencia de estas redes, y cree que es fundamental generar un espacio que nucleee a los estudiantes *independientes* que no tienen acceso a estos capitales: “uno tiene un quilombo y agarrás y llamás a un Diputado o a un Concejal, vas a encontrar la manera de resolverlo, el independiente no tiene a quién llamar”.

Por otro lado, el hecho de ser parte de estas redes – y no son simplemente parte, son referentes de los espacios de secundarios –, les implica a los jóvenes tomar una serie de responsabilidades dentro de la organización, *ponerse al hombro* diferentes actividades, poner el cuerpo: movilizaciones, discusiones, jornadas de embellecimiento de escuelas, espacios de formación y otros repertorios que llevan adelante las organizaciones.

Como ellos mismos lo cuentan, viven estas responsabilidades con alegría, militan *porque quieren*, porque es lo que los *hace felices*. Aún así, dicen que la militancia implica mucho *esfuerzo, cansancio, desgaste físico* – al punto de enfermarse, como Julia – y muchas emociones, principalmente en momentos críticos como son los períodos eleccionarios y las movilizaciones masivas que requieren grandes responsabilidades. Porque no buscan ahí una alegría hedonista, del goce por el goce mismo, sino que encuentran en el esfuerzo y el desgaste algo de eso que Pedro llama la “alegría militante”, donde aparece la fuerte convicción de que lo que se está haciendo vale la pena³¹.

En sus relatos resaltan como un valor positivo la cantidad de esfuerzo que le dedican a la militancia. Aparecen cuestiones como: “me levanto todos los días a las 6 de la mañana y vuelvo a las 12 de la noche a mi casa, en un momento me enfermaba cinco veces por semana”, como plantea Julia. “Yo estuve dos meses

³¹No queremos hacer nuestra la visión altruista que muchas veces atraviesa la mirada que los jóvenes tienen respecto de sus propios esfuerzos. En ese sentido, consideramos que sería necesario profundizar la reflexión en torno a cómo dichos sentidos no sólo legitiman sus prácticas, sino que también ocupan un lugar fundamental en los modos de construcción de estatutos.

sin ver a mi novio durante las elecciones”, como cuenta Justina. “La militancia es sangre, sudor y lágrimas”, como afirma Leila. Sin embargo, todos lo siguen eligiendo y plantean a la militancia también como parte de su futuro, como algo seguro: no se proyectan formando una familia, una idea laboral, pero hay algo que hoy sí saben: quieren seguir militando *hasta que tengan 70 años*.

Si bien esta idea de futuro ligada a la pertenencia de clase –en términos de los capitales culturales y los imaginarios que los nutren- la abordaremos en el próximo apartado, es interesante el planteo de Ana Wortman, cuando dice que “el *ethos* de clase media es la cuestión del trabajo con esfuerzo” (Wortman, 2007: 168). Esta autora plantea que uno de los valores y creencias más arraigados en los sectores medios de nuestro país es el que asocia la cultura del trabajo a la posibilidad de movilidad social ascendente, utilizándolo también para delimitar las fronteras con otros sectores³².

Aunque estos jóvenes no asocian en sus relatos de manera directa la militancia y el trabajo, pareciera que en esta cantidad de esfuerzo y energías que dedican a la militancia, ponen en juego lo que Melina Vázquez llama *una moratoria en otro sentido* (2009; s/n), es decir, tienen un tiempo de retraso frente a las responsabilidades del mundo adulto, pero no son los *jóvenes del éxito* (Saintout, 2006: 57), los jóvenes consumidores, del puro presente; sino que es la militancia uno de los ejes vertebradores de su moratoria; es decir, con ese crédito vital y social, los jóvenes de esta investigación hacen algo en particular: participan políticamente.

Nos interesa señalar que entre estas relaciones sociales y grupalidades y las identificaciones y sus atributos que señalamos más arriba no se establece un vínculo de determinación simple, es decir, que ni ciertas grupalidades *generan* determinadas identificaciones, ni éstas desembocan *necesariamente* en unas relaciones sociales particulares. Por el contrario, el vínculo que se establece es el de una posibilidad, el ámbito de la agencia donde se juega la reflexividad de los sujetos enmarcada en ciertos vínculos sociales situados históricamente. En ese sentido, entendemos que en la complicidad que genera el tiempo compartido

³²Con esto no queremos decir que Wortman tenga una mirada cargada de preconceptos morales hacia los sectores populares, sino que para ella la relación que los sujetos integrantes de dicho sector sostiene con el mundo laboral, están mediados por otros valores: “A estos sectores sociales [los sectores medios] les cuesta reconocer que quienes están más abajo también trabajan y lo hacen con esfuerzo” (Wortman, 2007: 167).

exclusivamente entre pares se promueve la diferenciación y la aceptación de una distinción profunda con respecto a otros jóvenes. Que las largas jornadas de esfuerzo que implica la militancia están imbricadas, entre otros elementos, con la idea de la transformación radical de la sociedad como modo de entender la política. Que los vínculos que sus referentes políticos habilitan y con los cuales estos jóvenes negocian, dan lugar a la singular valoración que ellos mismos otorgan a los espacios político partidarios tradicionales y a la organización dentro de proyectos orgánicos.

La militancia como marco de certidumbre

Luego de haber analizado los procesos identificatorios que constituyen las subjetividades de los jóvenes entrevistados, consideramos importante incorporar la dimensión de la temporalidad³³ como categoría de análisis, entendiendo junto a Díaz Larrañaga (2010: 79) que “se puede pensar la temporalidad como constitutiva de la identidad”. El eje temporales una de las características constitutivas de las identidades porque “al atravesar la totalidad de la construcción subjetiva, define y condiciona la calidad de esta construcción” (Pirrone, 2010: 176).

Si el sujeto se construye en una relación histórica, el tiempo como categoría de análisis es fundamental para comprenderlo, al formar parte y, a la vez, ser “uno de los ejes que organiza las prácticas cotidianas³⁴ de los hombres” (Larrañaga, 2010: 79). Entonces, la temporalidad como constructo cultural no sólo nos sirve como ordenador de las prácticas sino también nos permite la percepción, construcción y experimentación de la vida cotidiana. En otras palabras, y retomando nuestro referente empírico, cada uno de los jóvenes militantes que

³³Partimos de la idea de que el tiempo es una categoría variable históricamente y construida desde la cultura, más que un dato cronológico es un dato social: “Pensar el tiempo y la temporalidad social es pensar en las relaciones históricas, hegemónicas y de poder, ancladas en las prácticas de socialización que marcan nuestros modos de actuar, percibir, recordar u olvidar, pensar, ser sujetos sociales” (Larrañaga, 2006:8).

³⁴Según Díaz Larrañaga, al hacer sus planteos respecto a la lógica específica de las prácticas, Bourdieu (1991) incorpora la temporalidad a su reflexión, por lo que “las prácticas tendrían varios tipos de articulaciones temporales: se inscriben en cierta historia social, configurando una proyección a futuro; estructuran modos de entender la misma temporalidad y, simultáneamente, revisten un cierto tiempo –que incluye, de manera superpuesta, idearios sobre el pasado, el presente y el futuro- que es internalizado” (Larrañaga, 2010: 74).

entrevistamos son portadores de una experiencia que los hace ser ellos y por la cual hablan, pero a su vez, son hablados por una época.

A la hora de caracterizar las sociedades contemporáneas, Ulrich Beck (1998) planteaba la idea de *sociedad del riesgo* caracterizada por este intelectual como productora y repartidora de peligro, donde reinaba el *puro presente*, y la sensación de ser testigos de un cambio social. En ese contexto, los jóvenes³⁵, según Beck, debían hacer frente a estos nuevos dilemas que planteaba la *segunda modernidad*, o en términos de Zygmunt Bauman (2002), la *modernidad líquida*.

De esta manera, siguiendo la propuesta de Beck (1998), las marcas epocales de aquél tiempo en el cruce de los siglos que signaron a la sociedad en su conjunto fueron el riesgo y la vulnerabilidad –si pensamos junto a Svampa (2005) en el avance de la *sociedad excluyente* o en las *vías muertas* que proponía Auyero (1993). Específicamente, en torno a los jóvenes, la fragmentación y la descomposición del tejido social que seña la época se evidenciará en su inscripción en múltiples y variadas organizaciones, que “ya no son movimientos de masas generadoras de identidades colectivas, sino grupos de pertenencia y contención identitaria que intervienen en forma parcial en la vida social y ya no sienten [estos jóvenes] que el futuro les pertenece, por el contrario deben construir y sostener su presente” (Molinari, 2006:70).

En esas condiciones históricas, sociales y culturales, donde urgía sostener el presente asumido a partir de los riesgos y el miedo, la acción colectiva, la construcción política, osciló entre la respuesta a la *urgencia* derivada del agravamiento de las condiciones de existencia y la posibilidad de construir un *proyecto* colectivo estable, organizado y perdurable (Merklen, 2005).

Durante el trabajo de campo realizado pudimos observar que estos jóvenes militantes constantemente se enuncian perteneciendo a un *proyecto político* que los moviliza, que los hace poner el cuerpo, esforzarse y comprometerse. El principal atributo con el que identifican a dicho *proyecto* siempre está asociado

³⁵Pero cabe distinguir que el tiempo de incertidumbres impacta diferencialmente en las clases sociales: para los sectores medios-altos fue libertad de poder elegir y redireccionar su vida tantas veces como quisieran, para sectores medios-bajos fue entregarse a la deriva y esperar que surja alguna oportunidad, pero para sectores bajos es una incertidumbre sobre la vida y la supervivencia, en contextos de extrema precariedad y exclusión (Saintout, 2006).

a *lo colectivo*, como algo compartido y vivido en conjunto con los otros militantes que forman parte de sus estructuras político-partidarias.

Sobre este punto, Bolis (2014) propone pensar el proyecto no como un resultado de cierta previsión del mañana, “sino como condición de las certezas mismas”, afirmando que “en la capacidad de articulación a proyectos colectivos se basa la estabilidad del presente. Para un actor político, tener proyecto es tener una dirección y tener un terreno firme desde el cual avanzar” (Bolis, 2014: 75).

Entonces, siguiendo la propuesta de Bolis (2014), la posibilidad que tienen los jóvenes de nuestra investigación de pensar en términos de proyectos –y no de cualquier tipo de proyectos, sino en proyectos políticos y colectivos - desafiaría o pondría en tensión aquella marca epocal del presente como riesgo y precariedad que sugería Beck (1998). Siguiendo la línea de Beck, Lechner planteaba que en las temporalidades de la crisis, pretender que se pueda “promover un proyecto social a largo plazo suena más a utopía que a realidad” (Lechner en Pirrone 2010: 178). Y Martín Barbero, al analizar *metáforas de la experiencia social* en el marco de *La cultura en las crisis latinoamericanas* decía: “se nos hace imposible construir proyectos, ‘hay proyecciones pero no proyectos’, pues algunos individuos se proyectan pero las colectividades no tienen donde asir los proyectos. Y sin un mínimo horizonte de futuro no hay posibilidad de pensar cambios” (Martín Barbero, 2004: 296).

Pero estos jóvenes que entrevistamos enmarcan su participación política en un colectivo y uno de los sentidos que construyen en relación a esa práctica es la idea de transformación de la realidad desde las vías tradicionales de la política. En todos ellos está presente la percepción de que la organización y la movilización en el marco de estructuras partidarias es el modo legítimo de disputar los recursos del Estado. Entonces, el lugar que le otorgan a los proyectos políticos y colectivos es central en tanto se constituye como una plataforma de acción dentro de un contexto en el que los recursos del Estado se siguen disputando a través de estructuras políticas tradicionales, las únicas que, según sus visiones, permiten implementar un orden social distinto.

En sus relatos lo que gravita con fuerza es la idea de intervención en la realidad pensada como un proyecto colectivo para modificar las estructuras sociales. De alguna manera, el poder pensar así está habilitado por un tiempo histórico en

donde “el Estado es visto como una herramienta de transformación y un escenario de disputas políticas” (Vázquez y Vommaro, 2012: 170). En este sentido, desde el discurso del kirchnerismo³⁶ -que, y no es menor, es un discurso que se propone desde la plataforma estatal- se han realizado operatorias tendientes a re-prestigiar la política y la militancia, señalando que la transformación es posible en y desde el Estado (Bolis 2014, Natalucci y Pérez 2012, Saintout 2014).

Sobre estos discursos hegemónicos actuales donde hay una invocación directa a la juventud como actor político, Melina Vázquez (2013) considera que la juventud se construyó como *causa pública* y fue legitimada desde la dirigencia política adulta: “la consagración de la juventud como valor o capital político tiene menos que ver con la propia intervención de la juventud en el campo político que con la consagración de los adultos de la condición juvenil. En otras palabras, lejos de ser resultado de disputas generacionales por el ingreso y la participación en un mismo campo, es reivindicada por dirigentes adultos” (Vázquez, 2013:5).

No obstante, en nuestros entrevistados pudimos ver operaciones en sentido opuesto cada vez que los militantes demandaron *dar lugar a los jóvenes, renovar la política*, o alejarse de las *viejas estructuras*, confrontando así con las estructuras partidarias tradicionales -como el Partido Justicialista o la Unión Cívica Radical- que para ellos representan la *vieja política* del mundo adulto. Algo similar plantean a la hora de establecer vínculos con sus referentes políticos, a quienes valoran positivamente en tanto que sean jóvenes como ellos.

Desde la visión de Vázquez y Vommaro (2012) esto último es un rasgo de la política argentina contemporánea donde “ser joven se convierte en un valor positivo que incluso puede llegar a desplazar a la experiencia o a la trayectoria como capital político. Es importante ‘parecer’ joven o ‘aparecer’ como joven, y no sólo ‘ser’ joven, puesto que los atributos juveniles aparecen como valores que facilitan la apertura de espacios políticos antes reservados a los adultos” (Vázquez y Vommaro, 2012: 173).

³⁶Utilizamos esta expresión para hacer referencia a los gobiernos de Néstor Kirchner (2003-2007) y Cristina Fernández de Kirchner (2007-2011, 2011-)

Pero más allá de las características del contexto socio histórico en el que viven los jóvenes entrevistados, y de los discursos hegemónicos que promueven o no procesos de identificación, reconocimiento o adhesión a la práctica militante, nos preguntamos qué realidades concretas, materiales, habilitan a nuestros entrevistados a proyectarse hacia el futuro y a inscribirse en proyectos políticos y colectivos.

Entendemos que es desde el tiempo presente desde donde se articula y se proyecta el futuro, ya que no podemos pensarlo desligado de las temporalidades. En efecto, consideramos que “el porvenir se construye con la síntesis de lo que fuimos y las posibilidades y limitaciones con las que somos. El futuro no es un espacio aislado del devenir histórico al que se asalta de un día a otro sino que implica una continuidad con lo dado del pasado y las condiciones del presente” (Angelini y Zangara, 2009:125).

Los jóvenes que hemos propuesto para nuestra investigación son sujetos que se animan (aun en el marco de ciertas incertidumbres) a hablar del futuro, de un futuro que los moviliza, al que se asoman en el marco de relaciones sociales que experimentan como redes de contención tanto a nivel material como simbólico. A la hora de pensar sus futuros, los jóvenes proyectan en primer lugar seguir militando y en segundo lugar, continuar con sus estudios superiores en la Universidad Nacional de La Plata. Respecto a otras estructuras clásicas tales como trabajar o formar una familia no hacen ninguna mención.

La idea de continuar una carrera universitaria puede ser leída como un mandato familiar si tenemos en cuenta que todos los informantes son hijos/as de padres profesionales. De esta manera vemos que estos jóvenes de sectores medios ven la universidad como una “institución propia, la perciben como un espacio propio, como destino inevitable para muchos pero no por esa razón negativo” (Saintout, 2006:152).

Es interesante ver cómo la Universidad pública aparece como un espacio valorado positivamente por estos estudiantes secundarios, aún cuando algunos de ellos han transitado por colegios privados. En este sentido, la legitimidad que le otorgan a la Universidad Nacional de La Plata en particular contrasta mucho con la visión que todos ellos comparten respecto a la educación pública del nivel secundario, cargada de connotaciones negativas respecto a cuestiones que hacen

a la currícula y al proceso de enseñanza/aprendizaje, como las relacionadas con factores materiales tales como la infraestructura edilicia.

Al respecto, la Tesis de Grado de Benjamín Rocca, titulada *El imaginario social de la clase media platense sobre la educación y el trabajo en el contexto contemporáneo*, al analizar las representaciones preponderantes con respecto al nivel secundario público dice: “el principal factor que influye al considerar la educación en ese nivel es la percepción acerca del deterioro generalizado que han atravesado los colegios públicos, en calidad de enseñanza y sobre todo estructuralmente dejaron de ser el orgullo que alguna vez fueron dentro de la educación argentina y particularmente para los sectores medios” (Rocca, 2014: 132).

Pero al margen de esta generalización que nos sirve para pensar en cierto imaginario de los sectores medios platenses, hay que aclarar que aquellos entrevistados que tienen una trayectoria formativa inscripta en colegios nacionales de la UNLP se sienten *agradecidos* del nivel educativo que consideran haber tenido allí. Dicho en otros términos, plantean haber accedido a unos capitales culturales que los posicionarían en un lugar de ventaja respecto a los otros estudiantes de las escuelas públicas de la provincia de Buenos Aires. Para ejemplificar esto, los propios actores reconocen que tanto en *el Liceo*, como en *El Nacional* o *el Bellas Artes* se dan *verdaderas discusiones políticas*, además de *prepararlos mejor* para la vida universitaria.

Esta representación que tienen los jóvenes de nuestra investigación que estudian en los colegios de la universidad también es compartida por los estudiantes secundarios de las otras escuelas, tanto privadas como públicas, al plantear que a la hora de convocar a una marcha o realizar una actividad siempre es importante contar con la presencia o el apoyo de dichos colegios ya que hacen más legítimos sus reclamos. De esta manera, podemos ver en los jóvenes cierto imaginario que otorga un halo de prestigio y status a los colegios dependientes de la UNLP.

Como planteamos anteriormente estos jóvenes se proyectan en un futuro cercano continuando con su trayectoria formativa dentro de la Universidad, espacio al que conciben como habilitante de sus identidades político-partidarias a diferencia de lo que sucede en las escuelas, como veremos más adelante. De

este modo, según los relatos de los entrevistados, la experiencia universitaria es proyectada de modo indisociable con su participación política, es decir, continuar su militancia, convertirse en militantes universitarios, es una meta importante que viven con expectativa. Muchos de ellos comentan que ya han tenido una participación política dentro del ámbito universitario, puntualmente durante las elecciones estudiantiles, pero siempre resaltan que lo hicieron en calidad de secundarios, diferenciándose de sus compañeros del frente universitario de cada una de las organizaciones.

La posibilidad concreta de que la Universidad se configure para estos jóvenes como un horizonte común también tiene relación con la categoría de moratoria social, su pertenencia a los sectores medios y la integración en otros clivajes estructurales como el género y las relaciones familiares³⁷. El seguir una carrera universitaria no sólo plantea una continuidad con la trayectoria de sus familias, en tanto que se proyectan a futuro como profesionales al igual que sus padres, sino que también da cuenta de unos recursos materiales y simbólicos que los habilitan a retrasar sus ingresos al mundo del trabajo para poder concretar su formación universitaria.

En ese tiempo en posesión referido al crédito vital (Margulis, 2000), estos jóvenes tienen la posibilidad de ampliar sus horizontes, hacerlos más elásticos a sus proyecciones. Y en ese contexto, creemos que su participación política, su militancia, se presenta como un marco de certidumbre que los habilita a creer en y a hacer propios proyectos políticos y colectivos y a elaborar planes en tiempo futuro.

Durante el proceso reflexivo de esta investigación nos resultó interesante construir la noción de marco de certidumbre para pensar la participación política de los jóvenes entrevistados. Con ella hacemos referencia a un conjunto de ideas, valores y percepciones que sirven a estos jóvenes para pensarse en el futuro y para imaginar lo que el futuro les deparará. De este modo, cuando decimos marco de certidumbre no hacemos referencia a algo positivo en sí, en términos de deseos o sueños, ni tampoco significa que esto vaya a ser

³⁷En las elecciones que las jóvenes entrevistadas realizan para sus carreras profesionales (desde ingenieras hasta maestras) observamos la tensión que se da cuando la universidad es vivida como posible espacio de construcción de empoderamiento y al mismo tiempo de rearticulación de trayectorias de subordinación, en virtud de las lógicas del patriarcado que se reciclan en procesos que en primer instancia aparecen como transformadores.

efectivamente así, teniendo en cuenta que dicha noción sólo puede ser pensada a partir de las condiciones socio-históricas del presente.

Hablar de la militancia como un marco de certidumbre implica reducir las cuotas de azar, de contingencia, y aumentar la capacidad de intervención en la construcción del porvenir en virtud de unos procesos identificatorios que los anclan fuertemente en un sentido del presente histórico y los habilita a sentirse protagonistas de una época. Entonces, el marco de certidumbre que constituye la militancia de estos jóvenes traza un itinerario a futuro en donde se restituye la esperanza en los proyectos políticos y la percepción de que el cambio es posible.

Con esto último no queremos decir que la militancia como marco de certidumbre se presente como un “modo exitoso” de transitar por la vida, o que las certezas de los jóvenes reflen el imaginario moderno de la fe en el progreso. Frente al futuro como “metáfora incierta y perturbadora” que plantean Margulis y Urresti (2005: 8), la participación política aparece como el lugar a partir del cual proyectarse a futuro. Es decir, estos jóvenes no proyectan formar una familia o trabajar, de lo único que están seguros es que quieren seguir militando.

Pero esas seguridades que genera en los jóvenes la práctica militante también inciden en los modos de pensar su propia existencia en el presente, su lugar en el mundo: militando, dentro de estructuras político-partidarias, o en otras palabras, a través de unas prácticas y espacios concretos. Aquí consideramos que el sostén mutuo, el estar juntos, compartir, hacerse y crecer con los otros que expusimos antes, es una clave de continuidad que brinda certezas. Sin embargo, no hay que perder de vista que ese marco de certidumbre también se asienta en los sentidos compartidos sobre el lugar de la política en la biografía de estos actores, en su presente y en su proyección a futuro.

De esta manera podríamos arriesgar la idea de que la militancia como marco de certidumbre se construye en una relación dialéctica: entre una participación política en el presente que abre caminos transitables, a través de proyectos que otorgan certezas sobre los movimientos y la situación del colectivo en el futuro; y unos proyectos políticos que refuerzan los lazos hacia el interior de las organizaciones generando expectativas y ganas de hacer, de transformar, de seguir militando.

Si como planteamos en apartados anteriores la militancia de estos jóvenes podría considerarse como una *moratoria en otro sentido* (Vázquez, 2009), es durante ese tiempo de retraso frente a las responsabilidades del mundo adulto en donde los jóvenes a través de su participación política van adquiriendo una serie de capitales políticos, culturales y simbólicos al mismo tiempo que disponen de un campo de experiencias válidas mediante los repertorios de acción que despliegan en su vida diaria.

El conjunto de esos capitales y experiencias les permitiría a estos jóvenes enfrentar su presente con ciertas competencias cualitativamente diferentes a las de otros jóvenes, cuyos recursos a la hora de ordenar sus trayectorias biográficas y la vida social tienen otras lógicas. En relación a esto, son los propios jóvenes quienes consideran que su participación política configura una forma de vida *diferente*, y esta diferencia se basa en una distribución particular del tiempo dedicado al estudio y a otras actividades que consideran como juveniles. Esto implica un reconocimiento diferenciado, la percepción de que su juventud, la juventud que viven estos jóvenes, no es la juventud configurada por las narrativas mediáticas y los discursos adultocéntricos.

Por lo tanto, al percibir su experiencia de la juventud como diferente frente a la de otros pares, jóvenes pero no militantes, generan procesos de identificación diferentes. Es decir, aunque entienden que son jóvenes, son jóvenes militantes, y esto los pone en un lugar que les permite percibirse como los diferentes – distinción que se acentúa en los espacios escolares- porque sus vidas están atravesadas por unas prácticas particulares que estructuran sus usos del tiempo de maneras diferentes. De esta manera, la participación política es presentada por los jóvenes como ordenadora de sus rutinas diarias, y en gran medida esto sirve para entender esos *cambios en las prioridades* a los que aluden, esa reestructuración de la vida cotidiana en la que la escuela pasa a un segundo plano.

La escuela

En este apartado proponemos desandar, en algún punto, el camino que fueron haciendo nuestros entrevistados en relación con la escuela y su participación política, para poder comprender de manera más profunda cómo se llega a esta

situación en que la escuela pasa a segundo plano, tomando la militancia el lugar prioritario que antes tenía el espacio escolar.

Para eso, vamos a indagar en el tipo de relaciones que se generan al interior de las instituciones educativas, tanto entre los alumnos como con los adultos/autoridades, para ver qué lugar ocupan allí las prácticas políticas de estos jóvenes, cómo son valoradas por el resto de los actores y cuáles son los cambios que se producen a partir de que los jóvenes adscriben a una identidad político partidaria. Además, planteamos analizar cuáles son los espacios de participación que la escuela habilita al interior de la institución, qué reglas tienen y qué hacen los jóvenes con eso.

Para la mayoría de estos jóvenes, el espacio escolar es el lugar donde se produce el primer encuentro con la participación política y se da generalmente través del centro de estudiantes³⁸, cuerpo de delegados u otras entidades de representación estudiantil que funcionan en las escuelas. Es allí donde se hacen amigos, forman grupos y comienzan a conocer diferentes espacios en los cuales pueden llevar adelante su participación.

En sus relatos, cuentan que al principio su participación era *bien gremial*, que se tomaban su involucramiento en el centro de estudiantes como un *pasatiempo* y que llegaron a ese espacio por diferentes caminos: algunos quedaron como delegados de su curso, lo que implicaba reuniones periódicas con representantes del centro; otros fueron convocados por amigos más grandes que ya participaban políticamente y otros, a partir de situaciones específicas, decidieron conformar agrupaciones para disputar la conducción del centro de estudiantes.

Entonces la escuela, a partir de sus órganos de representación estudiantil, funciona como interpeladora de los intereses político-sociales de estos jóvenes en una primera etapa de su participación. Siguiendo a Pedro Núñez (2013: 120), podemos decir que el centro de estudiantes es el espacio institucionalizado de participación en la escuela, demarcando los reclamos que son legítimos y aquellos que no lo son: “es la forma en la cual los estudiantes ‘deben’ participar” (Núñez, 2013: 120).

³⁸Cuando decimos Centro de Estudiantes hacemos referencia no sólo a la conducción de ese espacio de representación, sino también las agrupaciones opositoras que disputan la conducción del Centro.

Esta situación aparece en los relatos de los jóvenes, donde todos están insertos en la disputa por la conducción del centro de estudiantes, y exceptuando a Luciano³⁹, ninguno problematiza en sus discursos el lugar central que ocupa este espacio en las dinámicas escolares, como parte central de la *gramática escolar* (Tyack y Cuban, 1995 en Núñez, 2013: 120)⁴⁰. Es decir, en los jóvenes de esta investigación no aparece la búsqueda por generar formas nuevas de representación estudiantil, dinámicas diferentes, por fuera de las lógicas del centro de estudiantes, sino que todo lo que se lleva adelante en el ámbito escolar se piensa desde esos marcos normativos específicos.

Si bien las disputas al interior de las escuelas se dirime en obtener la conducción del centro de estudiantes, no creemos que eso implique necesariamente que ese espacio sea sólo “una respuesta a la moda más extendida, al cumplimiento de las normativas provinciales o a la pretensión de los adultos de impulsar formas de participación que por conocidas son también más previsibles” (Núñez, 2013: 125). Los jóvenes de nuestra investigación consideran que el espacio del centro de estudiantes es un lugar *valioso*, que les permite, desde ahí, *luchar por una escuela mejor*. Además, reconocen en ese espacio el puntapié inicial que los habilitó a relacionarse con otros actores, a *abrir la cabeza*, y a insertarse en estructuras de organización más amplias.

Por eso, para estos jóvenes, todo lo que hacen en el centro de estudiantes *no queda ahí*, sino que ellos están pensando a la escuela inserta en una ciudad, en un proyecto de país. Desde el centro de estudiantes disputan un modo de pensar y de vivir la escuela, que, según relatan, es acorde al proyecto de sociedad por el cual militan en las organizaciones político partidarias. Entonces, no piensan sus diferentes espacios de militancia escindidos unos de otros, sino que asumen una línea de continuidad entre las actividades que realizan en la escuela y las que llevan adelante en las organizaciones. Como ya dijimos, su identidad militante articula el resto de sus identificaciones, por lo cual entienden a la militancia como *modo de vida*, como *forma de estar en el mundo*, que atraviesa *cada momento, cada pensamiento*.

³⁹Luciano plantea que es necesario discutir el lugar que ocupa el Centro de Estudiantes en las relaciones de poder al interior de la institución escolar, y demanda una mayor participación en la toma de decisiones y en la posibilidad de gestionar recursos, materiales y simbólicos, para la realización de actividades o la participación en debates, por ejemplo.

⁴⁰Estos autores definen como gramática escolar al “conjunto de principios y reglas que rigen las instituciones escolares”, compuestas por las tramas que organizan las posiciones de los actores y sus lugares de poder en el espacio escolar.

Estos jóvenes reconocen que al interior de las escuelas se conforma esto que Marina Larrondo nombra como *tensión constitutiva* (Larrondo, 2013: 17); es decir, las profundas dificultades a las que se enfrentan estos jóvenes entre el ser estudiante secundario y sostener una identidad política definida. Es una recurrencia en los relatos de todos ellos el hecho de que sus trayectorias al interior de la escuela – la relación con sus compañeros, con los docentes, con los directivos, la visibilidad que cobran – se modifican una vez que comienza a adquirir mayores compromisos en sus organizaciones.

Esto ocurre, en primer lugar porque, como plantea Larrondo (2015), “según la normativa –pero también la cultura escolar de la escuela media- las identificaciones partidarias están prohibidas” (Larrondo, 2015: 6). Aquí aparece una contradicción donde, por un lado hay unas normativas que establecen la necesidad de conformar espacios de decisión política para los estudiantes dentro de las escuelas, pero por el otro lado “el ‘estudiante’ debe dejar fuera sus particularismos sociales, culturales y sus identidades políticas al ingresar a ‘los muros del santuario’” (Dubet, 2004 en Larrondo, 2013: 16).

Entonces, los jóvenes que participan en organizaciones político partidarias – la totalidad de nuestros entrevistados – y quieren disputar los espacios de representación al interior del espacio escolar, deben generar estrategias para *camuflarse*, tanto frente a las autoridades como a sus propios compañeros, que muchas veces, como dijimos antes, no ven con buenos ojos la militancia partidaria.

Luciano cuenta una situación particular de su colegio, que grafica de manera clara lo que venimos diciendo: “Cuando nosotros fuimos con la lista Unión Rodolfo Walsh sacamos 500 votos, nadie sabía quién era Rodolfo Walsh; pero cuando fuimos con la lista Néstor Kirchner sacamos 35 votos”. También el relato de Malena, militante del Nuevo MAS, nos sirve para ejemplificar esta idea: “Yo en el momento que entiendo la política me puse a militar y arranqué con todo, al otro día tenías empapelada toda la media 1. Este año lo hicimos mucho más tranquilos y sacamos mucho más porcentaje de votos. Pero bueno, una pizza y una coca pueden más y perdimos por 100 votos”.

Frente a esta imposibilidad que les representa la escuela a la hora de fortalecer y desarrollar sus identidades político partidarias, estos jóvenes empiezan a

generar un proceso de rejerarquización de las prioridades: en el lugar donde antes estaba la escuela, ahora aparece la militancia. Aunque algunos siguen disputando los espacios de representación estudiantil al interior del espacio escolar, otros se alejan de la escuela: *vas, cursas y te vas*; plantean que la escuela es un *pasillo*, se quedan libres por faltas, *porque las cosas que importan están en otro lado*.

Entonces, podemos decir que en estos jóvenes hay una primera interpelación de la escuela como espacio de socialización, en donde se inscriben sus primeros acercamientos a la participación política, a través del encuentro con otros – principalmente en el marco de un espacio institucional como es el centro de estudiantes. Sin embargo, una vez que los jóvenes comienzan a militar también por fuera del espacio escolar, adscribiendo a una identidad político partidaria, esta participación hace estallar las fronteras de la escuela, y ésta deja de ser un lugar de interpelación para estos jóvenes, donde ya *no vale la pena militar*.

Así, la escuela se presenta como un espacio alejado de sus preocupaciones y expectativas, como un territorio en el que no les parece interesante involucrarse. No obstante, ninguno plantea la posibilidad de abandonar la educación secundaria, entendiéndola “como un pasaje, una vía no tan imprescindible para la vida pero sí para acceder a otro nivel que es el de la Universidad. Es decir, que la credencial vale por su necesidad, tiene el valor de ser un escalón sin el cual es imposible acceder a un nivel superior o al menos distinto y deseable” (Saintout, 2006: 137).

Trayectorias familiares

Al describir y analizar las trayectorias políticas de los informantes se pone de manifiesto la complejidad de las múltiples dimensiones que intervienen en los modos de llevar adelante su práctica política, atravesada por un clivaje no sólo de clase sino también, y con énfasis, por diferencias de género.

Recordemos, junto con Margulis (1996) que la constitución de “la juventud como categoría se articula social y culturalmente en función de la edad, la generación, el crédito vital, la clase social, la memoria incorporada, el marco institucional y el género” (Margulis, 1996: 17). De esta manera, no existe una

juventud sino unas juventudes, sumado a que “hay diferentes y desiguales maneras de ser joven” (Saintout, 2013: 26). Por lo tanto, los diferentes modos de asumir la condición de joven conllevan distintas formas de percibir y dar sentido al mundo.

En este punto, nos parece interesante recuperar los modos en que estos jóvenes militantes inscriben sus trayectorias políticas en el ámbito familiar⁴¹. Uno de los aspectos más sobresalientes es que a la hora de reconocer el vínculo entre sus propias familias y la política, la primera referencia siempre está ligada a la figura masculina: padres, abuelos, tíos, aparecen como ejemplo de militancia, como una fuente que brinda recuerdos, memorias y vivencias que les sirven para procesar su propia experiencia militante.

En cuanto la participación política de los sujetos femeninos, muchas de ellas militantes durante su vida universitaria, la mención suele ser en tono de crítica por no haber continuado con esas prácticas o por no tener, en la actualidad, convicciones tan firmes como la de los hombres de la familia.

En el caso de los padres que no fueron militantes durante la juventud, ni lo son hoy en día, a la hora de *discutir en la mesa*, nuestros entrevistados dicen configurar a sus papás como los interlocutores preferidos, en tanto que las madres aparecen como mediadoras, tratando de calmar los ánimos.

De esta forma, la trayectoria militante masculina parece configurarse en todos los casos como la legítima dentro del ámbito familiar, siendo el primer antecedente que reconocen, inclusive operando muchas veces como el puntapié inicial para el desarrollo de su propia participación política.

En este sentido, en los jóvenes entrevistados la familia se presenta como un ámbito de pertenencia clave, en primer lugar porque los sujetos le atribuyen una relevancia específica como lugar en donde se da la primera relación con la política –no con la participación política, esto se dará recién en su tránsito por la escuela secundaria. De esta manera, la familia es el primer espacio en que

⁴¹Cuando hablamos de las familias de estos jóvenes no hacemos referencia bajo ningún punto de vista a la existencia de un modelo de familia ideal o “normal”. No fue objetivo de esta Tesis indagar acerca de las percepciones o representaciones que producen los jóvenes de sectores medios respecto a la familia como institución o formación social.

Analizamos el ámbito familiar porque consideramos que entre lo estructural y lo biográfico, lo histórico-social y lo subjetivo-experiencial, la reconstrucción de itinerarios biográficos y trayectorias familiares permiten posicionarnos mejor a la hora de comprender los sentidos que construyen los sujetos jóvenes en relación a su participación política.

estos jóvenes escuchan hablar de partidos políticos, de gobiernos, de figuras políticas.

Según sus relatos se evidencia cierto énfasis en la historia familiar y su relación con diferentes aspectos de la política. Son recurrentes las alusiones a distintos militantes dentro de la familia y en varios casos se cuentan anécdotas de que en su casa *siempre se hablaba de política*. Estos aspectos son claves para entender la socialización de estos jóvenes en contextos politizados.

Cuando los jóvenes van desarrollando unas prácticas políticas más regulares y comienzan a autodefinirse como militantes, los padres acompañan esos procesos a pesar de que en ocasiones discutan y pongan en tensión los tiempos de la militancia y los del estudio, o les reclamen mayor presencia en sus casas. Aquí entra en juego la dimensión del conflicto, que en el caso de las jóvenes entrevistadas se ve más presente: en la medida que ellas van asumiendo mayores responsabilidades dentro de sus organizaciones –lo que les demanda ir a marchas o a reuniones- sus padres *ponen trabas* argumentando que son *demasiado chicas* para estar en esos lugares; es decir, apelando al discurso de la minoridad.

No obstante, esos límites que demarcan los adultos son vividos de un modo distinto a *las trabas* con las que se encuentran en los establecimientos educativos, una vez que se identifican como militantes. De esta forma, vemos que los padres no son vistos como un horizonte negativo. Además, en muchos casos los sujetos destacan la importancia de contar el apoyo familiar en momentos en que se sintieron desbordados por las responsabilidades y tareas asumidas en sus estructuras político-partidarias.

Por último, nos parece importante señalar que en algunos de los jóvenes entrevistados la cuestión de la participación política es inscripta como una suerte de *herencia familiar*. Es decir, según cuentan, el advenimiento a la política obedece a una estrategia de inscripción en las propias redes familiares, como por ejemplo cuando Tadeo dice: “yo vengo de una familia muy peronista y muy kirchnerista, entonces, casi que por idiosincrasia tenía que ser kirchnerista”. Como vemos, esto no sólo habilita procesos de identificación sino que facilita el proceso de reconocimiento de estos jóvenes como militantes por parte de sus familias.

Las marcas que dejó la inundación

Durante todas las entrevistas en profundidad que realizamos a los jóvenes militantes que conforman nuestro referente empírico apareció algo imprevisto, que los propios actores recuperaron en sus relatos: la inundación que azotó a la ciudad de La Plata el 2 de abril de 2013⁴². Aunque ninguno de nuestros informantes vivía/vive en algunas de las tantas zonas anegadas, ni tampoco sus familiares directos e indirectos resultaron damnificados por las consecuencias de la tragedia, fueron ellos quienes trajeron al presente ese momento.

A la hora de confeccionar nuestra herramienta de recolección de datos y en el momento de pensar cada una de las preguntas que finalmente integraron el protocolo de entrevista no esperábamos que una cuestión tan sensible como la reciente inundación que provocó la muerte de decenas de vecinos platenses hubiera aparecido con tanta fuerza sin siquiera indagar sobre ella.

Esto que podríamos considerar como lo emergente del trabajo de campo fue una regularidad que pudimos visibilizar en los relatos de los jóvenes narrada de dos maneras: como un llamado a hacer algo por el otro, una necesidad de salir a las calles *para ayudar a aquellos que habían perdido todo*; o como un momento de *bronca, de dolor, angustia* que crecía ante cada nueva víctima fatal, motorizada por la trama de *complicidad y negociados* que salían a la luz a medida que el agua se escurría.

En el primer caso, los jóvenes expresan que una vez que volvió la luz a sus casas y tras constatar que sus seres queridos estaban a salvo sintieron la necesidad de *salir a la calle, ir a la básica* o *dar una mano en el barrio*, tarea que en algunos casos hicieron junto a sus familias. También muchos de ellos participaron del enorme operativo desplegado en el Edificio Néstor Kirchner de la Facultad de

⁴²Respecto a la inundación del 2 de Abril de 2013 recomendamos la lectura de tres materiales periodísticos de rigor y profundidad: uno de ellos es el “Dossier Inundaciones” (2014: pp. 49-75) de la revista *Maíz*, una publicación de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. El libro *Lo que el agua no encubrió. Inundados La Plata* de María Soledad Escobar y Gabriel Prósperi, publicado por Edulp, y declarado de interés municipal por el Honorable Concejo Deliberante de la Ciudad de La Plata. Finalmente, destacamos *2A. El naufragio de La Plata*, escrito por los periodistas Josefina López Mac Kenzie y Martín Soler, editado por La Pulseada.

Periodismo y Comunicación Social, convertido por esos días en el mayor centro de operaciones del Estado Nacional para recibir y distribuir las donaciones⁴³.

Por el otro lado, muchos de los informantes que frente a la inundación reaccionaron con *bronca, indignación y dolor*, dicen haber participado posteriormente en marchas en reclamo de *justicia y verdad* por las víctimas, inclusive aún hoy algunos mantienen sospechas respecto a la totalidad de los muertos.

Dentro de este grupo está Camila, quien empezó a militar en el Partido Obrero luego de participar en una charla-debate sobre el Código de Ordenamiento Urbano (COU)⁴⁴. Tadeo, por su parte, si bien reconoce que ya se consideraba un militante antes del temporal del 2 de abril afirma que este episodio fue un factor fundamental para inscribir su participación política dentro de La Cámpora. En estos casos podemos ver como la inundación aparece como un punto de enlace o identificación significativo entre la política y la propia biografía.

Por otro lado, nos resulta interesante señalar cómo un hecho que en una primera lectura puede ser considerado como una catástrofe natural es configurado por estos jóvenes en unas coordenadas específicas: la inundación como hecho político y social, con potencial interpelador, en tanto que en estos actores parece haber dejado una marca importante en los modos de pensar y problematizar la ciudad en la que viven.

Todos ellos coincidieron en que luego de las inundaciones *emergió, se evidenció, salieron a la luz* todos los problemas de infraestructura de la ciudad de La Plata. Sobre este punto, el principal culpable señalado por todos fue el *Gobierno Municipal* y una figura en particular, el intendente *Pablo Bruera*.

⁴³Se han publicado informes donde se aborda el ensañamiento mediático hacia la participación política de los miles de jóvenes que llegaron desde distintos lugares para trabajar codo a codo en la FPyCS. En efecto, en el capítulo “Los jóvenes militan, los medios estigmatizan”, del libro *Jóvenes y política: reflexiones en torno al voto joven en Argentina* (Sánchez Narvarte, E. y Angelini, A., 2014), Emiliano Sánchez Narvarte problematiza el modo en que la prensa gráfica local y nacional cubrió la participación política juvenil en el marco de las inundaciones que afectaron la ciudad de La Plata el 2 de abril de 2013. Puntualmente observa la manera en que fue nombrada la agrupación *La Cámpora* y el núcleo de organizaciones que trabajaron a través de *Unidos y Organizados* en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP).

Lo interesante de ese capítulo es ver cómo las configuraciones mediáticas desacreditaron la participación política de los jóvenes al presentarlos como “(mal) interesados: teniendo algún tipo de interés personal, ‘rosqueros’, ‘ideologizados’, escondiendo objetivos que no hacen explícitos y que, de hacerlos, los tornarían ilegítimos” (Saintout, 2013: 65).

⁴⁴Se trata de una Ordenanza municipal aprobada en el 2009, que tras el temporal del 2 de Abril fue foco de innumerables críticas por habilitar la expansión del negocio inmobiliario.

Pero más allá de estos nombres propios, lo interesante es que la tragedia es presentada como un disparador a la hora de entender la conflictiva relación centro-periferia, o en sus palabras, entre *el Casco Urbano y los barrios*.

Una explicación posible es que para los jóvenes de esta investigación el 2 de Abril devino en un hito, un punto de inflexión que produjo unos desplazamientos en la manera de entender la gestión de la política local. Al mismo tiempo, la inundación como hecho político y colectivo reorganizó la experiencia militante de cada uno de ellos, en tanto brindó elementos emergentes que posibilitaron la problematización de lo existente.

Si recuperamos la noción de utopía elaborada por Angelini y Zangara (2009) entendida como un *diagnóstico crítico acompañado por una propuesta de intervención superadora*, podemos observar procesos de agenciamiento en un sentido particular: en la medida en que estos jóvenes reflexionan sobre la inundación se abre una pauta para la modificación del vínculo política-ciudad, se empoderan pretendiendo la transformación de las condiciones de vida de su propia historia⁴⁵. No obstante, ese potencial transformador no implica que estemos necesariamente ante un cambio social.

Por último, es interesante preguntarnos por el uso y la percepción que hacen de la ciudad de La Plata estos jóvenes de sectores medios, y de qué manera eso se relaciona con los sentidos que construyen en torno a sus prácticas políticas. Es decir, en tanto que “la ciudad deja de ser entendida sólo desde su imperativo territorial y aparece la posibilidad de construirla a través de la experiencia”⁴⁶ (Varela, 2004:1) una futura investigación podría poner en juego los modos de nombrarla y habitarla por estos jóvenes que tienen unos repertorios de acción/participación ligados al espacio público.

⁴⁵Aclaremos, junto con Protto Baglione (2014:47) que “esto no significa suponer, como lo hace la narrativa posmoderna, que los individuos construyen la sociedad, moldeándola desde su vida diaria y su lenguaje”. Esto implicaría, como expresa Saintout, tratar las relaciones sociales como historias mínimas, es decir, “anclados en la suposición de que el sujeto se ha desprendido de todo tipo de dimensión estructural” (2007: 150).

⁴⁶Para Andrea Varela, la ciudad como problema/objeto de estudio para la comunicación emergió en las últimas décadas “a partir de tener en cuenta su papel co-constitutivo de las prácticas sociales, atendiendo a la idea de la ciudad como propuesta de comunicación, es decir, como espacio material y simbólico de producción, circulación, consumo y reproducción de sentidos socialmente construidos” (Varela en Saintout 2003: 147).

A modo de cierre

En este capítulo nos interesa ensayar una síntesis del camino recorrido, pero no para dar por concluidas las discusiones que hemos ido planteando respecto de nuestro problema de investigación, ni siquiera para suturar las perplejidades y dudas que persisten en varios puntos de nuestro esquema argumental. Por el contrario, queremos exponer una nueva apertura de los interrogantes que fundaron este trabajo a partir de una mirada que sobrevuele la estructura y los momentos de la investigación, observando los aprendizajes teóricos y metodológicos de mayor relevancia, los emergentes que aparecen como más interesantes y, finalmente, lo que consideramos hallazgos y aportes al análisis de la participación política juvenil.

A lo largo del proceso de investigación que desarrollamos, en sus diferentes instancias, hemos realizado una serie de aprendizajes cuyo valor queremos resaltar para poder situar la importancia de la tesis como camino formativo. En ese sentido, la estructuración del apartado metodológico fue creciendo en sus descripciones y reflexiones hasta el último momento de escritura. Esto, que parece menor o hasta contradictorio en virtud del orden que ocupa en los capítulos de la tesis, se torna relevante si tomamos como propio un modelo de investigación que se piensa de manera integral, que no se escinde en componentes o niveles epistemológicos, teóricos, conceptuales y técnicos.

La incorporación en dicho apartado de la reflexión en torno a la teoría social más amplia que hemos sintetizado retomando los aportes de Giddens va en ese sentido. El rechazo teórico y conceptual hacia una mirada empirista o funcionalista se puede observar en las herramientas que pusimos en juego tanto a la hora de producir el material empírico como de analizarlo. En ese sentido, desde un primer momento rechazamos que el método fuera la “llave maestra que abría el camino regio” (Schmucler, 1984: 4) en nuestra investigación, y preferimos embarcarnos en procesos de comprensión interpretativa, más preocupados por reponer interrogantes y aportar a discusiones propias del campo que por contabilizar casos, medir frecuencias de respuestas y otros tipos de tácticas que proveen la seguridad de los números, en detrimento de análisis e cualitativos, fenomenológicos sobre el mundo social.

Por otro lado, la experiencia de la investigación nos ratificó una intuición que se nos presentó en el trayecto académico en torno a la comunicación: si la misma es entendida de modo no lineal, enmarcada en una cultura que es trama simbólica hecha de coerción, cohesión y disputa, matriz constitutiva de subjetividades; nuestro campo, compuesto por heterogéneas tradiciones, se vuelve particularmente fértil para investigar desde la perspectiva de la agencia social.

Nuestras discusiones carecen de todo valor a la hora de generar determinaciones absolutas o recetas infalibles, pero pueden aportar en desarrollos analíticos profundos sobre algunos aspectos de la vida social. Estos últimos, sólo pueden ser abordados a partir del acercamiento y el vínculo con los actores sociales, partiendo de la búsqueda de regularidades discursivas y la progresiva introducción de dispositivos conceptuales que permitan reconstituir los procesos sociales en el sentido deseado.

Respecto de los emergentes, nos interesa particularmente señalar dos elementos cuyo abordaje no llegó a ser tan profundo como hubiéramos deseado, en parte porque suponían un desarrollo más amplio que el que hubiéramos podido realizar aquí. Por un lado, en diversos momentos del proceso nos topamos con la noción de género y las diferencias que se procesan en dicha dimensión.

Frente a esa situación, ensayamos el siguiente interrogante: ¿de qué manera la participación política de estos jóvenes –con los rasgos que le fueron señalados oportunamente- opera como un tamiz que procesa los roles de varones y mujeres de modo tal que habilita la producción de transformaciones, relaciones igualitarias, y la rearticulación de desigualdades sobre la base de imaginarios estereotipados? Deberíamos incluir aquí tanto análisis de grupalidades, donde las mujeres suelen ubicarse en posiciones de mando o liderazgo, como las identificaciones que señalan en el cuidado de niños y el apoyo escolar en las intervenciones que realizan las jóvenes militantes en los barrios, a partir de su militancia territorial. Esto es lo que Florencia Cremona (2011) denomina la “reproducción de las tareas domésticas de las mujeres al ámbito de lo público” (2011; 112).

El otro emergente que queremos señalar lo constituyen los hitos que marcan la trayectoria política de los jóvenes. Estos hechos que ellos destacan en su

experiencia militante, la reflexión colectiva en torno a los mismos, “les permiten explicar cambios personales referidos a transformaciones en los puntos de vista, en la forma de explicitar cómo se inicia la participación política, o cómo se van generando transformaciones en los modos de participar de la agrupación” (Vázquez y Vommaro, 2012: 160). En ese sentido, hemos intentado en las interpretaciones abordar estos elementos, pero no hemos hecho suficiente hincapié en un lado de los mismos que ahora nos resulta particularmente interesante: el modo en que las narrativas que autoconstruyen una historia de militantes les sirven para construir estatus al interior del grupo de pares y obtener el reconocimiento de los mismos, inclusive en dinámicas sociales competitivas. También la problematización no idealizada de los conflictos y disputas que muchas veces separan a los jóvenes podría ser incluida, entre otros, en este esquema interpretativo.

En cuanto a los principales emergentes que reconocimos a partir de nuestro proceso de investigación, nos resultó interesante poder visualizar en estos jóvenes unos procesos identificatorios que tienen estrecha relación con su participación política. Intuíamos que en algún punto, la militancia iba a generar identificaciones en estos jóvenes, pero el hallazgo radica en reconocer que es justamente su experiencia militante, el elemento central de sus procesos identificatorios, que aparece como articulador de otras identificaciones posibles.

Además, el hecho de que se reconozcan como militantes, les posibilita la conformación de un nosotros específico, que modifica los vínculos y redes sociales a los que pertenecen, posicionándolos de diferentes maneras. Es una recurrencia en estos jóvenes el hecho de que cuando comienzan a formar parte de espacios político partidarios, reconfiguran las relaciones con sus compañeros no-militantes, con sus familias, con los docentes y autoridades del colegio y hasta con sus parejas; y se integran a nuevas redes sociales que les brindan la comodidad y la seguridad de compartir ideas; la comprensión de unos tiempos específicos, los de la militancia, que están atravesados por valores, sentimientos y emociones como el esfuerzo, la bronca, la alegría y la solidaridad.

En esta misma línea, otro de los emergentes más relevantes del proceso analítico fue el reconocer que la militancia aparece además como el principal ordenador de la vida diaria de estos jóvenes. Esto posiciona a la militancia en el lugar a partir del cual pueden proyectarse a futuro, inscriptos dentro de

proyectos políticos colectivos. Es decir, frente a muchas incertidumbres que tienen hacia adelante, aparece la militancia como un marco de seguridad.

Pensar la militancia como marco de certidumbre, de todas formas, no implica un atributo positivo en sí, ni la certeza de que esa certidumbre continuará operando por siempre, ya que esta noción puede ser pensada únicamente emplazada en las condiciones socio-históricas del presente. Es decir, si las condiciones que hoy les permiten a estos jóvenes inscribirse en proyectos colectivos que les generan marcos de seguridad a futuro, sufren alteraciones, es posible que esta idea de la militancia como espacio de certidumbre entre en crisis.

Por último, y en relación al sentido político que se propuso esta investigación, creemos que hemos aportado a la comprensión de un fenómeno social como es la participación política juvenil, desde una mirada que pretende correrse de los discursos hegemónicos y adultocéntricos que sólo ven en las prácticas políticas juveniles intereses oscuros, manipulación, cooptación o, en última instancia, un juego de chicos. Como jóvenes investigadores que nos reconocemos inscriptos en un proyecto político más amplio, creemos que es fundamental seguir apostando a la producción de un conocimiento que pueda disputar, tanto en el terreno material como simbólico, la posibilidad real de construir relaciones sociales más democráticas e igualitarias.

Bibliografía:

Angelini, A. y Zangara, M. (2009). Perseguidores de lluvia en tiempos de sequía universal. Tesis de Grado. La Plata: FPyCS.

Alvarado, S. y Vommaro, P. (2010), *Jóvenes, cultura y política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960 2000)*. Buenos Aires, CLACSO.

Auyero, J. (1993). *Otra vez en la vía (Notas e interrogantes sobre la juventud de los sectores populares)*. Buenos Aires: Espacio.

Balardini, S. (2005). ¿Qué hay de nuevo, viejo? En Revista NUSO.

Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.

Bolis, J. (2014). *Jóvenes y soberanía: Hegemonía, discursos y trayectorias hacia la emancipación*. Tesis de Grado. La Plata: FPyCS-UNLP.

Bonavena, P. (2006) “El movimiento estudiantil en la Ciudad de La Plata 1966-1973”. *Cuestiones de Sociología. Revista de Estudios Sociales*. UNLP. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Departamento de Sociología. Buenos Aires: Prometeo.

Bonvillani, A., Palermo, A.; Vázquez, M.; Vommaro, P. (2008). “Juventud y política en la Argentina (1968-2008). Hacia la construcción de un estado del arte” en *Revista Argentina de Sociología* (Buenos Aires) Año 6, N° 11.

Bourdieu, P., Chamboredon, J-C. y Passeron, J-C. (1996) *El Oficio del Sociólogo*. México: Siglo XXI.

Bourdieu, P. (1999). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.

Caggiano, S. (2007). *Lecturas desviadas sobre Cultura y Comunicación*. La Plata: Edulp.

Caggiano, S y Grimson, A (2010). “Respuestas a un cuestionario: posiciones y situaciones”, en Richard, N. *En torno a los estudios culturales. Localidades, trayectorias y disputas*. Santiago de Chile: Editorial Arcis.

Chaves, M. (2010). *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.

Chaves, M. (2005). *Juventud Negada y Negativizada: Representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea, Última Década* N°23, CIDPA Valparaiso, PP. 9-32.

Cremona, F. (2011). *Cuaderno de Cátedra Comunicación y Género*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.

Díaz Larrañaga, N. (2006). *Temporalidades*. La Plata: Editorial de la Universidad Nacional de La Plata.

Díaz Larrañaga, N. (2010). Subjetividad y temporalidad. Aportes disciplinares y prácticas socioculturales. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación.

Echeverría, M. y Vestfrid, P. (coord.) (2012) *Aprender a investigar. Recorridos iniciales en comunicación*. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación.

Elizalde, S. (2013) "Usos regulatorios de la edad y la generación: lugares de enunciación y (sub) alternidades en pugna". En Sánchez Narvarte, E. y Angelini, A. (comp.) *Jóvenes y política: reflexiones en torno al voto joven en Argentina*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.

Enrique, I. (2010). "Movilización estudiantil en la Ciudad de Buenos Aires: aportes para el análisis" en *Boletín de Antropología y Educación* (Buenos Aires) N° 1, Diciembre.

Estudio sobre juventudes en Argentina II. Líneas prioritarias de investigación en el área jóvenes/juventud: la importancia del conocimiento situado. - 1a ed. - Salta: Universidad Nacional de Salta, 2012.

Galindo Cáceres, J. (1987). *Estudio sobre las Culturas Contemporáneas. Encuentro de subjetividades, objetividad descubierta. La entrevista como centro de trabajo etnográfico*. México: Universidad de Colima.

Galindo Cáceres, J. (1994). "Historia de vida, guía técnica y reflexiva", en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, vol. VI n° 18, Universidad de Colima, pp. 203-230. México.

Geertz, C. (1993) [1973]. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

Giddens, A. (1998). *La constitución de la sociedad*. Buenos Aires, Amorrortu editores.

Giménez, G. (1997). *Materiales para una Teoría de las Identidades Sociales*, en: "Frontera Norte", Volumen 9, N°18, Julio-Diciembre, México.

González, Jorge A. (2004). "Algunas consideraciones para la entrevista etnográfica. Cibercultur@ como estrategia de comunicación compleja desde la periferia".

González Monteagudo, J.(2009) La antropología y la etnografía educativas. Aportaciones teóricas y metodológicas. Teoría de la Educación. Revista Interuniversitaria, [S.l.], v. 8, nov. 2009. ISSN 2386-5660. Disponible en: <<http://revistas.usal.es/index.php/1130-3743/article/view/3106>>. Fecha de acceso: 08 feb. 2015.

Guber, R. (2005). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires, Paidós.

Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires, Norma.

Hall, S. y Jefferson, T. (2010). *Resistencia a través de rituales. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de la posguerra*. La Plata: Edulp.

Hall, S. (1994). "Estudios Culturales: dos paradigmas". *Causas y azares. Los lenguajes de la comunicación y de la cultura en (la) crisis*. N° 1.

Hall, S. (1996), ¿Quién necesita 'identidad'? en *Cuestiones de Identidad Cultural*, Stuart Hall y Paul du Gay (comps.), Amorrortu, Buenos Aires, 2003.

Jensen, K.B. y Jankowski, N.W. (Eds.). (1993). *Metodologías cualitativas de investigación en comunicación de masas*. Barcelona: Bosch Casa Editorial.

Jodelet, D. (1984). La representación social: fenómenos, conceptos y teoría. En Moscovici, S. *Psicología Social. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales*. Barcelona: Paidós.

Krauskopf, D. (2000). Dimensiones críticas en la participación social e las juventudes. En: Balardini, S. (coord.) *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*. Buenos Aires: CLACSO-ASDI.

Kruger, M. (2010). *Jóvenes de escarapelas tomar: Escolaridad, enseñanza de la historia y formación política en la Argentina post -2001*. La Plata: EDULP

Laclau, E. y Mouffe, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.

Larrondo, M. (2015). “Llamados a ser protagonistas. Política educativa, movilización juvenil y participación de los estudiantes secundarios”. Provincia de Buenos Aires, Argentina, 2009-2014. Archivos Analíticos de Políticas Educativas, 23(18). <http://dx.doi.org/10.14507/epaa.v23.1876>

Larrondo, M. (2013). *Lápices de colores: el movimiento estudiantil secundario en Argentina: investigaciones recientes*. Buenos Aires: CLACSO.

Marradi, A., Archenti, N. y Piovani, J.I. (2007). *Metodología de las ciencias sociales*. Buenos Aires: Emecé.

Martín-Barbero, J. (1980). “Retos a la investigación en comunicación en América Latina”. Memoria de la Semana Internacional de la Comunicación. [En línea]. Consultado el 14 de Enero de 2015 en http://www.perio.unlp.edu.ar/catedras/system/files/barbero_martin_retos_a_la_investigacion_en_la_comunicacion_en_a.l.pdf

Martín Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones*. México: Gustavo Gili.

Mattelart, A. y Mattelart, M. (1997). *Historias de las teorías de la comunicación*. Barcelona: Paidós.

Mendes Diz, A. M. (2001). *El riesgo en los jóvenes. Una alternativa de vida. Aportes a la comprensión de las conductas de riesgo en los jóvenes*. Buenos Aires: Ediciones Corregidor.

Merklen, D. (2005). *Pobres ciudadanos*. Buenos Aires: Gorla.

Morin, E. (2002). *Educación en la era planetaria*. Valladolid: Unesco. Universidad de Valladolid.

Núñez, P. (2013). *La política en la escuela: jóvenes, justicia y derechos en el espacio escolar*. Buenos Aires: La Crujía.

Orozco Gómez, G. (1996). *La Investigación en comunicación desde la perspectiva cualitativa*. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación-UNLP

Ortiz, R. (2004). *Taquigrafiando lo social*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Pérez Islas, J. (coord.) (2000) Visiones y versiones. Jóvenes, instituciones y políticas de juventud. En: en Martín-Barbero, J. *et al. Umbrales. Cambios culturales, desafíos nacionales y juventud*. Medellín: Corporación Región.
- Pérez, G y Natalucci, A (eds.) (2012) *.Vamos las bandas: organizaciones y militancia kirchnerista*. Buenos Aires: Nueva Trilce.
- Piovani, Juan Ignacio, “El diseño de la investigación” en Marradi, A., Archenti, N. y Piovani, J. I. (editores), *Metodologías de las ciencias sociales*. Buenos Aires, Emecé, 2007.
- Protto Baglione, M. (2014). Usos de drogas en jóvenes de sectores populares. Una mirada desde la corporalidad. Tesis de Grado. La Plata: FPyCS.
- Reguillo, R. (2000). *Emergencia de Culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Norma: Buenos Aires.
- Reguillo, R. (1997). “Jóvenes: La construcción del enemigo”. Revista Latinoamericana de Comunicación, Chasqui. Quito.
- Retamozo, M. (2012). *Constructivismo: Epistemología y Metodología en las ciencias sociales*. Obtenido el 5 de enero de 2015 en <http://docencia.izt.uam.mx/egt/Cursos/MetodologiaMaestria/Retamozo.pdf>
- Rockwell, E. (2009). *La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires: Paidós.
- Rocca, B. (2014). El imaginario social de la clase media platense. Sobre la educación y el trabajo en el contexto contemporáneo. Tesis de Grado. La Plata: FPyCS.
- Sabino, Carlos, *El proceso de investigación*. Caracas, Panapo, 1992.
- Saintout, F. (2003). *Abrir la comunicación*. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación.
- Saintout, F. (2008). “Los estudios socioculturales y la comunicación: un mapa desplazado”. *Revista Latinoamericana de Ciencias de la Comunicación*, N° 8-9 (5), pp. 144-153.
- Saintout, F. (2006). *Jóvenes: el futuro llegó hace rato*. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación.
- Saintout, F. (2012). *Los medios y los gobiernos populares en América Latina. Apuntes para una discusión*. Buenos Aires: CAICYT - CONICET.

Sánchez Narvarte , E. y Angelini, A. (2013) *Jóvenes y política : reflexiones en torno al voto joven en Argentina*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.

Sautu, R., Boniolo, P., Dalle, P. y Elbert, R. (2005). “La construcción del marco teórico en la investigación social”. En Manual de metodología. Construcción del marco teórico, formulación de los objetivos y elección de la metodología. Buenos Aires: CLACSO.

Schmucler, H. (1984) “Un proyecto de comunicación/ cultura”. México: Comunicación y Cultura, N° 12.

Schuttenberg, M. (2009). *Antagonismo, identidad y diferencia. La construcción del enemigo político como puente discursivo de inserción en el gobierno de los movimientos sociales ‘nacional populares’*. Revista Oficios Terrestres N° 24. La Plata: FPyCS –UNLP.

Taylor, S.J. Bogdan, R.(1992). *Introducción a los métodos cualitativos en investigación. La búsqueda de los significados*. España: Paidós.

Taylor, S. y Bogdan, R.(1998). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados*. Barcelona: Paidós.

Urresti, M. (2000) “Paradigmas de participación juvenil: un balance histórico” en Balardini, S. (comp.): *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*. Buenos Aires: CLACSO.

Varela, A. (2004). “La ciudad construida: experiencias y relatos urbanos platenses”. KAIRÓS, Revista de Temas Sociales, Universidad Nacional de San Luis, Año 8 – N° 14. En: <http://www.revistakairos.org>

Vázquez, M. (2013). “En torno a la construcción de la juventud como causa pública durante el kirchnerismo: principios de adhesión, participación y reconocimiento”. *Revista Argentina de Juventud*, N° 7. La Plata: FPyCS-UNLP.

Vázquez, M. y Vommaro, P. (2013). *La fuerza de los jóvenes: aproximaciones a la militancia kirchnerista desde La Cámpora*. En: Pérez, G y Natalucci, A (eds.). *Vamos las bandas: organizaciones y militancia kirchnerista*. Buenos Aires: Nueva Trilce.

Vázquez, M. (2009). "La política desde abajo: narrativas militantes de jóvenes desocupados y desocupadas en Argentina", *Revista Latinoamericana de Ciencias*

Sociales, Niñez y Juventud, Manizales, Doctorado en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud del Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud de la Universidad de Manizales y el Cinde, vol. 7, núm. 1, (enero-junio) pp. 423-455.

Viviani, T. (2011). *La vida tocando*, identidades juveniles y experiencia musical. Tesis de Grado. La Plata: FPyCS-UNLP.

Viviani, T. (2012). Informe Anual 2012. Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.

Walsh, R. (2010, [1977]). *Carta abierta de un escritor a la junta militar*. Buenos Aires: Ministerio de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos de La Nación.

Wolf, M. (1987). *La investigación de la comunicación de masas. Crítica y perspectivas*. Barcelona: Paidós.

Wortman, A. (2007). Nuevos intermediarios culturales y configuración del sentido común de las clases medias urbanas argentinas. Viejos y nuevos imaginarios sociales en torno a la sociedad argentina. En *Construcción imaginaria de la desigualdad social*. Wortman, A. Buenos Aires: CLACSO.

Wortman, A. (2005). "Juventud y orden social". *Revistas Trampas de la Comunicación y la Cultura*. N° 34. La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP.